

Colección de autores extranjeros relativos a Chile

SAMUEL HAIGH

VIAJE A CHILE
DURANTE LA ÉPOCA DE LA
INDEPENDENCIA

SANTIAGO DE CHILE
IMPRESA UNIVERSITARIA
Bandera 130
1917

VIAJE A CHILE

Colección de autores extranjeros relativos a Chile

SAMUEL HAIGH

VIAJE A CHILE
DURANTE LA ÉPOCA DE LA
INDEPENDENCIA

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA UNIVERSITARIA

Bandera 130

1917

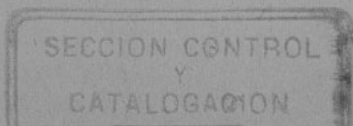


ADVERTENCIA DE LOS TRADUCTORES

Este nuevo volumen, destinado a la «Biblioteca de Obras de Autores Extranjeros relativas a Chile», contiene la traducción de la parte correspondiente a nuestro país de un libro titulado *Sketches of Buenos Aires and Chile* (1) cuyo autor es Mr. Samuel Haigh.

Mr. Haigh era un comerciante inglés que vino por primera vez a Chile en 1817, enviado por una firma de Londres, según se cuenta detalladamente en el prefacio. Permaneció en Santiago hasta Junio de

(1) London, James Carpenter and Son, Old Bond Street, 1829, XVIII, 316 págs. Davidson, printer, Serleis Place, Carey Street, London. Un mapa.



1819 y se volvió ese año a Inglaterra, regresando de nuevo a Chile en 1820, para abandonar definitivamente este país a fines de 1821.

Presenció, por lo tanto, hechos muy trascendentales de nuestros primeros años de independencia y, como era un hombre pudiente, bien relacionado y sagaz, pudo sacar gran provecho de sus testimonios. Fué amigo de San Martín, de O'Higgins y demás jefes de la revolución; simpatizó a fondo con la causa patriota y prestó a ella algunos servicios, no siempre desinteresados. De una cultura intelectual limitada, ya que no pudo hacer estudios serios, era Mr. Haigh, un hombre de ciertas luces y aun de un espíritu inclinado a la delicadeza. Demuestra esta observación su frecuente gusto por las citas poéticas—aunque sin consignar las fuentes—y su marcada predilección por las bellezas naturales, por los grandes paisajes y por los rasgos nobles de los héroes. Su estilo adolece, como es natural, de graves defectos: tiene obscuridades de lenguaje que sólo merced a la sencillez del concepto general se libran de constituirse en molestos obstáculos.

El libro de Mr. Haigh es de alto interés histórico. Consigna detalles de mucho valor y sus aseveraciones merecen fe, aunque tenga frecuentes errores sobre puntos donde se ve clara la equivocación. Sus noticias sobre la revolución de la Independencia, las costumbres de los habitantes y carácter de los hombres públicos, dice más o menos, don Diego Barros

Arana (1) son casi siempre exactas en sus rasgos generales, si bien en los incidentes incurre en algunos errores, naturales para un extranjero que no pudo tener medios seguros de información sobre acontecimientos que no presencié y sobre los cuales oyé versiones equivocadas o que entendí mal.

Añade el historiador citado, que, según Haigh, estos pueblos que con tanto ardor lucharon por su libertad, eran dignos de alcanzarla; que todos ellos habían ganado con la independencia y que por nada renunciarían a ella.

Haigh es fragmentario en sus notas. Muchas de ellas mezclan puntos de muy diversa índole, pero eso no obsta para que se lea con un agrado superior al que proporciona cualquiera otro cronista extranjero de esa época.

Como la idea de esta colección es sólo publicar lo referente a Chile, hemos traducido únicamente los capítulos respectivos; pero damos a continuación los títulos de los capítulos no vertidos, a fin de seguir al narrador antes de entrar en materia.

Capítulo I.—Observaciones preliminares.—Ataque británico a Buenos Aires.—Memorias del general Miller.—Narración personal del autor.—Llegada

(1) *La Libertad Electoral*, edición de la tarde; Santiago, lunes 4 de Abril de 1887. El señor Barros da en este artículo una traducción libérrima del capítulo en que Mr. Haigh narra la batalla de Maipo, añadiéndole algunas notas, de que nos serviremos en el texto, aunque no así de la versión del señor Barros Arana.—*N. de los T.*

al Río de la Plata.—Desembarco en Buenos Aires; descripción general de esta ciudad.—Costumbres, etc., de sus habitantes.

Capítulo II.—Los caballeros de Buenos Aires.—Elegancias.—Gobierno.—Población.—Corridas de toros.—Teatros.—Carreras de caballos y riñas de gallos.—Cacerías de ciervos salvajes.—Comercio.—Partida hacia Chile.

Capítulo III.—Viaje por las Pampas.—Nuestra comitiva.—La aldea de Luján.—Desagrados del viaje.—Velocidad.—Animales silvestres.—Llegada a San Luis.

Capítulo IV.—Punta de San Luis, etc.—Población.—La travesía o Desierto.—Río Desaguadero.—La lucha sudamericana.—Llegada a Mendoza.—Hospitalidad de los habitantes, etc.

Capítulo V.—Partida de Mendoza.—Viaje al través de la cordillera durante el invierno.—Anécdotas.—Sorprendidos por una tempestad de nieve y obligados a buscar asilo en una casucha.

ALFREDO OVALLE R.

FÉLIX NIETO DEL RÍO.



PREFACIO

Como los generales, coroneles y capitanes, encargados de negocios, cónsules, comisionistas, mineros y mineralogistas, que, en diversas épocas, han creído conveniente presentar al mundo algunas noticias sobre sus peregrinaciones por el «otro hemisferio», yo también me tomo la libertad de ofrecer al público ilustrado e inteligente algunos apuntes respecto a una región donde, para usar una frase náutica, he andado «a la capa» durante los últimos once años. En la primera parte de este período, tuve la oportunidad de presenciar los sucesos políticos de mayor transcendencia, cuyo significado fué el dar cima al magno objeto de libertar a Chile y el Perú del dominio de la Corona española.

Cuando un lector conoce de antemano en general las ocupaciones de un autor, le comprende mucho

mejor su espíritu; y por lo tanto, voy a exponer cuales fueron los motivos que me indujeron a visitar por primera vez estas «remotas playas».

A principios de 1817, cuando sólo tenía veintidós años, yo desempeñaba un envidiable empleo en una casa londinense de gran respetabilidad y opulencia, dedicada al comercio extranjero. Una mañana del «alegre mes de Mayo» al entrar a mi oficina, que estaba a una milla al oeste de la *Bolsa*, vi sobre el escritorio una carta dirigida a mí. Era de un rico pariente que me instaba a visitarle inmediatamente en su casa, pues podría darme una noticia ventajosa. Al ver estas mágicas palabras, tan consoladoras para cualquiera, no perdí tiempo en trasladarme a la ciudad a fin de saber qué beneficio me tenían preparado los dioses.

Encontré a mi honorable pariente en su *sanctum sanctorum* (*sic*) u oficina particular, sentado en un taburete delante de su escritorio. Al entrar, y sin más preámbulos, dirigióse a mí con un tono solemne e impresionante. Me confirmó las grandes noticias recién llegadas de Sud América, y entre las cuales no era la de menor importancia el hecho de haber quedado Chile abierto al comercio extranjero, merced a la victoria de Chacabuco, ganada por los patriotas. Díjome que esta era la ocasión de intentar algo por la fortuna y que, como él y dos de sus socios proyectaban exportar un cargamento «con lo mejor del mercado», yo podría tomar su manejo y así tendría oportunidad de llenar mi bolsa con lingotes de oro

y plata y haciéndome, según su expresión, «un hombre por mí mismo».

La entusiasta manera cómo se me comunicó esta propuesta, operó en mí una revelación. La idea de zarpar hacia un país donde hay una ciudad cuyos pavimentos son de plata y otras cuyos templos están cubiertos de oro, me contagió inmediatamente con la fiebre *amarilla* y sentí toda la delirante alegría de tan doradas perspectivas, abiertas de súbito a mi espíritu. Como no había tiempo que perder, se me notificó que debería estar listo para partir en el plazo de una semana, guardando la más estricta reserva, ya que la gente podría suponer que mi pariente y sus colegas eran especuladores.

Puestas las bases de la cuestión, regresé a mi oficina para dar cuenta a mi patrón de mi proyecto de renunciar para siempre a su sueldo y a sus libros de contabilidad, pues esa mañana había recibido una «nueva luz» y tenía un «serio llamado» para «emprender un viaje muy largo».

Trató de demostrarme que yo no debería ni podría abandonarlo jamás; que la noticia era demasiado prematura; que no todo lo que reluce es oro; que yo estaba equivocado en mis esperanzas; que él tenía un proyecto para mí en el Brasil, etc. Yo fui sordo a todos sus argumentos y terminé por decirle que volvería otra vez con el fin de arreglarnos, pero que mi resolución de emprender el viaje era inamovible.

Sin embargo, no dejaba sin ciertos escrúpulos la

compañía de mi digno amigo brasilero, pues siempre me trató con las mejores atenciones durante los varios años que estuve a su servicio; pero estos sentimientos se disiparon rápidamente al contemplar cuán prodigiosa era la diferencia de mi nueva condición. Encontrando a la señora Fortuna asida tan de súbito «a mi espalda», sufrí la misma confusión de Macbeth cuando fué declarado barón de Cawdor.

En seguida fuíme solo a dar una vuelta por Hyde Park, para meditar más friamente en mi problema y caí en la agradable fantasía que se llama edificar castillos, de la cual no salí hasta que comenzó a ponerse el sol.

Antes acostumbraba a cenar en uno de esos sórdidos establecimientos denominados *chop-houses*, situado en una obscura avenida cerca de la *Bolsa*, entre el sebo y los comerciantes turcos, corredores de algodón y café, judíos y agiotistas; pero ahora sentí el efecto de ideas más altas y me dirigí a un hotel elegante del *West end* donde pedí una comida selecta y una botella de buen clarete para beber en honor del éxito de mi empresa. Por la noche me retiré a mi alojamiento, pero no pude dormirme sino al venir el día, soñando que Moctezuma me recibía en audiencia y me presentaba a las vírgenes del sol; que regresaba de las ruinas del Potosí en un barco cargado de dinero y que le compraba al contado sus tierras al marqués de Stafford.

Al otro día fuime al Kent para ver a mi madre e informarla del brillante progreso de mis negocios y

de mi inmediata partida de Inglaterra. Asombróse la buena anciana y se opuso a mi viaje, pero luego cambió de opinión al hacerle ver cuán enormes serían las riquezas con que regresaría.

Volví a la ciudad y me encaminé a las vecindades de Aldermanbury. En la primera entrevista con mi pariente no se hizo cuestión, por cierto, de las condiciones de mi trabajo, ya que las circunstancias en que se me buscaba para abrirme el camino de la riqueza, me indicaban que estaba tratando con personas de la mayor liberalidad. Júzguese, pues, qué sorpresa tendría al saber que mi nuevo patrón había conseguido de sus socios, con alguna dificultad, que se me acordase la enorme suma de *trescientas libras al año*, como una bella recompensa por la administración de su barco y cargamento.

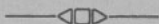
Lector! Si has tenido alguna vez la desgracia de caerte desde la cima de un árbol al suelo, tendrás alguna idea de lo que los poetas expresan con su lirismo. Yo tuve en mi juventud esa sensación, pero aquella caída no fué tan rápida como la que mi esperanza resistió al pasar de lo sublime a lo ridículo en estas circunstancias. Mi espíritu, que había estado durante tres días en el ardor de la fiebre, bajó a cero y todas las visiones de oro que habían encendido mi imaginación, disipáronse como las nieblas de Escocia.

No obstante, ya era demasiado tarde para lamentarse: la cosa estaba hecha y me resigné a incorporarme al servicio de tan respetada y generosa firma;

y, en consecuencia, para acortar este relato, como el barco estaba comprado, el cargamento escogido y enfiado, según su orden, y puesto a bordo con felicidad, por la gracia de Dios, sólo faltaba la revisión de la Aduana y el contrato de seguro en el Lloyd, cosas que se hicieron y; el 19 de Junio de 1817. Después de recibir las últimas instrucciones del triunvirato, con las más ardientes promesas de ayuda, tomé asiento en la diligencia de Gravesend al lado de un agradabilísimo compañero que no era otra cosa que una «caja de muestrario», tan grande como el cofre de un banquero y a mis ojos igualmente valiosos.

En Gravesend el buque estaba al ancla en el río con su vela de trinquete suelta al viento, mientras el capitán me esperaba en el *White Hart*. Después de comer, nos embarcamos y tomamos póliza de cargamento y destinación, para «el buen barco *La Catalina* de que era capitán John Warner», con rumbo a Buenos Aires y Chile.

En la tarde siguiente descendimos por el río y al otro día el práctico nos abandonó. Como el viento soplaba más hacia el Este, los acantilados del «querido Dover» perdiéronse rápidamente a nuestros ojos y le dije «buenas noches» a mi tierra natal.



I

La Tormenta se va.—Hacia la Cumbre.—Los Valles de Chile.—Aconcagua.—Chacabuco.—Llegada a Santiago.—General San Martín.—Gran fiesta, etc.

Viva la Patria, exclamaron los muleteros al día siguiente, cuando vieron aparecer el sol sobre las cumbres de la montaña. Sin la preocupación de la *toilette*, nos pusimos de un salto en pie, ya que ni nos habíamos quitado los zapatos durante nuestra permanencia en la Cordillera. La tormenta se había disipado: ni una nube cubría el cielo; el día era claro y frío; todo lo cual nos predispuso a organizar la partida. Algunos de la comitiva fueron en busca de las mulas y al fin de unas dos horas los pobres animales hicieron su aparición completamente abatidos y hambrientos, con las orejas y pescuezo cubiertos de nieve, e implorando con tanta humildad

algún alimento, que era imposible no condolerse de su situación; habíanlos encontrado debajo de unas rocas, aglomerados en un piño compacto, como si tratasen de abrigarse entre sí. El mezquino musgo de los alrededores habíales dado algún alivio, pero no lo bastante para satisfacer su hambre.

Nuestros preparativos de marcha completáronse como a las once, hora en que ya teníamos puestos los zapatos para la nieve, en vez de nuestros botines ingleses, a fin de caminar mejor. Dichos zapatos son de cuero de carnero, amarrados fuertemente al pie y tobillo y protegidos en la planta por una suela gruesa y flexible que se ajusta con correas por sobre el empeine. Nuestros guías diéronnos también *pellones* y pieles de oveja, que se acomodan en la montura, para evitar las consecuencias de las frecuentes caídas que inevitablemente sufre quien viaja sobre la nieve aun no transitada. Así equipados, a semejanza de un grupo de lapones, emprendimos el ascenso a la cumbre, sobre el lomo de nuestras bestias. Aquella era la más larga y áspera ladera que hasta entonces hubiéramos practicado, circundada por un camino de agudos zig-zags en espiral, tan angosto en ciertos parajes, que resultaba maravilloso el que las mulas pudiesen sentar pie en la falda de la montaña. Después de una hora larga alcanzamos al término más alto de nuestra jornada. Aunque este sitio sea el más bajo de la gran cadena, la cumbre está, según se calcula, a trece mil pies sobre el nivel del mar. Algunas leguas al Sur, el

Tupungato ostenta su soberbia cima levemente inferior en altura al Chimborazo.

Mientras escalábamos el camino, los rayos del sol calentaban la ladera y estábamos protegidos del viento; pero al llegar a la cumbre nos cogió una cortante ráfaga que parecía penetrar en nuestros cuerpos, a pesar de ir bien protegidos con *ponchos* y capas. La cara la llevábamos envuelta en chales, sin dejar al descubierto otra cosa que los ojos y las narices. A poco andar descubrimos los valles de Chile, pero sólo pudimos divisar a nuestros pies un solitario campo de nieve y de nubes, pues la distancia toda estaba cubierta por la niebla. En aquellas altas regiones vimos numerosas cruces, iguales a las que se observan en todo el camino para marcar los sitios en que muchos infelices han encontrado prematura muerte, no recibiendo otro canto fúnebre que el hambriento grito de los cóndores sobre lo único que de ellos subsiste: los esqueletos «estirados y blanqueados bajo la brisa del norte», cuando viene el deshielo primaveral.

A nuestra derecha, encerrado por las montañas, hay un gran lago, cuya extensa masa de agua hace un curioso efecto bajo las nubes.

La capa de nieve por el lado de Chile es más profunda que por el otro lado, lo que impide a nuestras mulas seguir adelante y nos obliga, en consecuencia, a desmontarnos para emprender a pie el viaje por el valle.

A uno de los peones se le hizo regresar a Mendoza con las mulas y entonces los muleteros, después de reforzar con lazos nuestras maletas, arrastraronlas montaña abajo. Todos íbamos provistos de palos tan largos como el bastón de Próspero (1), que nos servían para conservar nuestra estabilidad y tantear el sendero. Así, pues, en número de quince (incluso nuestros amigos de la *casucha*) comenzamos nuestra jornada al través de la nieve. A poco andar comprendí la utilidad de los pellejos de cordero en que estábamos envueltos, pues los porrazos eran incesantes y como la huella era completamente invisible, muchas veces pisábamos en falso y unos rodaban en una distancia de ocho o diez pies, mientras otros resbalábamos varias yardas. A pesar de todo, la caravana entera conservaba su ánimo y hacía vibrar el eco de los desfiladeros con sus gritos y cantos. Esa mañana tuve yo un altercado con mi guía (que era un muchacho intratable) a causa de una mula que yo había escogido para mí y que no quise entregarle cuando me la reclamó para su uso. Por este motivo concibió una verdadera animadversión en mí contra un mal espíritu que puso luego de manifiesto; no habíamos recorrido aun gran cosa a pie cuando se colocó tras de mí y empujando con su bastón contra mi espalda que afortunadamente la tenía cubierta por un

(1) Personaje de *The Tempest*, de Shakespeare.—N. del T.

pellón, me arrojó a cierta distancia y caí de cara sobre la nieve; al verme así rió burlonamente y me dijo una chocarrería. Después de esto, se comprende que no quedaría yo de muy buen humor, pero, reconociendo que todo era fruto del despecho, modifiqué mis resentimientos hasta más tarde en que aproveché la ocasión de ver a mi atacante parado sobre un pequeño montículo, para darle un puntapié acompañado de un bastonazo en los hombros, que lo hizo rodar como una pelota cerca de diez pies y revolcarse durante varios minutos en un espeso torbellino de nieve, con gran diversión de sus secuaces, sobre quienes ejercía una tiranía odiosa. Al ver a su «jefe» en tal estado, aquellos mostraban sus dientes riendo como hienas. En el resto del día no demostró más deseos de reanudar el pasatiempo, sino que se mantuvo a respetable distancia.

Caía el sol cuando llegamos a las casuchas de *Calaveras*, pero sin salir aún de la región nevada. Como previamente se había despachado desde Mendoza un propio para que nos tuvieran listas las mulas en el lado de Chile, éstas nos esperaban en la línea donde se acaba la nieve. Llegamos al cerro de Mercurio, pero no encontramos allí las bestias, pues habían pernoctado pastando en el valle de Ojos de Agua, a cargo de un muletero chileno. Este traía consigo dos cabritos, que fueron asados a medias al caer en nuestras manos, pues el apetito era tal que no estaba en situación de esperar la hora de comida. Nunca he asistido a un banquete más delicioso.

Aquella mañana no habíamos comido nada, excepto unas pocas migajas extraídas del saco de galletas, ni bebido otra cosa que la humedad de la nieve con que mojábamos nuestros labios.

En la noche los claros rayos de una fría luna cayeron como diluvio sobre las laderas de los cerros que, con su túnica blanca de la cumbre a la base, hacían el más hermoso y fantástico efecto. Después de la cena, entramos a la *casucha* de las Calaveras para dormir; premio merecido a la ruda fatiga de nuestra nueva manera de viajar. En uno de mis golpes, habíame herido seriamente un pie al caer contra el agudo filo de una roca, por lo cual a mi llegada a Calaveras, ví que estaba dicho pie cubierto de sangre y para quitarle el frío lo metí en un montón de nieve.

Al amanecer, las mulas de refresco fueron traídas a la puerta y, habiendo fortalecido nuestros físicos con algo de carne buey, libres ya de trajes cordilleranos, de pieles y de zapatos montañeses, continuamos el descenso por el valle. Aun había nieve en el suelo, pero el camino era bastante practicable para las mulas. El continuo reflejo del sol sobre la nieve durante el día anterior casi nos tenía ciegos; además, con el frío, los labios se nos amorataron y se nos habían hinchado con un grueso doble del normal, hasta el punto de que cuando quisimos hablar se nos partieron y manaron sangre. Estos son efectos casi inevitables del viaje al través de la Cordillera en invierno; y sé de personas que han permane-

cido medio ciegas durante una semana después de tal jornada.

Luego llegamos a *Ojos de Agua* que es la última casucha por el lado chileno, donde al fin pudimos recrear la vista en la lozanía de la verdura naciente. Un lindo arroyo de agua cristalina bajaba por el flanco de la montaña y en aquel paraje vaciaba su caudal sobre un pequeño río. La transición entre la glacial soledad de la nieve y el valle fué deliciosa, y, como nuestras mulas eran excelentes, emprendimos un largo trote. El cambio de paisaje tuvo un efecto vivificante sobre toda la caravana: los árboles comenzaban a brotar y florecer y tanto las orillas de los ríos como las faldas de los montes veíanse tapiadas de flores silvestres.

Nuestro camino corría a la izquierda de un río bastante ancho, cuya corriente principal viene de *Ojos de Agua* y recibe después innumerables afluencias de ambos lados de la montaña. Algunas de estas sutiles corrientes nacen a veces de dos mil pies de altura y brillan al sol como hilos de plata. Las altísimas y escarpadas rocas suspendidas por sobre los flancos del valle, dan al paisaje un pintoresco y fantástico aspecto: algunas tienen a lo lejos la apariencia de enormes castillos encantados, como los que se describen en los romances orientales.

En seguida nos aproximamos a un hondo desfila-

dero, «donde se hallan esparcidos huesos de hombres» (1).

Al preguntar cuál era la causa de que allí hubiese tan gran cantidad de restos humanos, se nos informó que, a principios de año, habíase librado una violenta lucha entre un destacamento del ejército de San Martín, a las órdenes del coronel Martínez y la guardia española dejada allí para defender el paso. Aquellos huesos, eran, pues, de los *godos* (como se llama a los españoles) muertos en la acción y abandonados, para alimentar «el buche de los gavilanes» (2).

La aduana está en la parte más angosta del valle, cuya única defensa consiste en un parapeto de piedras movedizas, construído al través de la quebrada, sin poder defensivo alguno actualmente. Allí pasamos la noche.

Uno de los muleteros, de propósito o por estupidez, preocupábase de molestarme, poniéndose siempre frente a mí cuando yo me sentaba junto al fuego en nuestros vivaques. Más de una vez le manifesté mi desagrado por su costumbre, pero siempre aparentó no entender, hasta que recurrí a un medio con el cual logré corregir al contumaz. Esa noche, según la costumbre, ocupaba éste el sitio consabido y, como estuviera inclinado guisando su

(1) «Where scattered lay the bones of men» (alusión poética, sin cita de autor.—*N. del T.*)

(2) «The mans of kites».

valdiviano yo, con el mayor sigilo, vacié el proyectil de una de mis pistolas de bolsillo y se lo disparé con pólvora, sobre el *trasero* (1). Esta súbita explosión le hizo saltar por encima del fuego con la agilidad de una cabra montés. Estregóse durante un rato la parte amagada, en medio de las estrepitosas risas de sus colegas, y en adelante nunca más creyó conveniente ponérseme cerca, junto al fuego.

Al siguiente día, después de cruzar una región aun más rica en árboles y vegetación general, llegamos al río Aconcagua, casi al frente de la aldea del mismo nombre. Este río es muy correntoso y en ciertas épocas se hace difícil vadearlo; sin embargo, procedimos a atravesarlo, uno por uno. Aquí debo detenerme para relatar la aventura del cuadrúpedo que conducía mi inestimable caja de muestras, en los momentos en que cruzaba el río delante de mí. Sea que esta mula (todas son notablemente sagaces) conociese el valor del muestrario mejor que yo mismo, o sea por un capricho, no estoy seguro de ello, apenas había llegado a la mitad de la corriente, cuando—*¡horror!*—ví hundirse en las ondas mi desgraciada valija, porque su conductora había creído oportuno arrodillarse para darse un refresco. Antes que yo pudiera levantar a la bestia de su posición, el perjuicio estaba hecho y mi desgraciado cofre completamente inundado. Conocien-

(1) Así en el texto.

do su contenido (1), lloré amargamente la fatal ablu-
ción, hasta que llegué a Santiago donde se me
informó que los comerciantes chilenos (que no eran
malos peritos) jamás compran según muestras, pre-
firiendo siempre ver la mercadería, lo que indica
que «aquellas no hacen falta»; esta precaución viene
seguramente de un antiguo e íntimo conocimiento
del forzado comercio del Pacífico, merced al cual,
sin duda, se han iniciado completamente en todos
los «misterios del oficio».

Pasado el río Aconcagua, llegamos en salvo una
hora después a la aldea de Villa Nueva de los An-
des, que está elegantemente situada en un sitio muy
fértil y cuyos habitantes, aunque escasos, son agri-
cultores unos y muleteros otros, pero todos cose-
cheros de trigo, maíz, uvas y variadas frutas. El
pueblecito cuenta con una cárcel y una iglesia y se
gobierna por un alcalde a quien mostramos nues-
tros pasaportes. La residencia de este funcionario
está en la plaza, que es un recinto circundado de
pequeñas casitas de barro blanqueado. La lujuriosa
verdura de los suburbios, junto con la magnífica
vista sobre la Cordillera, hacen el más singular efec-
to. Había allí una pequeña guarnición militar cuyos

(1) Tan extraño sistema de lavado hizo perder sus colores
a la mayor parte de los géneros estampados, pues se disolvió
el almidón en los de «duración garantida», se borró el lustre
de las otras telas y se dañaron todas las hermosas bayetas de
Halifax.

soldados usaban la desnudez que yo me suponía: gorra, poncho y ojotas de cuero. Como a nuestro muletero Mancilla (1), vecino de este lugar, le tentara el deseo de llegar a Chile,—nombre con que designaba a Santiago,—hecho un perifollo, resolvió quedarse en los Andes uno o dos días para embellecerse. Pero mi amigo y yo, que después de tantas dificultades no estábamos dispuestos a perder tiempo y teníamos ansias de llegar a la capital, arrendamos inmediatamente los caballos necesarios para lograr nuestro propósito.

Dejamos al muletero a la puerta de su casa con la cabeza reclinada sobre el regazo de su mujer (que le examinaba estrictamente el cabello) y, ordenándole que al día siguiente saliese con la gente y los bagajes, galopamos tendido con el propósito de dormir en Chacabuco, o sea a catorce leguas de Santiago. El camino era montañoso, pero en una hora llegamos a la cumbre de la cuesta de Chacabuco, desde donde se domina la llanura en que se levanta Santiago. El 12 de Febrero de 1817, los patriotas, bajo las órdenes del general San Martín, ganaron en esos campos la gran victoria que inmortalizó el nombre del lugar. El citado jefe, tan célebre por las hazañas que realizó en Chile y el Perú, erigió sobre los llanos de Chacabuco los fun-

(1) En el texto dice Manzillo; pero el apellido verdadero no puede ser otro que el que adoptamos.—*N. del T.*

damentos de esa fama, extendida luego por toda Sud-América.

Era gobernador de Mendoza a fines de 1816 cuando reunió sus ejércitos con los de O'Higgins y Carrera, derrotados en Rancagua. Como existiese un desacuerdo entre estos dos jefes, San Martín se inclinó a la causa del primero, y ambos, con los restos del ejército por ellos mandado, pasaron a Mendoza donde el general argentino merced a su gran diligencia reunió tales despojos en un solo cuerpo y los fusionó con las tropas levantadas por él en dicha ciudad y en las provincias vecinas. Al fin de seis meses más o menos, vióse de este modo a la cabeza de unos cinco mil hombres listos para rescatar a Chile del dominio español. San Martín maduró sus planes con mucha cautela, pues los realistas estaban completamente desorientados respecto del punto donde deberían esperar al enemigo, y a la sazón habían despachado parte de sus tropas hacia el Sur, temiendo que los patriotas hiciesen una irrupción por el Planchón o territorio de los Indios Pehuenches, para juntarse con los secuaces de O'Higgins que eran muy numerosos en la provincia de Concepción. En una palabra, con presteza, sigilo y estratagemas, desorientóse tan eficazmente al gobernador español que éste distribuyó sus tropas por divisiones aisladas en diversos y remotos puntos de Chile.

El paso por donde San Martín efectuó al último la invasión era considerado como inaccesible y, por

eso, este lado de la capital estaba resguardado con escasas tropas. El 17 de Enero de 1817, el ejército patriota salió distribuido en tres divisiones a realizar una tarea a que la Naturaleza parecía oponer los más formidables obstáculos. La marcha fué larga, arriesgada y peligrosa y para su conocimiento, yo no podría recomendar a mis lectores un relato más fiel que el contenido en las Memorias del general Miller. Superfluo es decir que después de pasar fríos, hambres, fatigas y toda clase de privaciones; después de perder muchos hombres, a causa del hielo intenso en la cumbre de los Andes y miles de caballos y mulas, fatigados, las tres divisiones se encontraron del lado de Chile, en el sitio deseado, a pesar de no saber nada uno del otro durante las separadas marchas entre las montañas. Todo el ejército se reunió el 12 de Febrero en las alturas que dominan la Cuesta de Chacabuco.

Los realistas se encontraban en el plan donde se mantenían ordenados en batalla: en tal situación los atacó San Martín dando lugar a una acción general, que terminó en pocas horas con la completa derrota de los realistas; al día siguiente el ejército patriota entraba triunfalmente en la capital de Chile.

De paso por el llano nos fijamos en los restos de «las herramientas quebradas que arrasaron con el tirano», pues eran muchas las osamentas que blanqueaban expuestas al viento y al sol, y que el verde magnífico del triguero con su balanceo quería ocultar a nuestra vista.

No puedo imaginarme una sensación más humillante para la pobre naturaleza humana, que el pasar por un campo de batalla, una vez libre del interés propio de una acción esperada y de la excitación de la pelea, siendo las únicas muestras visibles de la ruina y devastación de los hombres, los huesos diseminados de sus criaturas.

La noche que llegamos a este sitio dormimos en las casas de la hacienda, que durante la batalla sirvieron de cuartel principal al general español.

Esta hacienda era la más grande de las que vimos en Chile; su suelo era muy fértil compuesto de una tierra negra arenosa. Aquí vimos a un nativo arando un campo; el arado se componía de un pesado trozo de madera, lo más rudo posible, tanto en su factura como en su forma, al que un pedazo de fierro servía de punta.

Esta máquina arrastrada por dos bueyes, y guiada por un huaso (1), apenas si entraba en el suelo, levantando a los lados algo de arena, y aun así tan pobre labor bastaba a todos los propósitos en una tierra por la cual la naturaleza ha sido pródiga.

Había también un patio que servía para todos los menesteres de un gran fundo, los del vino, de la fruta, del ganado y de los caballos.

El clima en esta época del año (Octubre) era verdaderamente delicioso, aunque algo caluroso a medio día. Las noches son de un fresco muy agradable,

(1) Campesino.

el cielo sin nubes tachonado de estrellas, que tienen un brillo que raras veces se ve en Europa, junto con la constelación de la Gran Cruz del Sur y el grupo de Magallanes, producen un aspecto de sublimidad en una noche de Chile. En Chacabuco nos encontramos con todo lo necesario; había bastante carne, aves, frutas y vegetales; por primera vez desde nuestra salida de Mendoza entramos a una casa (excepción hecha de nuestra estadía en la casucha). Era grande y bien edificada, con un palo de bandera; el interior era de un barro oscuro, y ni las paredes ni las puertas estaban blanqueadas ni pintadas.

Al amanecer del 29 de Octubre salimos en marcha para avistar la ciudad de Santiago, que vimos desde una pequeña altura como a una distancia de tres leguas, con sus torres blancas abriantadas por el sol poniente (1).

Tuvimos una travesía agradable por una alameda de fragantes árboles, algo parecidos al ébano de los Alpes; a eso de las cinco ya habíamos pasado los suburbios y nos encontramos en el puente que conduce al pueblo de Santiago.

El puente, que es de piedra, se compone de cinco arcos y es una construcción elevada y bonita; fué mandado construir por O'Higgins, padre del actual general, cuando era capitán general de Chile. Des-

(1) La población entre Santa Rosa y Santiago es muy escasa, en invierno los caminos quedan desiertos, pues en esa época la montaña se cierra para los arrieros.

de la medianía del puente se contempla una bonita vista del pueblo, de los campos que lo rodean y del río Mapocho. El país comparado con todo lo que hasta ahora había visto en América del Sur, presenta un aspecto menos primitivo; el cultivo se extiende bastante por los costados de la cordillera más baja, y las plantaciones en las pendientes, alternadas con las haciendas y las casas de campo, le dan un aspecto poblado e industrial. El Mapocho no es un estero ancho, salvo en la estación lluviosa y durante el deshielo en que crece considerablemente, tanto que en varias ocasiones ha inundado parte de la ciudad, a pesar de la defensa de un dique de ladrillo llamado Tajamar, extendido a lo largo de todo ese lado del pueblo que bordea el río.

La ciudad de Santiago no iguala en tamaño a la de Buenos Aires, pero es mucho más agradable a la vista. Las calles son de buena anchura, bien pavimentadas con piedras redondas, con una vereda buena a cada lado. Por lo general las casas son sólo de un piso, a causa de los temblores; las murallas son de cuatro pies de ancho y edificadas de grandes ladrillos, llamados *dobies* (sic), hechos de barro amasado; pero están bien blanqueadas lo que les da un aspecto agradable. Las ventanas que dan a la calle tienen una reja de fierro ornamentada, bien pintada y aun dorada. Toda casa tiene un gran portón que sirve de entrada única.

Algunos de los departamentos a la calle se arrien-

dan para tiendas, con una pequeña puerta, y sin comunicación con la residencia de la familia.

En general, el pueblo está regularmente edificado, todas las calles se cortan en ángulo recto, que es el estilo de casi todas las ciudades españolas. Pasamos por la plaza principal, cuyos edificios, salvo el palacio del gobernador, son de muy pobre aspecto; en un extremo hay también un mercado. La Catedral, que se encuentra en la plaza, aun no estaba terminada cuando la ví, pero su estilo arquitectónico era más serio y puro que todo lo que antes había visto. Pasando la plaza enfrentamos la casa de un comerciante para quien yo traía cartas. Lo encontré comiendo, con todos sus inquilinos, en casa del doctor Cox.

Los ingleses que por entonces había en Santiago no alcanzaban a doce, y como eran extranjeros (los más habían venido de Buenos Aires después de la batalla de Chacabuco), siempre se asociaban entre ellos; todos estaban interesados en el comercio menos el doctor Cox (1). Esa noche el general San Martín daba una gran fiesta y baile, en honor del comodoro Bowles (comandante de S. M. B. en el Pacífico), cuya fragata, la *Amphion*, estaba anclada en la bahía de Valparaíso. Todos los ingle-

(1) Este caballero es muy respetado por su carácter caritativo y por sus maneras agradables; hacía 20 años que residía en Santiago como médico práctico. Antes había sido cirujano en la marina rusa.

ses se encontrarían en la fiesta y galantemente invitaron al señor Robinson (1) y a mí; en consecuencia, en la tarde, después de afeitarnos por primera vez desde que salimos de Mendoza, nos vestimos como correspondía y nos dirigimos al Cabildo, un edificio público grande, donde se celebraba la manifestación.

Se había arreglado el espacioso patio del Cabildo, un cuadrado grande, se había cubierto con un telón a manera de techo, que estaba adornado con las banderas unidas de Chile y de Buenos Aires y de otras naciones amigas; todo estaba profusamente iluminado por diversas lámparas en los costados y por ricos candelabros de cristal colgados en diferentes partes de la pieza.

La gran sala y los demás departamentos ofrecían refrescos y cena, otras piezas estaban destinadas para los oficiales superiores, tanto civiles como militares.

Esa noche fui presentado al general San Martín por el señor Ricardo Price, y quedé muy impresionado por la persona de este Aníbal de los Andes. Es alto y bien formado, todo su conjunto es muy marcial; su aire es muy expresivo; su cutis es bastante cetrina, su pelo negro y grandes sus patillas sin bigotes; ojos grandes y negros, con un fuego y una animación que serían notables en cual-

(1) El señor I. L. Robinson es hoy comerciante en Arequipa, Perú, donde casó con una peruana.

quiera circunstancia. Tiene modales de gran caballero. Cuando lo ví departía con gran facilidad y muy afablemente con los que le rodeaban; me recibió muy cordialmente, pues es muy afecto a la nación inglesa.

En la fiesta, que fué muy brillante, se encontraban las personas más caracterizadas de Santiago, como también los principales oficiales militares; cientos de parejas bailaban valse y en todos los semblantes se reflejaba la alegría. Cuando contemplaba esta escena, tan diferente a la que se nos había presentado durante nuestro último, triste y penoso viaje, el ser tan repentinamente trasportado en medio de la civilización y de la elegancia, desde las serranías de la Cordillera a la reunión de «belleza» y «cortesía» de la capital, me parecía encantador.

Después cuando traté de describirle este sentimiento a un caballero español, me contestó inmediatamente con una sonrisa profana:—«Ud. debe haber sentido lo que un alma escapada del Purgatorio hacia el Paraíso».

Varios de mis compatriotas estaban enrolados en el ejército patriota, y entre los presentes en la reunión, estaba el capitán O'Brien y los tenientes Bowness y Lebas; todos éstos se habían encontrado en la batalla de Chacabuco. Algunos oficiales del buque *Amphion*, de Su Majestad, también estaban presentes.

Durante la cena que se sirvió espléndida y sun-

tuosamente, se cambiaron varios brindis patrióticos y encomiásticos entre los oficiales, tanto civiles y militares, y nuestro comandante naval. Después comenzó nuevamente el baile, el que, según creo, se prolongó hasta el amanecer; pero como me encontraba cansado, me retiré poco después de media noche, a tomar mi primer reposo en la capital de Chile.



II

La ciudad de Santiago.—Plaza principal.—Los habitantes.—
Superstición.—Ceremonias religiosas.—Frailes.—Diver-
siones.—Tajamar.—Sumario político.

La ciudad de Santiago fué fundada en 1541 por Pedro de Valdivia. Está situada en un valle extenso y fértil y regado por los ríos Maipo y Mapocho, a los 33° de latitud sur y a los 55° O. de longitud con respecto a Greenwich.

La extensión que ocupa no guarda relación con la que necesitaría la escasa población: cada morada ocupa una gran porción de terreno, siendo ella generalmente de un piso con un espacioso patio delante y un jardín con huerto en el fondo. «Acequias» como de tres pies de ancho, corren por el medio de las calles, bien dotadas por el río Mapocho, lo que permite conservar las calles en un

estado de limpieza muy superior a las de Buenos Aires. También a veces las acequias se llevan a través de los jardines, algunos de los cuales, pertenecientes a las mejores casas, están muy bien cuidados y ornados con fuentes de piedra en el centro. Contienen naranjos, granadas, limones, viñas y una gran variedad de plantas y flores indígenas de la región.

En Santiago la vegetación es siempre viva, pues apenas se siente el invierno en este país delicioso donde rara vez se ve la nieve. También abundan en Chile muchas plantas aromáticas y medicinales, y podría decirse sobre el particular que tiene la bendición de San Patricio, pues no se encuentra en todo él un sólo reptil venenoso.

Sólo se edifican las iglesias con piedra y ladrillo; y las casas de adobes, amasados al sol, tienen techo de tejas rojas. Las murallas de las casas son muy gruesas, desde dos pies hasta una vara, o yarda española, lo que las hace muy estables y junto con lo seco del clima les asegura una gran duración.

La plaza principal tiene por el lado norte la catedral y el palacio arzobispal, por el este el palacio del gobernador y la prisión del estado; tanto el costado sur como el poniente se componen de tiendas, con un portal, lo que constituye un alivio fresco durante el calor del día. Las tiendas no tienen vidrieras, y generalmente se componen de una sola pieza. Ninguno de los tenderos es muy rico y esos comerciantes españoles que habían llegado a la opu-

lencia bajo el antiguo régimen, desaparecían rápidamente en la época a que hago referencia, pues el gobierno patriota les había puesto una contribución para mantener la guerra del país, a ellos que habían obtenido su riqueza por el monopolio español; y, aunque parezca algo duro para los individuos, nadie bien inspirado se atreverá a decir que es más que una vuelta de mano de la justicia si se considera que ellos obtuvieron esas riquezas por una imposición semejante sobre los nativos. Los artesanos en Santiago son principalmente joyeros, talabarteros y herreros, pero su trabajo es muy rudo y sin gracia; sus carpinterías sólo trabajan con la hachita, y sus inmensas visagras y candados son de una construcción que le parecería muy rara a uno que nunca hubiera trabajado más que en los alrededores de Sheffield y de Birmingham. El sastre español, aunque no puede por su estilo mejorar un mal modelo, tiene la gracia de echar a perder uno bueno; el único vestido que hace científicamente es el capote español, o capa, que es de tan voluminosas dimensiones que frecuentemente se hereda de generación en generación.

En las inmediaciones de Santiago hay varios molinos de agua para moler trigo y maíz.

Los principales edificios son la Moneda, el Cabildo, la Aduana, los palacios del Gobernador y del Arzobispo, la Catedral y las iglesias de Santo Domingo y de la Merced.

Se estima en 40,000 el número de habitantes de la ciudad con sus alrededores, pero no me parece que llegue a tantos.

Son los santiaguinos sumamente afables y de hábitos caballerosos; he observado que son preferentemente atentos con los extranjeros,—tanto que no era fuera de uso que detuvieran a un extranjero en la calle, en la puerta o ventana de alguna casa para invitarle y darle hospitalaria acogida.

Su manera de vivir dista mucho del lujo; sus platos corrientes son sopas y ollas. El pan es excelente en Santiago, pues el trigo chileno es considerado como uno de los mejores.

En la mañana se toma mate y chocolate; como a eso de las dos se almuerza y en seguida se duerme una siesta hasta las cuatro.

En la tarde toman mate y después se sirve la comida.

Apenas si tienen una somera idea de cómo arreglar una mesa; después de las comidas nunca se quedan de sobremesa; los hombres son muy medidos y sobrios; su único vicio es un cigarro después de las comidas.

Hoy por hoy, algunas de las familias más distinguidas han entrado por las costumbres europeas, principalmente en lo referente a las horas, en esas casas donde ha habido enlaces con extranjeros.

Hay en Santiago un convento, edificado por los jesuítas, muestra de la gran laboriosidad e inteligencia de esa extraordinaria secta que se encuen-

tra en toda la América española. El relato de los obstáculos sorprendentes que han tenido que vencer para adelantar la educación y edificación del país en que han entrado, lo mismo que en la conversión de los indios nativos, ocuparía varios volúmenes; y aunque su principal objetivo es el de aumentar el poderío de su secta, lo que provocó la envidia de la corte española, siempre estaría por verse si fué procedente para los intereses del país, su aniquilamiento en el período que se llevó a cabo. Su inteligencia y su industria eran objeto de universal alabanza, y por cierto desde entonces no han sido reemplazados.

Todos los conventos tienen corredores y claustros al estilo gótico. Cada monje tiene su celda separada, amoblada con la mayor sencillez: un tiesto con agua, una imagen del Salvador, y del santo de su devoción, unos pocos libros religiosos, una mesa y una silla.

Los corredores tienen pinturas de muchos de los mártires y santos que han sufrido persecución y muerte por su fiel abnegación por la causa católico-romana.

Sir Thomas Becket y varios otros santos ingleses que vivieron durante los tiempos de nuestros Eduardos y Enriques, se ven frecuentemente pintados rudamente en las murallas, con cortas leyendas sobre sus vidas y de cómo murieron.

San Francisco, en la Cañada de Santiago, es un

convento notable por lo espacioso y por lo bueno; sus patios tienen grandes palmeras y cedros.

Algunas veces se erige un gran crucifijo de madera en medio del patio de los conventos, junto al cual los padres hacen penitencia y se flajelan; en el pedestal de la cruz puede verse un buen número de cortas oraciones. Cuando contemplé estos tristes emblemas de la muerte amontonados en orden piramidal y «sonriendo en hileras horribles», me acordé de una de las observaciones de Hamlet sobre el pobre Yorik—«Podemos volver a lo que sirve de base».

Hasta ahora no he encontrado entre los padres y los frailes ninguno intolerante, que ni aun se toman el menor trabajo para conseguir prosélitos entre los extranjeros.

Seguramente, en un período anterior, ellos procuraban enardecer a los nativos contra los herejes a su fe; fuí informado de un modo verosímil, por un inglés que había visitado Chile 20 años atrás, que todas las clases bajas del pueblo estaban empapadas en esa idea, que todo protestante tenía una cola parecida a la atribuída al «maldito». Por cierto eso era debido al celo de los padres para inculcar esa creencia, como que tendía a conservar su dominio sobre los nativos, que veían peligrar.

El mismo caballero me informó que la opinión precitada estaba tan formada entre algunos de los habitantes, que cuando visitó Santiago por primera vez, una señorita de edad, más curiosa que las de-

más, le levantó las colas de la levita, para comprobar, por una demostración ocular, si acaso actualmente poseía ese «apéndice satánico».

Estos absurdos ya no existen, porque el poder de la superstición viene muy a menos en todas las clases. Es necesario admitir que hay algo en la pompa y suavidad del culto católico romano, bien calculado para influenciar las mentes de la gente ignorante.

Sus festividades solemnes son magníficas procesiones con impresionante servicio en la iglesia acompañado de música y canto de espléndidos coros de religiosos y la devoción aparente de la congregación que se prostra. Cuando he visto en el interior de una iglesia los reflejos de luz de las velas de cera, cuando he contemplado la refulgencia del altar mayor, las alhajadas y doradas imágenes y cuadros, los candeleros de plata de la misa, y sobre todo cuando he escuchado las sonoras notas del órgano que bajan raudas a la nave iluminada, unidas a la música del violín, del clarinete, del oboe, entonces he comprendido cómo esta religión mantiene ese poder soberano sobre los sentidos, para lo cual parece tan particularmente dirigida.

No es mi ánimo hacer cuestión sobre alguno de los principios diferentes a los que recibí; sólo hago constar mispropias impresiones como un mero espectador de estas cosas.

Por cierto que los frailes viven muy confortablemente y tienen todo el aspecto de ser la clase más robusta de los habitantes; son muy educados y afables

y sólo muy rara vez se encuentra uno de mala catadura y malhumorado que considera como enemigo a cualquiera que no sea de su religión. A menudo he sido invitado a participar de su hospitalidad en la que siempre hacen gala de un humor excelente. Varios amigos y yo fuimos invitados un día por un fraile escocés, que había residido muchos años en Chile, donde era hermano de la Orden recoletana.

Su convento estaba muy bien situado, como a media legua de Santiago, al pie de un cerro que verdeaba, con un jardín y un viñedo sumamente grandes.

Nos obsequió con una cantidad de cosas buenas, en unión de varios de sus hermanos que no eran de «las siete vacas flacas de Faraón». Como había vino más que suficiente para alegrarnos, uno de mis amigos me susurró al oído esto: «es el padre Paulo realizado en sus copas».

En Santiago los más opulentos son los hacendados, algunas de cuyas propiedades producen una renta considerable; generalmente están situadas en los valles ubérrimos de Aconcagua, Maipo, Rancagua, Melipilla y los alrededores de Santiago. Antes dije que los comerciantes españoles habían sido expulsados, ya por violencia o por miedo a ellos y que poquísimos tenderos tienen fortuna. Las clases bajas en Santiago son muy pobres, pero entonces sus necesidades son muy pocas y la benignidad del clima y la fertilidad del suelo tienden también a disminuir más sus necesidades absolutas.

En Santiago, entre los nativos no hay comerciantes por mayor: todos los que trabajan en el comercio tienen tienda.

Algunos miembros de la Municipalidad y aun del Cabildo que es la corte principal, son tenderos. Pocos importadores vienen a Santiago siendo la única plaza de la tan estendida costa de Chile, en que ellos pueden procurarse sus necesidades.

Casi exclusivamente en los pueblos grandes y aldeas es donde se usan los artículos europeos, porque la gente del pueblo tiene sus propias manufacturas como los ponchos y sus rudos tejidos de lana y algodón. Por sus costumbres esta gente no sería considerada como industriosa en Europa: un clima idéntico, poco que hacer, y la natural inclinación humana a la indolencia, conspiran para que Santiago no sea ni con mucho un pueblo de trabajo; además, poco puede esperarse de un lugar tan distante de la costa, donde comparativamente nada se importa, salvo lo que sirve para el consumo de los habitantes cuyo número, en total, no sube de 40 mil.

Hasta los ingleses languidecen algo y después de un tiempo se ponen menos activos, arriendan sus almacenes constantemente abiertos y sin compradores (menos cuando llega un cargamento) y por su manera de vivir, a veces se pasan hasta 2 y 3 meses sin recibir ni un diario ni una carta de su suelo natal. Cuando se consideran todos estos fac-

tores, no sorprende que la gente naturalmente viva en un estado de laxitud y de indolencia, ahora que el país no está agitado por guerras civiles.

Actualmente los hombres visten bien en Santiago, en especial los elegantes partidos de la localidad. Sólo ahora último han entrado por las modas europeas.

Cuando visité por primera vez a Santiago una toilette muy común entre los jóvenes distinguidos era una chaquetita adornada con botones de metal bronceado, y un poncho; pero ahora visten notablemente mejor. Las niñas son muy bonitas con su cutis mucho mejor de todas las que he visto en Sud-América; algunas tienen ojos azules y pelo oscuro, tienen muy buen humor y son muy amables. Sus entretenimientos no difieren mucho de las de la república de Buenos Aires, pero apenas si se han acercado tanto a las costumbres europeas. Tocan y bailan a la guitarra, muchas al piano, y son muy vivas en su trato y conversación.

Aunque son de rápida comprensión su educación es muy reducida; como se comprende gozan con sus escasas lecturas. Muy rara vez he visto en sus bibliotecas más que *Don Quijote*, *Fil Blas*, las novelas de Cervantes, *Pablo y Virginia* y algunos otros libros, entre los cuales nunca faltan el misal, la *Historia de los mártires* y algunos libros religiosos. No sé como no se encuentran en un estado mental aun más sano que las niñas de esos países, donde tienen la imaginación siempre agitada por la «última novela» y que

por lo tanto, tienen una buena dosis de sentimentalismo del cual carecen las que tienen modos más avanzados de pensar en Chile.

Con todo he conocido varias niñas en Sud-América, muy adeptas a la literatura inglesa y francesa y que poseían perfectamente ambos idiomas.

Los habitantes de Santiago tienen muy pocas diversiones, pero muy agradables.

Los Domingos y días festivos la gente se reúne como a una milla del pueblo, en el extremo del Tajamar, a su entretención favorita: las carreras de caballos, se llevan a cabo lo mismo que las de Mendoza. En estos días de fiesta, las niñas van al Tajamar, muy elegantes, en sus calesas, arrastradas por una mula, con un negro o mulato como postillón, que la cabalga. Los carruajes se arreglan todos en fila a un lado; los caballeros hacen gala de sus conocimientos ecuestres, se llevan vallejeando y se detienen junto al coche cuando se encuentran con alguna de sus amistades. Muchos de los peatones también se pasean sobre la muralla del Tajamar, que no es ni con mucho el paseo más agradable de Santiago: un camino ancho y recto como de una milla de largo, que tiene de trecho en trecho escalones de piedra y que a ambos lados del camino están sombreados por árboles siempre verdes. A la entrada hay un gran puente. La cordillera, a la cual es paralelo el camino, le da por las tardes una magnífica variedad de colores,—producidos por los refle-

jos de los últimos rayos del sol poniente sobre los nevados picachos de las montañas.

Mientras don Bernardo O'Higgins era gobernador se formó en 1817 un paseo más extenso y mejor en la Cañada; está plantado de álamos, en varias hileras, y hoy día está más de moda que el Tajamar.

Para que el lector se forme una idea cabal del estado político del país, a mi llegada, es necesario dar una mirada retrospectiva sobre los diferentes partidos e intereses que desde antes agitaban ya el horizonte político. Chile había gozado de una paz ininterrumpida y de gran tranquilidad desde la conquista española, menos al Sur del Biobío donde había continuas guerras con los indios araucanos. Sólo la tiranía del gobierno español pudo levantar en armas una nación tan pacífica donde los habitantes parecen compartir con la naturaleza los encantos de su clima.

La opresión y violencia de los hombres tanto civiles como militares que mandaban de España para gobernar a los nativos, sus crueldades horribles con los pobres indios indefensos (nada se hizo por evitar que perecieran en la esclavitud de las minas), el sistema de gobierno español que no permitió a la gente la libre explotación del suelo, prohibiéndoles hasta el cultivo de la vid, del olivo y del tabaco, obligándolos a recibir sus vinos y aceites de la madre tierra, y lo mismo su tabaco; los derechos enormes a todas las manufacturas europeas, cuya introducción se entregó al monopolio de los comer-

cientes de Cádiz, que sólo fletaban anualmente unos cuantos veleros, con artículos que el regalista gobernador de las provincias (interesado en la venta), obligaba a los nativos a comprar, a precios exorbitantes, quisieran que no quisieran;—este y otros innumerables actos de represalia, de parte de España hacia las colonias, repetido año tras año, sin que hiciera nada en beneficio de la gente, concluyeron por hacer darse cuenta a los nativos de sus males,—de modo que cuando sonó en las playas del Plata la trompeta de la Libertad, el estallido tuvo eco favorable en las montañas chilenas.

Los acontecimientos ocurridos en la nueva república de Buenos Aires no podían por menos de inspirar a los ciudadanos chilenos un deseo ardiente de emanciparse de la esclavitud; o por lo menos, si no podían librarse enteramente del yugo aplastante, hacer un intento para zafarse de él. No parece que hubiera sido la primera intención de la gente de Chile la de separarse enteramente de la madre patria, siendo sus deseos solamente el modificar las leyes en favor de los nativos que en verdad gobernarían para el monarca español.

Con este objeto los principales habitantes de Santiago depusieron en Julio de 1810 al Capitán General, formando una junta compuesta de 6 individuos los más caracterizados, junta que arbitró varias leyes de grandísima importancia.

Proclamó la libertad de prensa, la abolición de todos los derechos que cobraba el clero, estatuyendo

que en adelante solamente el Estado les pagaría su salario; comercio libre con toda nación amiga de España; la abolición de la esclavitud de los negros, declarando que a contar desde la fecha de la formación del Congreso (que luego se formó), todo hijo de esclavo sería libre y aquellos importados posteriormente, después de algún tiempo, recibirían también los beneficios de la libertad.

Estas leyes nuevas en un país hasta entonces acostumbrado a una pasiva obediencia, parecían prematuras, pues la gente que estaba cegada por la ignorancia no podía repentinamente estar preparada para un estado de cosas tan moderno; aunque estos inconvenientes son siempre inevitables en una revolución, la experiencia prueba que cuanto antes se informa una gente del dominio de sus privilegios, está dispuesta a alcanzar su objetivo en menos tiempo. Naturalmente el nuevo estado político motivó varios conflictos civiles, hasta el punto que, en 1811, permitió a tres hermanos de una distinguida familia de la capital, apoderarse del comando militar y disolver el Congreso. La familia de los Carrera era la más influyente en la ciudad.

Los hermanos José Miguel, Juan José y Luis eran todos tres jóvenes de talento y de porvenir, sobretudo el mayor de ellos. Eran sumamente buenos-mozos y conocían los últimos adelantos militares del día; los tres eran oficiales en el ejército, muy queridos por los soldados, debido a su afabilidad y a su imponderada liberalidad, que desgraciada-

mente, cuando subieron al poder contribuyó a precipitarlos en la vanidad y la disipación de donde vino el ascendiente y últimamente el triunfo al partido de O'Higgins, dando origen al derrame de mucha sangre y desgracia en todo el país. Después que los Carrera tomaron el mando y disolvieron el Congreso, se constituyó una nueva Junta a cuya cabeza quedó José Miguel Carrera.

Mientras tanto el virrey del Perú, que esperaba ansioso los resultados de los disturbios que la incapacidad de los diferentes leaders de los partidos en Chile habían diseminado entre la gente, despachó una división a las órdenes del General Pareja, desde Lima, que desembarcó cerca de Talcahuano a principios del año 1813. A la llegada de esta división, las disenciones que existían entre los partidos de don Bernardo O'Higgins y de los Carrera, que estaban a punto de tomar las armas, se dieron tregua por un tiempo y aunaron sus fuerzas en contra del enemigo común.

Los realistas fueron derrotados en dos acciones parciales; pero los patriotas no continuaron sus triunfos y dieron tiempo a los realistas para defenderse en los pueblos de Chillán y de Talcahuano.

Los realistas también ganaron a los indios, los libres y valerosos araucanos, que llegaron a ser sus aliados.

Se libraron varias batallas de menor importancia entre patriotas y realistas, en las cuales el General O'Higgins conquistó buenos laureles por su valor

y perseverancia, por los cuales siempre se distinguía; pero el poco celo militar desplegado por los Carrera les costó el ser suspendidos en su grado y despojados de su rango y enviados a Santiago, en cuyo camino fueron hechos prisioneros por los realistas.

Entonces O'Higgins y Mackenna tomaron el mando del ejército. Otro refuerzo enviado desde Lima, a las órdenes del General Gaínza llegó a Chile y fué derrotado por O'Higgins y Mackenna; Gaínza fué obligado a encerrarse en Talca. Por ese entonces llegó de Lima con poder del virrey para actuar como mediador el capitán Hilliar, a bordo del *Phoebe* de S. M. B.

El Director Supremo, Lastra, designó representantes para negociar la paz, los que fueron acompañados a Talca por el capitán Hilliar a quien le servía de intérprete el señor Juan Santiago Barnard.

El 5 de Mayo, de 1814 se firmó un tratado, entre el General español y estos representantes, por el cual tratado, Gaínza se comprometía a evacuar el país, con todas sus tropas, antes de dos meses.

El virrey debía reconocer la soberanía de Chile, pero éste, sin embargo, debía mandar diputados a las Cortes españolas, corporación que convinieron en acatar durante «la prisión de Fernando el muy amado», en Francia.

Se cambiaron representantes para el cumplimiento de este tratado. Pero este tratado no pasaba de ser una mera farsa de los españoles, y como se verá más adelante, al consentir en él, Gaínza no tuvo otro

objetivo que el darse tiempo para recibir un nuevo refuerzo de Lima para su real causa.

En efecto, el general Osorio desembarcó en Talcahuano con una división de ejército fuerte de 5,000 hombres, con la que se hizo dueño del campo. Por el tratado, los Carrera quedaron en libertad y no tardaron en deponer a Lastra y colocar al frente del Gobierno a José Miguel nuevamente, pero la conducta anterior de estos tres hermanos tenía ya cansada a una fracción importante del pueblo, la que solicitó la cooperación de O'Higgins, que entonces se encontraba en Talca. Así las cosas, cuando los dos partidos se encontraban en el llano de Maipo, recibieron inesperadamente de Osorio la orden de rendirse a discreción.

Ya no había más esperanza para la causa de la libertad que vencer en el campo de batalla; así comprendió las cosas O'Higgins y generosamente se puso al servicio de José Miguel Carrera con el objeto de vencer al enemigo aun haciendo causa común con su rival.

O'Higgins dejó avanzar al enemigo, al que rodeó en el río Cachapoal, pero fué derrotado por fuerzas superiores y se replegó con el resto de su tropa en Rancagua, en cuyas cercanías acampaba Carrera con el grueso del ejército.

Los realistas emprendieron un furioso sitio a la ciudad de Rancagua, la que fué defendida heroicamente.

Carrera no le prestó ayuda alguna a su nuevo

aliado, con lo que los españoles se tomaron la plaza después de vencer una desesperada resistencia de más de 36 horas, en la cual sucumbió más de la mitad de los sitiados. O'Higgins, viéndose perdido, resolvió salir de la plaza con la tropa que le quedaba (como 200 hombres), poniéndose a su cabeza arrasó a sus asaltantes, abriéndose paso a través de ellos con su grupo de valientes. Esta acción tan heroica desconcertó un momento a los realistas que no lo persiguieron.

Se consideró altamente culpable la conducta de Carrera que contemplaba impasible la derrota de su aliado, atribuyéndose a que por envidia lo había sacrificado abandonándolo a su suerte. Cuando O'Higgins dió la señal de retirada, Carrera con 1,500 hombres se vió obligado a volver a Santiago. Pero los santiaguinos que ya estaban hartos con los continuos motines, clamaron por Osorio y las tropas patriotas que no desertaron, en número de 600 hombres cruzaron los Andes, junto con muchas familias linajudas, con O'Higgins, Mackenna y los tres Carrera.

San Martín se unió a los fujitivos patriotas en Mendoza, donde abrazó la causa de O'Higgins; los tres Carrera siguieron a Buenos Aires.

Mientras tanto el general Osorio tomó posesión de Santiago, con las protestas más solemnes de amnistía general para todos los que habían tomado parte en la revolución, pero cuando, atraídos por esta estratagema, regresaron a Santiago los cabeci-

llas y jefes de las principales familias, comenzó un cruel sistema de persecución y de terror. Prendió a los miembros de las más respetables y opulentas familias patriotas, lo mismo con las que se sospechaba de tales y las tenía a bordo de un buque en Valparaíso. Eran encerradas como esclavos de la costa de Africa, faltos de las comodidades indispensables de vida, ni aun se les permitía los privilegios de la cubierta. Se mandó el buque a la isla de Juan Fernández; afortunadamente la travesía era corta, de lo contrario hubieran perecido de hambre. Muchas eran ya personas de edad, y entre todas eran cincuenta, más o menos, sólo iba una señora, doña Rosario de Rosales, quien solicitó acompañar a su padre, un anciano de 70, lo que por cierto mucho la honra. No se les permitía a estos desterrados ninguna correspondencia con sus familias en Chile. Sufrieron las más duras privaciones durante su destierro en la hasta entonces inhabitada isla (1).

San Bruno, un infame monstruo de crueldad, era uno de los principales secuaces de Osorio en el saqueo y matanza de los infortunados habitantes de Santiago. Asesinó personalmente a varios patriotas confinados en la cárcel, so pretexto de rebelión y de querer escaparse (2).

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

(1) En esta isla se forjó la fábula de Robinson Crusoe.

(2) El malvado igualaba a Marat en su fría crueldad, y las horrendas acciones que se le atribuyen de mutilaciones de

Marcó del Pont sucedió a Osorio, caballero español, que se distinguía por las características usuales de los gobernadores sudamericanos: falsos, rapaces, crueles.

Se mantuvo a cargo de los negocios hasta que San Martín invadió y tomó posesión de Chile. Después de la batalla de Chacabuco, Marcó fué hecho prisionero y deportado a San Luis de las Pampas, donde estuvo varios años.

Los chilenos ya libres, agradecidos, hicieron Director Supremo a San Martín, pero declinó ese honor a favor de don Bernardo O'Higgins, hijo del país, y que no excitaba la envidia como un jefe militar extranjero, dotado de influencias soberanas. San Martín, conservó, sin embargo, el mando de los ejércitos combinados de los Andes, y era generalí-

sus víctimas, sólo eran dignas de los demagogos de la revolución francesa.

Se le apresó en Chacabuco y mandado a Santiago, amarrado en un burro, mientras el populacho lo envilecía a su paso con pedradas y barro, de modo que descansó cuando lo metieron en un calabozo de la cárcel.

En pocos días, fué condenado a muerte por asesino, fué arrastrado al cadalso, sobre una palizada, llorando como un niño, y mostrando esa imbecilidad de tiranos y opresores, cuya crueldad sólo es igualada por su cobardía.

Su cara era horripilante, pues el populacho casi le había vaciado un ojo, y cuando el verdugo le sacó la venda, lanzó un chillido agonizante que, sin embargo, excitó a la multitud. Fué colgado en la mañana, y sólo a la entrada del sol, bajaron el cadáver.

simo de todas las fuerzas en el país. Los realistas siempre quedaron en posesión de la plaza fuerte de Talcahuano, al sur de Chile, que junto con Valdivia, era el único punto que les quedaba después de la decisiva batalla de Chacabuco. El general O'Higgins sitió por tierra a Talcahuano, pero el dominio del mar les pertenecía a los españoles que poseían varios buques de guerra.

Se mantenía una buena correspondencia entre los patriotas de Chile y del Perú, con la que se prepararon las cosas para librar a este último del yugo español.

Tal era la situación política en Sud América cuando llegué a fines del año 1817.

Aun quedaba un poderoso partido español en Chile, del cual casi toda era gente muy opulenta, pero las cargas que se les impuso por sus ideas políticas; luego les despojó del oro, lo que les impedía ejercer esa influencia que tiene generalmente ese formidable metal. El ejército patriota estaba en gran apogeo después de la batalla de Chacabuco, y se creyó invencible; hablaban alegre y burlescamente de los españoles, y los oficiales alardeaban de que antes de fines del año próximo, bailarían en el palacio de Pizarro en Lima.



III

Viaje a Valparaíso.—O'Higgins.—Casablanca.—El Océano Pacífico.—Descripción de Valparaíso.—Baile chileno.—Los negocios.—Comercio de Mackay.

Apenas hacía diez días que me encontraba en Santiago, recibí una carta del capitán Warner anunciándome la llegada del *Catalina* a Valparaíso con mi carga. Al efecto, dispuse mi viaje a ese puerto, alquilé un guía y salimos muy de mañana, con la intención de dormir en Casablanca, distante unas 20 leguas. A la entrada a Santiago por el camino de Valparaíso hay un obelisco, erigido a la memoria de O'Higgins, padre del general de hoy día (1).

(1) Se podría decir que Chile nunca tuvo un hombre más útil que éste; ha dejado monumentos de natural energía y gusto que inmortalizarán su nombre mientras exista el país. Era natural de Irlanda, y llegó muy joven a Chile como aventurero comerciante. Residió en Santiago por muchos

Por siete leguas el camino es plano, yendo la primera parte por un llano arenoso.

Las haciendas o fundos, están alineados con altas murallas de barro protegidas en la parte superior por un techito de pasto para evitar el que sean destruidas por las fuertes lluvias del invierno; pues, salvo esa estación, el clima es tan seco, que las murallas resisten por muchos años. Este camino, no presentaba como el de la cordillera, el menor aspecto de tránsito y seguramente, le daría al extranjero alguna idea sobre la población de la capital; todos los transeuntes que encontramos fueron algunos que

años, ganándose por su prudencia y laboriosidad una inmensa fortuna y la buena voluntad de todos los habitantes. En una ocasión en que murió el Capitán General, O'Higgins fué elegido Comandante interino, pero fué un gobierno tan del agrado de la Corte de España, que fué agraciado con el cargo de Virrey del Perú.

Él proyectó el tajamar o dique de piedra que defiende la ciudad de las inundaciones del río Mapocho, pero su mayor empresa fué la del camino carretero por dos grandes cuevas o montañas, entre Santiago y Valparaíso. El también hizo el camino entre Lima y el Callao y fué en suma un benefactor general del pueblo y del país. Fué un ejemplo raro de gobernador sudamericano desinteresado, y su conducta hace un brillante contraste con la de muchos otros enviados de la península, que sólo tenían en vista su propio interés mercenario.

Su memoria es muy querida por los nativos, y nunca se menciona por ninguno de los partidos sino con el mayor respeto y gratitud.

en sus caballos llevaban pasto a la ciudad, y unos cuantos arrieros.

Después de atravesar el río Puraguel, distante 4 leguas de Santiago, llegamos al pie de la Cuesta de Prado, que en Europa se tendría por una montaña muy alta, pero comparada con los Andes aparece diminuta. En la cumbre de esta cuesta contemplé la mejor vista de la cordillera que hasta entonces había admirado, pues es mucho más alta del lado de Chile que del otro. Ya estaba, sin embargo, tan familiarizado con la vista de estas magníficas montañas, que no me impresionaron como le habría pasado al extranjero que se acerca a ellas por el lado del mar.

Nadie ha pasado la Cuesta de Prado, viniendo de Valparaíso, sin manifestar su agrado y admiración por el sin igual panorama.

Esta cuesta es un recuerdo memorable del genio de O'Higgins; es un camino carretero que del lado de Valparaíso tiene 33 vueltas en zig-zag; permite el paso cómodo de dos carruajes simultáneamente. Como no tiene cerca, y algunas veces las ruedas pasan tan próximas del borde del camino, siendo los vehículos tan desastrosos, que el pasajero, espera por momentos ver precipitarse por el precipicio el armatoste con animales y todo.

La primera posada desde Santiago, es Bustamante, que está, según se dice, a unas 11 leguas.

Es de notar que en Sud América están muy lejos de estimar bien las distancias. Las miden en las

Pampas por el galope del caballo y como los nativos tienen rudimentarias ideas de geometría, a veces cometen grandes errores. Por ejemplo: a menudo estiman una distancia en 6 leguas, y cuando uno espera, lo que ellos llaman posta corta, de 5 leguas, probablemente sea de 8 leguas.

Los cerros en esta época del año se ven color café y sin pasto, los pocos arbustos, esparcidos a distancia en sus laderas, luego los quema el sol y solo el aloe y el espino, que abundan en esta parte de las montañas de Chile, crecen a mucha altura, lo que hace muy característica del Nuevo Mundo.

Sólo en determinados valles hay buena vegetación, como para compensar la esterilidad de los campos vecinos estos valles son sumamente fértiles; el suelo es muy rico, arenoso, solo exige muy poco cuidado del agricultor.

Chile no está suficientemente dotado de agua, pero la atmósfera es tan deliciosa y favorable a toda clase de cultivo, que si estuviera bien regado todo el país, se convertiría él solo en el granero de toda Sud América.

De Bustamante a Casablanca hay 9 leguas, como en la mitad del camino cruza la Cuesta de Zapata, esta cuesta, labrada en zig-zag lo mismo que la de Prado, sin ser tan alta como ella. Desde la cumbre de la Cuesta de Zapata se tiene una buena vista del camino, en línea recta 9 leguas, a cuyo término se divisa la torre de la iglesia de Casablanca.

Esta vista produce muy buen efecto en un país tan silvestre; mirando camino abajo desde el Windsor Park al castillo se tiene algo parecido.

Por la mañana muy temprano el llano está cubierto de rocío, que luego evapora el sol levante, para convertirlo en nubes, que miradas desde arriba parecen un mar.

El camino recto comienza al pie de las montañas; recorre uno de estos fértiles valles, ricos en trigo, verdura y fruta.

El villorrio de Casablanca es chico, con escasos habitantes, pero es de gente educada y agradable.

Para no cansar al lector con descripciones de cada villorrio que he visto, daré aquí el molde de uño que puede servir perfectamente para todos los demás que he conocido en Chile.

En el centro la plaza en la que generalmente se encuentra la iglesia principal; las calles se cortan formando ángulo recto; las casas aun edificadas con barro, casi siempre blanqueada y techadas con teja o techo de paja. Las puertas toscas son sí pintadas de un rojo chillón, o casi siempre enteramente en en bruto; las ventanas sin vidrios, están protegidas por barrotes de fierro.

El interior, muy sucio, tiene suelo de ladrillo o de barro; un lado de la pieza, alto como 1 pie desde el suelo, cubierto con una carpeta, se llama el «estrado». Las paredes, blanqueadas en un principio, con algunos cuadritos, pintados en vidrio, de santos o mártires les sirven de adorno; sobre una mesa,

aderezada de altar, hay una imagen de Nuestro Salvador en la cruz; una o dos mesitas bajas con algunos bancos y pisos viejos completan el mobiliario. Las mujeres se sientan en el estrado, vestidas con una bata suelta de algodón, sin medias, con bufanda de bayeta o un chal de lana que les cae desde los hombros, nunca se levantan cuando entra un extranjero, a menos que sea mujer, pero en un tono desagradable dicen: «Beso a Ud. las manos caballero», que nos hace el efecto de un saludo. Sin embargo, es sólo la costumbre del país, muy luego se disipa la primera impresión de frialdad.

Los hombres también son muy educados; visten de diablo fuerte con ponchos, y grandes sombreros de paja; fuman continuamente sus «cigarros de hojas o de papel», siempre tienen la amabilidad de ofrecerle uno; pero si Ud. no sabe fumarlo, ligeramente le guiñan el ojo al vecino y lo creen un chambón (uno que nada sabe). La dueña de casa hace el mate, después de chuparse la mitad, y ofrece el resto; debe sorber inmediatamente la bombilla caliente, o tubo (aunque haya pasado en ese rato por los labios de todos los asistentes), sino quiere ser mal mirado o insultado.

En mi precipitación para manifestar mi complacencia por sus costumbres, me quemé la boca más de una vez, con gran diversión de los circunstantes.

Casablanca, en aquel entonces no tenía ninguna fonda y por eso hube de dormir la primera noche en casa del *Alcalde*, donde encontré a un corpulento

caballero inglés recién llegado de Valparaíso, con el cual dormí en el mismo cuarto, sobre el piso inmundo lleno de pulgas, a cuyas caricias mi compañero estaba menos acostumbrado que yo.

A media noche me despertó con sus lamentos: decía que le estaban devorando las pulgas y en su angustia, saltó del lecho, exclamando con gran energía:

Was it for this I left my father's house?

O that he were here to write me down an ass:

Y yo, silenciosamente, participé de la intención de su oportuna cita.

Al día siguiente proseguimos nuestro camino hacia el puerto, distante doce leguas de Casablanca; el camino es ligeramente montañoso durante cerca de la mitad de su trayecto, y después atraviesa una llanura de cuatro leguas, estéril como la generalidad de la región. Pasada esta llanura, llegamos a la *Cuesta del Puerto* desde cuya cima divisamos de repente el panorama grandioso del Océano Pacífico.

La eminencia sobre la cual estábamos tenía algunos centenares de pies sobre el mar, el cual bañaba allá abajo la invisible orilla del precipicio.

Hay algo de encantador en esta primera visión del enorme Océano. Así lo dicen casi todos los viajeros. En mí pareció reanimar sensaciones e ideas de tiempos pasados. Todas las visiones novelescas de mi primera juventud renacieron de súbito, desplegándose a mi vista en una vasta y azul estension, como un brillante espejo que reluciera bajo el sol.

Sin una vela, sin la espuma de una ola, sin nada

que turbara su «temida quietud», esas aguas permanecían así de inmóviles, como el día de su descubrimiento. Pensé en el Templo del Sol del Cuzco; en Lima, con sus puertas de plata. Los Incas, los Pizarro y los Almagro, acudieron a mi memoria, semi-vivos, al primer golpe de vista sobre un Océano que fué el escenario de sus hazañas.

La política española arrojó de estos mares toda bandera que no fuese la propia, y sus olas, no han sido surcadas sino por algunos filibusteros y por hombres como nuestro salvaje y aventurero Drake, cuyo nombre formidable en otro tiempo se ha empequeñecido hasta ser sólo una palabra para asustar a los niños.

Las madres chilenas y peruanas, de la costa, cuando quieren hacer callar a sus pequeñuelos les dicen: «*Aquí viene Drake*» (1).

La bahía de Valparaíso se domina íntegra desde la cumbre de la *Cuesta del Puerto*, pero la ciudad misma no es visible mientras uno no se acerca, pues está oculta por rocas escarpadas que la espaldean. Está edificada sobre una estrecha faja de arena al pie de los cerros, de tal modo que en algunos puntos no hay sino una calle que orilla la ribera y sólo tiene una fila de casas, las cuales tienen una bella perspectiva sobre la hermosa bahía. Sin embargo, la parte denominada el *Almendral*, es considerable

(1) Eres como Drake. Sir Francis Drake destruyó casi todas las ciudades y lugarejos de la costa.

y allí se han construído numerosas cabañas habitadas por la clase más baja del pueblo. ¡Qué diverso aspecto presentaba Valparaíso en 1817, comparado con el que ahora ostenta! Once años atrás, sólo residían dos ingleses en todo el puerto, mientras ahora hay cerca de dos mil. En aquellos tiempos el gobernador era Lastra. La ciudad está protegida por dos fuertes, pero ninguno de ellos de calibre o resistencia considerables, siendo el más digno de mención el de San Antonio. La bahía es amplia, pero no segura; abierta al norte, cuando sopla este viento con fuerza, causa grandes perjuicios y a veces el agua inunda en parte la ciudad.

Un gran crucifijo marca el sitio donde naufragó una fragata española, cuya tripulación integra pereció; el suceso tuvo lugar en las rocas que avanzan sobre la playa y que separan la ciudad del barrio del Almendral.

En el tiempo de que hablo, había sólo media docena de buques mercantes al ancla en la bahía y, de ellos, tres de matrícula neoyorquina. El buque *Amphion*, de S. M. B., comodoro Bowles, estaba también allí. Este marino manifestaba su asombro al encontrar el primer puerto de Chile en tan humildes condiciones. La Aduana nada tenía que hacer, y yo opiné que si esto hubiera sido igual algún tiempo antes, mi cargamento hubiera tenido mejor destino hacia otra región menos despoblada que ésta. Sin embargo, procedí a desembarcar mi cargamento de cuyo número de bultos tomaron nota

los oficiales de la Aduana, sin abrirlos; pero enviándolos bajo sello a la Aduana de Santiago. Para esto preparáronse doscientas cincuenta mulas, las cuales con dos fardos cada una sobre los lomos, comenzaron a trepar lentamente en fila de a una por el torcido camino que conduce a la capital.

El muelle de Valparaíso, tiene el fuerte a un costado y en el están los departamentos del gobernador. Allí está también el mercado donde se expende carne de toda especie (salvo de ternera), aves de corral, caza, vegetales y abundante fruta venida del hermoso valle de Quillota, que es considerado como el más rico de todos en la provincia entera. El precio de la vida era muy barato, pero debido a la afluencia de extranjeros, su costo ha crecido considerablemente, porque es observado que donde los ingleses hacen su aparición, tiene la peculiaridad de alzar el precio de los víveres, pues pagan lo que se les pide; esto sin mencionar las liberalidades adicionales que con frecuencia acuerdan.

Cuando yo estuve en Valparaíso, eran muy pocas las familias de gran situación, las que tenían casa propia.

Una noche, el gobernador Lastra ofreció en su residencia un baile al cual se me invitó, como asimismo al coronel Alvarado. Las damas no eran como las que uno encuentra en la alta sociedad de Santiago; pero habría sido imposible ofrecer un baile sin ellas dada la abundancia de invitaciones. Sin embargo, es tal gracia de esta gente, que se desen-

vuelve perfectamente y se asemeja mucho a la de superior rango. Recuerdo que un oficial de la fragata *Amphion*, allí presente, me contó que su compañera le había preguntado después de bailar si por suerte tenía ya contratada una lavandera, pues en caso contrario ella le ofrecía sus servicios.

La población de Valparaíso se estimaba entonces en cerca de seis mil habitantes, pero actualmente ha crecido hasta bordear el doble de ese número.

La brisa del mar es continua durante una parte de la noche, hasta las diez de la mañana, más o menos, que es cuando un fuerte viento de tierra sopla desde las colinas, lo que obliga a los barcos a buscar seguridad y refugio mar afuera. La costa al rededor del puerto es alta y en muchos sitios casi perpendicular, con gran oleaje y resaca espumosa al pie.

Es frecuente ver jugar en la bahía algunas ballenas que emblanquecen el agua con sus caracoles. Yo ví durante un rato uno de esos Leviatanes de las profundidades mostrando medio cuerpo sobre la superficie.

En otros tiempos, había como veinticinco vagabundos y aventureros, la mayor parte de ellos ingleses o norteamericanos, que buscaban arriesgadamente su fortuna en una goleta desvencijada donde apenas cabían todos ellos; y en esta frágil embarcación, recorrían las costas hasta el Perú tras de aventuras. Cada uno era un valiente y el navío se llamaba *Muerte o Gloria*. El jefe de esta arriesgada

banda se llamaba Guillermo Mackay, marinero escocés.

Con mucho trabajo pudieron juntar el dinero suficiente para comprar algunas provisiones para su empresa y las empaquetaron tan apretadamente en el barco, que parecían impedir a este avanzar un paso.

Pero un día que paseaba yo a caballo por cerro vigía, que domina a Valparaíso a una altura de algunos cien pies, ví que el barco se alejaba lentamente de la bahía. Era una tarde risueña en que el reflejo de las nubes sobre el Pacífico, daban al mar un aspecto azul lívido.

No pude menos que acongojarme al contemplar el destino de esa audaz y desesperada cuadrilla cuya vida iba recta a una indudable destrucción. Desde ese instante aparecían aquellos hombres como separados del resto del mundo.

Nor friend upon the lesserimg etrand
Linger'd to wave the unseen hand,
Or speak the faremell, heard no more;
Butl one, imheeded from the bay
The vessel taker his mowrnful way
Like some ill-destind bark.

Pero, he aquí lo que ocurrió. Como seis semanas después, una hermosa mañana, mientras soplaba una alegre brisa, entraba a la bahía un magnífico navío y echaba anclas frente a la fortaleza, bajo las miradas atónitas de todo el pueblo. Y cuál no sería

la sorpresa del oficial que fué a recibirlo, al ver a Mackay y a sus camaradas como dueños del buque. Tratábase de *El Mercurio*, un barco español de cuatrocientas toneladas, cuyo cargamento se avaluaba en trescientos mil pesos y que, recién venido de Cádiz, constituía la primera captura hecha a los españoles desde el estallido de la revolución. Más tarde lo compró el Gobierno de Chile para destinarlo a transporte.

Los piratas habían recorrido la costa ayudados fielmente por un propicio viento de sur a norte, hasta llegar a las afueras de Arica donde descubrieron un gran bajel fondeado en el puerto. Concibiendo al punto su plan, esperaron la noche y, en botes con remos forrados para no hacer ruido, deslizáronse silenciosamente por la orilla y, tan de súbito abordaron el buque, que el guardia fué tomado por sorpresa y la tripulación, después de una débil resistencia en que murieron algunos españoles, bajaron voluntariamente al bote o saltaron al agua ganando la orilla a nado.

Los asaltantes cortaron entonces los cables de amarra y sacaron el barco de la línea de las baterías que, con la alarma dada habían abierto ya un nutrido fuego. Un momento después estaba en salvo y navegaba mar afuera.



Habiendo finiquitado mis negocios en Valparaíso, regresé a la capital para vigilar la distribución de mis mercancías. Los derechos, en ese tiempo, eran de treinta y cinco por ciento *ad valorem*, y eran regulados por el fiscal y por el administrador, dos empleados jefes de la Aduana.

En otros tiempos estos caballeros prestábanse al soborno mediante una propina, y así atribuían un avalúo menor a las mercaderías. Pero después han ocupado estos puestos personas de carácter e integridad, hasta el punto que en una ocasión como un comerciante se atreviera a proponer una prima para modificar los derechos en su favor, estuvo en eminente riesgo de perder su valioso cargamento, pues los administradores de la Aduana dieron parte de su actitud a las autoridades. Sólo mediante mucho tacto y después de grandes dificultades, el acusado pudo librarse del comiso, no sin tener que pagar por estas diligencias algunas propinas. Despachados de aduana los bultos por mi consignatarios, sirvientes cholos transportáronlos al almacén, que fué inmediatamente invadido por los tenderos de la ciudad. Las ventas comenzaron.

Pude notar que muy pocos comerciantes tenían dinero listo para sus transacciones y que muchos de ellos eran pobres; de modo que se hacía absolutamente necesario concederles crédito por dos o cua-

tro meses. Era una época nueva en el comercio de Santiago; antes, un surtido entero comprábanlo al instante algunos opulentos españoles, pagando al contado; pero la revolución arrojó del país a estos traficantes y, los que permanecieron y conservaron capitales, no volvieron a comerciar, por miedo de que el Gobierno pudiera confiscárselos, según era corriente. Por eso, en adelante, sólo buscaron el medio de ocultar su numerario y con frecuencia lo enterraban en las huertas o cercas de las casas.

Por estos motivos, mis especies tuvieron que ser divididas en pequeños lotes, en relación con los medios y créditos de mis clientes, muchos de los cuales sólo compraron un cajón deseando no pocas veces tomar aún menor cantidad, lo que no me fué posible admitir, pues mi negocio era al por mayor.

Durante la primera semana se vendió a buen precio casi la mitad de la existencia; pero en seguida nada comparable a la lentitud de las ventas en pequeño, que necesitaron un año íntegro para dar salida a todo el stock. Entre tanto, llegaron de Inglaterra varios buques con mercaderías, los cuales, hecha la realización de las novedades o de lo más escogido, quedaban en la misma situación que las mías. A veces pasaban días y semanas sin que entrara un comprador al almacén. Las asperezas de los negocios en Sud América son mucho más considerables de lo que la gente se imagina en Inglaterra: por ejemplo, si se vence un documento y el deudor no tiene como cubrirlo, no vacila en decirnos

que no puede pagar; y, si uno se dirige al *Cabildo* o Consejo de Comercio para compeler al pago, los miembros de esta Corporación se muestran tan indulgentes que conceden al moroso el tiempo que desee. Y esto se explica, pues muchos de los consejeros están en la misma situación del demandado, por ser también comerciantes y tener deudas provenientes de compras.

Ahora, si os resolvéis a entablar embargo en la tienda del deudor, cualquiera persona que pueda probar cómo es verdad que cualquiera de los bienes allí existentes le pertenece, puede tomar posesión de él (?); de donde resulta que aunque obtengáis justicia, no encontraréis cómo compensar vuestro trabajo, a menos que haya dinero líquido.

A pesar de sus riesgos, este método de comerciar es necesario; pues si se piensa vender sólo al contado, una vida entera no bastaría para dar salida a un cargamento grande. El relajado sistema legal relativo al crédito y su complacencia para con el deudor, coloca al vendedor, cualquiera que sea, a merced de la palabra cliente.

Me he extendido acerca de esto a consecuencia de las frecuentes quejas de Inglaterra por el atraso de remesas desde la América del Sur, lo que se atribuía a influencia de los agentes que las retardaban para aprovecharlas en expeculaciones privadas. No dudo que esto haya ocurrido, ciertamente, pero no creo que sea una práctica generalizada; casas de esta clase, y respetabilidad que siempre han mos-

trado el más vivo interés por activar el envío de dinero recogido, han tenido infortunadamente, cuando sus compradores han caído en insolvencia, que sufrir por los diversos rumores que son a menudo inescrupulosamente propagados por algunos fabricantes y embarcadores, y que en varias ocasiones han llegado a ser seriamente perjudiciales para su crédito.

Poco después del regreso de Mackay de su afortunada expedición, recibí una carta de mi agente en Valparaíso, en la cual me decía que Mackay estaba dispuesto a comprar la *Catalina* para armarla en corso, y como no tenía yo oferta de carga para retorno, me trasladé al puerto a fin de tratar el asunto. El buque era admirablemente apto para un filibustero, por su rapidez y por tener troneras para doce cañones. Con alguna dificultad arreglamos el precio en 18,000 pesos, por la cual suma hice la venta con gran provecho de sus propietarios, pues se realizaba una ganancia de casi tres veces el precio pagado en Londres por el buque, pocos meses antes.

Hecho en forma debida el traspaso del bergantín obtuve del Comodoro Bowles la cancelación del registro y se lo dí a Mr. Warner para que lo llevara a Londres. El *Catalina* fué rebautizado con el nombre de *La Fortuna* y, cumplidas las formalidades de la entrega, arrióse la bandera británica y se enarboló en su lugar el nuevo pabellón naval de Chile, con un saludo del barco pirata. Mackay pagó el va-

lor del *Catalina* varias semanas antes de su vencimiento.

Era curioso ver a los marineros que habían acompañado a Mackay, la mayor parte de los cuales tenían cinco mil dólares cada uno por su cuota en la presa. Para ellos el dinero no tenía valor, y los doblones fueron desparramados en Valparaíso con la más abierta prodigalidad. Era frecuente que un marinero comprase a un huaso venido del interior, su caballo, frenos y montura, tal como estaban, dando por ello al contado el doble de su precio.

El necio, habiendo cerrado el negocio, hacía que el primitivo dueño se bajase del animal y, montado él, echaba a correr por la playa hasta que jinete y caballo daban juntos en tierra; entonces el infeliz dejaba que el caballo se quedase al gareté (1) y no pocas veces el huaso lo recobraba, volviéndose sobre él a su casa con el dinero recibido como precio de la bestia, en el bolsillo.

Como mi piloto y un carpintero escocés, también de mi tripulación, desearon entrar al servicio del patriota corsario, obtuve para el primero el puesto de teniente y para el otro el de «cabo de presas».

Mr. Partridge, o sea el piloto, salió al crucero y continuó durante algún tiempo en el oficio, pero nunca supe después qué había sido de él. La historia del carpintero escocés, es más clara. Era aparentemente un hombre profundamente religioso; un sá-

(1) Adrift.

bado, durante nuestro viaje estuvo sentado varias horas en el bauprés, leyendo su biblia, aparte del resto de sus devotos compañeros. Según entiendo, tenía parte de la propiedad de un bergantín en Escocia.

Mucha sorpresa me causó este hombre cuando vino a pedirme que le consiguiera un puesto a bordo de la *Catalina*, en el momento de ser vendida a un (brigante) filibustero.

Le dije que si los españoles lo cogían lo ahorcarían en la punta de una verga sin las inmunidades de un clérigo, a lo que me respondió: «¿Cree Ud. que se puede obtener mucho dinero en estas naves? y al asegurarle que yo creía que sí, dijo: es para eso que yo he venido y probaré mi suerte».

Pobre muchacho!—su estrella no era la mejor. En la primera salida de *La Fortuna*, se hizo la captura de un barco al norte de Lima y el carpintero fué puesto a bordo como cabo de presas; pero, frente al Callao una balandra de guerra española, recapturó el buque y llevó su tripulación a Lima en calidad de prisionera. El carpintero estuvo dos años encerrado en los calabozos de la fortaleza de San Felipe.



IV

Expedición española.—Retirada de O'Higgins.—Reunión de las fuerzas patriotas.—Sorpresa de Cancha Rayada.—Consternación de los habitantes de Santiago.

En el corto espacio de seis meses, tiempo durante el cual permanecí en el país, la libertad, que parecía definitivamente establecida en Chile, estuvo a punto de perderse por un simple accidente, y todo el territorio de este delicioso pueblo corrió el peligro de volver al yugo del muy amado rey Fernando.

Una expedición española de tres mil quinientos hombres, veteranos que se habían distinguido en las guerras de la Península, llegó a Lima a fines de Noviembre de 1817, y habiendo incrementado sus cuadros con tropas peruanas en esa capital, se reembarcó rumbo a Talcahuano en Diciembre, bajo el mando del general español Osorio que he mencio-

nado antes como Gobernador de Santiago. Dicha expedición desembarcó en Talcahuano en Enero de 1818, donde aumentó todavía su contingente con la guarnición de esa plaza, avanzó formando una fuerza efectiva de seis mil hombres más o menos, sobre la capital de Chile.

O'Higgins había hecho poco tiempo antes un infructuoso intento para rendir a Talcahuano por asalto, y, a consecuencia de gruesas pérdidas sufridas en esa ocasión, recibió orden de retirarse, lo que efectuó felizmente antes del desembarco del enemigo.

San Martín acampaba en *Las Tablas*, o llanuras altas, a cuatro leguas de Valparaíso, con una división de dos mil hombres; pero, al saber la llegada del enemigo, abandonó su campo y marchó a juntarse con O'Higgins en el Sur. Estos dos Generales efectuaron la reunión de sus fuerzas a fines de Febrero. Entre tanto, continuaron avanzando con prudencia, cruzaron el río Maule y ocuparon la ciudad de Talca, plaza de considerable importancia. El 13 de Marzo, San Martín, movió sus posiciones hacia San Fernando, y avanzó con todas sus fuerzas, sobre el enemigo. Su ejército consistía en diez mil hombres de tropas regulares, más o menos, siendo la caballería de casi dos mil plazas.

Las fuerzas realistas alcanzaban escasamente a seis mil hombres, y eran deficientes en caballería; pero la infantería europea tenía visible ventaja en disciplina y experiencia, sobre las filas patrióticas.

El general Osorio había avanzado considerable-

mente desde Talca al Norte, pero al conocer los verdaderas fuerzas del ejército patriota, acerca de cuyo estado parecía hasta entonces ignorante, retrocedió sin perder tiempo a esa ciudad. El 19 de Marzo, llegaron a la vista de Talca y allí se empeñó una acción parcial en que sólo tomaron parte las caballerías, resultando que los españoles se retiraron a las cercanías de la población. Los realistas preparáronse entonces delante de la ciudad y, a eso de las ocho de la noche, cuando los patriotas efectuaban algunos cambios de posición, les sorprendieron, favorecidos por la obscuridad nocturna, con una descarga de artillería y de fusilería. El ataque fué tan repentino e inesperado, que el pánico se apoderó de las filas patriotas y la confusión se hizo tal que fué imposible organizar la resistencia, hasta que cincuenta minutos después el hermoso ejército se desbandaba hacia direcciones abandonando todo en el campo. Así quedaban una vez más los destinos del país en manos de los españoles.

Yo estaba en Santiago al ocurrir este suceso y recuerdo que fué en la madrugada del Viernes cuando Monteagudo, procurador general del ejército que estuvo de paso en Santiago camino de Mendoza, comunicó primero la desastrosa noticia, que produjo en todas las clases sociales una consternación indescriptible.

Los vecinos acudieron con viva agitación a la gran plaza, frente al palacio del gobierno, en busca de informes, pero allí no se tenía comunicación algu-

na del cuartel general, pero los numerosos oficiales fugitivos que llegaron dispersos a la ciudad durante el día, confirmaron la noticia de la completa derrota y de la ninguna esperanza de resistir, pues el enemigo marchaba rápidamente sobre Santiago.

El Sábado en la mañana las cosas tomaron un aspecto mucho más sombrío; hasta ese momento no se recibía informe alguno de San Martín, O'Higgins u otro jefe de distinción, presumiéndose que todos habían perecido o caído prisioneros. Las más extrañas versiones comenzaron a circular acerca de ellos; algunos decían que se habían embarcado en las inmediaciones de Valparaíso y que navegaban mar afuera; otros, que habían cruzado la Cordillera; y, por último, un *testigo ocular* (eyewitness) afirmaba que había visto a San Martín fusilado sobre el campo de batalla. En medio de tan dolorosa incertidumbre, todos los patriotas de cierta fortuna o importancia política, comenzaron a prepararse para atravesar los Andes llevándose vajillas y valores. Las calles viéronse llenas con mulas de acarreo y vehículos de los emigrantes que salían de la ciudad con sus familias. El número de los que huyeron a Mendoza fué grande y es de notar especialmente que las personas de alta situación oficial fueron las primeras en partir.

Las escenas desarrolladas en las calles de la capital fueron verdaderamente dolorosas: tal vez no se repetirá nunca en los hogares santiaguinos una emigración de tanta gente en masa hacia un país ex-

tranjero; grupos de mujeres, con lágrimas en los ojos y con los cabellos sueltos, juntas las manos y demostrando la más intensa angustia; la plaza constantemente llena de toda clase de gente ávida por saber de sus parientes y amigos enrolados en el ejército,—el cual no se tenía noticia alguna satisfactoria—todo formaba una escena que sólo el pincel de un maestro hubiera podido copiar fidedignamente. Y, así como se creía al enemigo en plena marcha hacia Santiago, creo con certeza que cincuenta dragones habrían bastado en esas circunstancias para capturar la capital.

El bando realista de la ciudad no se cuidó de ocultar su alegría, y más de una vez oí en las calles aislados gritos de *¡Viva el Rey!*

Por último, después de un terrible intervalo de incertidumbre, llegó el tan deseado parte de San Martín, escrito en San Fernando, y en el cual daba el sorprendente y feliz informe de que el ala derecha del ejército compuesta de tres mil hombres más o menos y mandada por el bravo coronel Las Heras, había permanecido intacta la noche de Cancha Rayada; este oficial la hizo salir del campo en buen orden y San Fernando era el punto de reunión para los dispersos. Don Luis de la Cruz leyó públicamente estas noticias en la Plaza, mostrando al pueblo la carta auténtica de San Martín, para convencerlo de la verdad, lo que reanimó la esperanza de los patriotas e infundió en la ciudad una alegría común. El activo y celoso Manuel Rodríguez se re-

partió con Cruz la dirección del nuevo movimiento y corrió hacia todos lados arengando y levantando el espíritu popular.

Al asumir, entre tanto, el poder, Rodríguez procuró combatir el mal ejemplo dado por algunos ciudadanos que habían abandonado sus puestos en la hora del peligro y preferido una ignominiosa fuga cuando la libertad de la patria estaba en juego; todas las propiedades públicas de Santiago y puso guardias en los boquetes de los Andes para impedir su transporte fuera del país. No obstante, en ese tiempo la mayor parte de los patriotas habían abandonado la ciudad y estaban en camino de cruzar la Cordillera.

Un caballero había quemado su *calesa* al pie de los Andes para que no cayese en manos de los realistas; tan cierto estaba de que no habría resistencia posible a la toma de Santiago. Una especie de apatía comenzó a reinar entre los vecinos y por el aspecto relativamente desierto de las calles y el silencio que en ellas reinaba, parecía colegirse que el pueblo esperaba ansiosamente su sentencia. A veces la calma del ambiente es el anuncio de atronadora tempestad. La mayor parte de las casas se cerraron para que la autoridad pudiera mantener el orden con toda energía; a pesar de lo cual algunos almacenes sufrieron el saqueo en pleno día. Así marchaban las cosas cuando O'Higgins entró a la capital el día miércoles, acompañado por varios jefes, como el general Quintana y los coroneles Necochea, Zapiola, Me-

lián y Martínez. Todos se reunieron en una casa perteneciente a la viuda del general Mackenna (1) donde celebraron una triste asamblea. Pero estos oficiales que ni siquiera se habían cambiado ropa desde la noche del desastre, lo primero que hacían era tener un consejo para la salud pública. En esos momentos yo estaba en la sala; Manuel Rodríguez con su habitual animación y con la más cierta esperanza de la victoriosa batalla que podría librarse a las puertas de la capital. O'Higgins que estaba malamente herido en el brazo por una bala de fusil, fué de nuevo encargado del poder y este acontecimiento se anunció con salvas de artillería. San Martín llegó al día siguiente por la tarde con el coronel Paroissien y con el capitán O'Brien, su principal edecán, siendo también saludado desde la plaza de armas con los cañones de la guarnición. Yo me encontraba en Palacio cuando entró el general: venía cubierto de polvo y parecía sufrir gran cansancio. Muchos días hacía que no se cambiaba ropa ni botas, pero, no obstante su aniquilamiento físico, mantenía su buen humor. El Palacio se vió pronto invadido por un gran número de ciudadanos que inquirían detalles respecto del general. «No os desesperéis», les dijo éste, «la Patria existe aún y triunfará», palabras que infundieron nueva energía en el espíritu desfalleciente de los patriotas.

(1) Que había muerto poco tiempo antes en un duelo con don Luis Carrera.

Como las tropas dispersas fueron llegando durante algunos días, se las reunió y reorganizó en varios cuarteles, con orden de acampar esos restos del ejército nacional a dos leguas de Santiago. El Domingo 29 de Marzo, el coronel Las Heras que con tanta bravura y sangre fría rechazó al enemigo la noche del 19, marchó al campamento de Molina con tres mil doscientos hombres.

Todos los ingleses prominentes comieron ese día en casa de Mr. John Begg y se les juntó durante la comida, el capitán Miller (1), que había llegado con la división de Las Heras. Miller era capitán de artillería y había tenido la suerte de salvar la única pieza de artillería de Buenos Aires que los patriotas pudieron traer del campo de batalla. El capitán nos dijo que el último desastre se debía exclusivamente al pánico que se apoderó de la tropa «pero», añadió, «ésta se juntará y peleará de nuevo para reconquistar su gloria».

La vista de un espeso torbellino de polvo observado en los suburbios, trajo de nuevo la consternación entre la gente, pues se creyó que venían muy cerca las avanzadas enemigas; y no hubo paz hasta probarse que aquello no era sino una larga caravana de mulas montadas por algunos patriotas que se replegaban ante los invasores.

Será oportuno anotar aquí cual fué la táctica de de los españoles la noche del 19, tal como parece

(1) Hoy general.

natural, y por qué no sacaron todo el provecho del éxito en su sorpresa nocturna. Fueron inducidos a obrar así, por dos circunstancias: primeramente, esa noche, dos de sus columnas habían avanzado en divisiones separadas y al comenzar el ataque encontraron resistencia algunos minutos en el octavo regimiento de los Negros; como la noche era muy obscura, al retirarse estas tropas, las dos divisiones realistas se unieron para tomar, según pensaron, al enemigo por el flanco; pero en esa maniobra equivocaron sus propias fuerzas con las del adversario y se hicieron agudo fuego durante un rato. Esto sembró tal confusión entre los españoles que una parte de su ejército en plena retirada cruzó el río Maule por el sur de Talca. En segundo lugar; las tropas que permanecieron en el campo, diéronse con furia al pillaje, lo que Las Heras aprovechó para salvar indemne su división.

Aun con la presencia de San Martín, de O'Higgins y de todos los jefes en el seno del ejército, tan salvable como la hermosa disciplina de las tropas de Las Heras, el saber que un ejército de once mil hombres hubiera sido derrotado por fuerzas comparativamente insignificantes, infundía tantas dudas acerca de la posibilidad de batir al enemigo que muchos patriotas civiles mostraban mayor inquietud que de costumbre por su seguridad futura.

Los comerciantes ingleses en número de veinte más o menos, reuniéronse para determinar qué ac-

titud adoptarían ante ese sorpresivo estado de cosas. Pocos meses antes, cuando el patriotismo general estaba en su esplendor y cada cual rivalizaba con su vecino en mostrar amor a la libertad y odio a las armas del tiránico invasor, los comerciantes británicos participaban del entusiasmo público. Y tan era así, que en una ocasión estando el gobierno urgido de dinero para el ejército, la mayor parte de ellos acudió con generosas donaciones a fin de ayudar al pago, por lo cual los donantes recibieron cartas oficiales de expresivas gracias por su liberalidad.

Al empezar su marcha desde Talcahuano, todas las tropas regulares estaban acampadas y nosotros los comerciantes tuvimos esto presente para formar un cuerpo de caballería a fin de proteger nuestros intereses y el orden urbano. Con este propósito se celebró un mitin, donde se acordó aprobar esa medida y nombrar coronel de nuestra tropa a un individuo verdaderamente patriota y animoso. Según mis recuerdos, la discusión versó muy en especial sobre cual sería el uniforme más imponente y adecuado. Alguien propuso que fuera parecido al de los Húsares Negros de Brunswick, con una calavera y dos canillas cruzadas en la gorra; pero esta indicación se rechazó por considerársela demasiado sombría. Al último, me parece que se decidió adoptar una chaqueta roja, pantalones amarillos y *chako* con una pluma. Esta asamblea no volvió a reunirse más, pues como la ola creciente de la guerra envol-

vió toda actividad, algunos descubrieron que sus estómagos no estaban preparados para la «ciencia militar», prefiriendo seguir la vida pacífica para la que se sentían llamados. La defensa se hizo, sin embargo, imperativa, por las necesidades de la defensa general. Nada teníamos que esperar de la clemencia de Osorio si llegaba a apoderarse de la capital, pues ya se había intimado la orden de fusilar a todos los extranjeros sorprendidos directa o indirectamente, vendiendo armas, municiones o buques de guerra; y de enviar con grillos al Callao para encerrar en la prisión a todos los que practicaran el comercio en general.

Con tal programa a la vista, la opinión común entre nosotros fué la de cruzar la cordillera camino de Mendoza, ya que no teníamos representante británico que intercediera por nosotros en nombre de nuestro propio gobierno. El comodoro Bowles se había alejado en Febrero, a pesar de habersele pedido por intermedio de una comisión de compatriotas, que permaneciera en aguas chilenas hasta que la batalla próxima quedara decidida. Pero él expuso que su presencia era reclamada en el Brasil por negocios de suma importancia y sostuvo que no había el menor temor de que los patriotas fueran derrotados. A la verdad, en este parecer estaba de acuerdo con todos los naturales del país, en vista del número del ejército patriota; y el general entusiasmo de las tropas mandadas por un jefe tal como

San Martín, era suficiente para considerarnos libres de todo peligro de los invasores.

El giro de los asuntos movió a nuestra colonia para velar por su seguridad personal y se opinó, sin discrepancia, por la cordillera. Pero como los bienes que yo tenía a mi cargo eran cuantiosos, resolví no abandonarlos mientras pudiera yo prestarles alguna protección, en lo cual disentí de la opinión común, siguiendo también mi manera de pensar y por iguales motivos, Mr. John J. Barnard y Mr. John Begg. Así pues, resolvimos quedarnos hasta que el enemigo tomara posesión de la ciudad.

La partida de nuestros amigos ingleses causó sombríos presentimientos a los patriotas chilenos.

Yo estaba en un balcón, cuando mis paisanos pasaron en larga fila por la calle con sus servidumbres y bagajes, todos montados, saliendo de la ciudad para no volver mientras amenazase la tempestad de la guerra.

Nosotros quedamos bastante solos después de la partida de nuestros amigos, y como los *rotos*, o populacho, comenzaban a insubordinarse, en vista de que las tropas habían marchado íntegras a campaña, creímos conveniente pensar en poner nuestras propiedades al abrigo de sus ataques. Así pues, procedimos a atrincherar puertas y ventanas y a mantener cerradas las puertas de calle, como una precaución contra alguna sorpresa de la canalla (1).

(1) *Canaille*, en el texto.

Armamos también a nuestros sirvientes y empleados, preparándonos para un sitio. Yo introduje mis caballos y mulas al salón principal de la casa, convertido en establo, para ocultarlos a la vista de los centinelas del fuerte del Santa Lucía que permanecen sobre una alta roca y dominan los jardines y patios de todas las casas adyacentes. Hice todo esto porque las cabalgaduras eran tan valiosas y raras, que los soldados requerían todas las que caían a su alcance, diciendo al tomarlas: *por el uso del Estado, señor* (1).

Era muy curioso escuchar los votos y promesas ofrecidas a diferentes santos para que triunfase la causa patriota, merced que de ellos imploraban ansiosamente. La dueña de la casa en que yo residía, una opulenta y devota señora, fué a verme una mañana en su calesa, y me dijo que en el oratorio de la casa había cierto número de ornamentos e imágenes que deseaba ofrecer a Nuestra Señora del Carmen, para contribuir al éxito de la causa patriota. Además se llevó algunos espejos con marco de plata como regalo para las preces de un convento; me dejó, sin embargo, un gran cuadro de la Virgen María, para que protegiera, según me dijo, tanto a la casa como a mí. Empaquetados ya por los sirvientes los mártires y espejos, se despidió la señora, pues debía ir a ofrecerlos a diversos altares.

Como dos días después que salieran de la ciudad

(1) Español en el texto.

nuestros amigos ingleses, estuvo a visitarme secretamente un español para decirme: «si Ud. me da un recibo por una gruesa suma de dinero en que aparezca que yo le he comprado las mercaderías y cosas de su propiedad para mostrárselo a Osorio, mis grandes influencias con el general ayudadas del documento, podrán salvarle a Ud. sus bienes de la confiscación. Esto beneficiará a Ud. y a mí, pues en algunos días más Ud. lo perderá todo, ya que la causa patriota está desahuciada y varios de sus jefes le han hecho traición. Yo le daré a Ud. quince mil pesos en doblones y un caballo de carga para que Ud. se los lleve ocultamente, manera por la cual Ud. tendrá una bella ocasión para salvar una considerable suma junto con la vida. Sepa Ud. que los españoles tienen noticia de que Ud. vendió un barco pirata con cañones y municiones y que además Ud. guarda armas en su domicilio».

Yo escuché al español con profunda atención hasta el fin de su discurso, y en seguida le contesté: «*Aut Cæsar, aut nullus*» (1), frase que le expliqué significaba mi decisión de salvarlo todo o perderlo todo, cargando yo con todas las consecuencias (2).

Al oír mi negativa, el español abrió desmesuradamente los ojos y me expresó su asombro por mi *locura* (3) al rechazar tan ventajosa oferta; pero yo

(1) Latín en el texto: O César o nadie.

(2) Las mercaderías existentes valían en casa, entonces, más de cien mil pesos.

(3) Español en el texto.

le expresé que era mi desgracia el tener cierto modo de pensar peculiar, que rara vez coincidía con el de mis vecinos, especialmente cuando el desacuerdo se refería a puntos difíciles. El dómine (don) se envolvió entonces en su capa y salió solemnemente, encojiéndose de hombros con desprecio, y maravillado de mi egregia estupidez.

Sin embargo, para no omitir diligencia por la salvación de las mercaderías en caso de que los españoles triunfaran, hice una venta ficticia de aquellos con recibo por una gran suma de dinero, en favor de un viejo realista de probada y honradez, don Antonio Sol y de las personas de Londres a quienes pertenecían las especies, y así, caso de ocurrirme algo con la derrota de los patriotas, pudiera el señor Sol proteger las mercaderías con su propio nombre y aprovechar alguna oportunidad para remitir su valor en dinero, en algún barco de guerra británico, a sus verdaderos propietarios en Inglaterra.

Habiendo ejecutado así todo lo que estaba de mi parte para la salvación de las mercaderías, comencé a meditar sobre qué haría por mí propio, y pronto resolví que participaría del destino del ejército nacional y si, por su derrota, quedaban «con un solo golpe cruel» (1) desvanecidas mis ilusiones comerciales, viéndome obligado a huir, entraría al servicio de la República.

(1) *At one fell swoops.*

Lo que me había dicho el español respecto de las armas guardadas en mi casa, era muy cierto, pues allí tenía cerca de dos mil sables de caballería en una pieza y, por temor de que sucediera lo que me había dicho el inteligente español y para evitar que el populacho se armara, fuí a ver al Director O'Higgins, a quien le propuse depositar los sables en el arsenal, como una medida de seguridad. Le dije que si la batalla se perdía, no por eso consideraría yo responsable al Estado del depósito, toda vez que me sentiría satisfecho de conservarlo si la suerte era favorable. Arreglados los términos de este nuevo trato, el Director envió esa misma tarde a su ayudante con una guardia de soldados y un carro de bagajes, para llevarse de casa las espadas.

La crisis se acercaba velozmente, pues los realistas habían avanzado hasta los llanos de Maipo, donde los esperaban los patriotas. Cuando el enemigo estaba aún a cierta distancia los oficiales habían obtenido permiso para visitar a sus amigos de la capital, pero luego recibieron todos la orden de volver a las filas.

Muchos afectuosos y tristes adioses se vieron en Santiago a la partida de estos oficiales hacia el campamento, no faltando entre ellos quienes dejaron sus esposas u otros tiernos lazos.

«And flinty is her heart con view
To battle march a lover true,
Con hear, perchance, his last adieu,
Nor own her share of pain.»

Pero esta no era dureza de corazón; las amables, gentiles y fascinadoras chilenas sentían realmente ese dolor que expresaban sin afectación ninguna. Aquí aprovecharé la ocasión para desmentir la impresión que algunos viajeros han tratado de introducir en el ánimo público, relativa al estado moral de Santiago, y particularmente en cuanto al bello sexo. Es falso que esta ciudad sea un centro desmoralizado.

Ciertos extranjeros han recibido esta falsa idea al visitarla por primera vez, porque la han recibido de sus propios compatriotas recién llegados que nada podían conocer de las mejores clases sociales; y pienso que el más incontestable argumento en favor de la virtud y carácter femeninos de Santiago es que la mayor parte de los extranjeros respetables, franceses e ingleses, después de residir allí algún tiempo, han escogido a la compañera de su vida en el *bello sexo* de la localidad, sin que en ningún caso se haya oído decir que uno de estos maridos se arrepintiera de esta determinación. Recuerdo que en mi primer viaje, algunos ingleses, tan ignorantes como yo era entonces sobre la materia, me contaron algo sobre la inmoralidad general de Santiago; pero después vi que encontraron razón para cambiar de idea y confirmarse en ello pronto al ligarse en nudo matrimonial con alguna bella hija del país.



V

Estado del ejército patriota.—Oficiales nativos y extranjeros.
—El general Brayer.—O'Higgins.—La noche anterior a la batalla.—La batalla de Maipo.—Derrota completa del ejército español.

Reorganizados los regimientos, las fuerzas patriotas consistían a principios de Abril en cuatro mil setecientas plazas de infantería y ochocientas de caballería, todas en muy buenas condiciones, y como hacía poco se les había dado vestuario nuevo, las tropas tenían un hermoso y marcial aspecto. La pérdida total de la artillería en Cancha Rayada, fué repuesta; disponiéndose de dos enormes cañones tirados por bueyes, fuera de un buen parque de artillería.

Salimos una tarde a ver el campamento y a los amigos militares que en él estaban, como también a admirar la silenciosa y sombría bravura de los solda-

dos, entre los cuales era de notarse particularmente los negros (1): a la vista de todo, tuvimos un presentimiento favorable para la causa de la libertad.

El severo silencio de esos hombres indicaba claramente que tenían intención de llegar fatalmente a las manos con el enemigo; y a la verdad que habían declarado de antemano que no darían ni pedirían cuartel.

Los jefes a las órdenes de San Martín eran los generales Balcarce, Alvarado (2) y Quintana; los coroneles Las Heras, los dos Encaladas (3), Martínez, Milián, Necochea (4), Zapiola y Blanco; los capitanes Lavalle (5), Martínez, etc., fuera de algunos menos importantes que, sin embargo, se habían distinguido por su valor en varias ocasiones; también figuraban algunos meritorios oficiales extranjeros que habían venido de Europa a servir la causa de la libertad. Entre estos citaré a Beauchef, D'Alba, Viel y Brandsom, franceses, O'Brièn, Lowe y Lebas, ingleses. El general Brayer que había sido un distinguido oficial al servicio francés, recompensado por Napoleón con Legión de Honor, tenía hasta entonces el mando de la caballería patriota; pero por una disputa surgida entre él y el comandante en

(1) Blocks, de uniforme negro.—N. del T.

(2) El texto dice: Alverado.—N. del T.

(3) » » » Escalados.—N. del T.

(4) » » » Nicochea.—N. del T.

(5) Al presente general Lavaile que anteriormente depuso y fusiló al general Dorrego en Buenos Aires.

jefe, solicitó permiso para retirarse de las filas. Como esta petición en víspera de la batalla fuese considerada muy inoportuna, San Martín le expresó en términos poco medidos su sorpresa, y después de manifestarle que hiciese lo que se le antojase; concluyó por decirle: «*Señor General, usted es un c...*» (1).

Después encontramos al general Brayer con su edecán, en la Cañada, viniendo del campamento del ejército que abandonaba para siempre y camino de los baños de Colina, a cinco leguas de Santiago.

El 3 de Abril, Mr. Barnard y yo visitamos el cuartel general por última vez. El ejército se había movido desde Molina, cerca de la hacienda Espejo, a tres leguas de Santiago más o menos, y allí esperaba al enemigo.

Esa tarde los realistas cruzaron el río Maipo avanzando por la llanura. Nosotros vimos a distancia sus armas brillantes, resplandecer a los rayos del sol poniente. Entonces enviáronse pequeños destacamentos de caballería patriota para reconocer al enemigo. Durante el avance de los españoles que fué conducido con mucha lentitud, menudeaban a su retaguardia y a sus flancos las operaciones de guerrilla, y una parte de las tropas empleadas en esto practicaban escaramuzas en el llano a cierta distancia.

(1) La palabra está en el texto, escrita conforme a la pronunciación inglesa.

Era casi de noche cuando Barnard y yo regresamos a Santiago, y antes de andar media legua encontramos en el camino principal algunos escaramuzadores patriotas con un hombre herido; y por ellos supimos que una partida de enemigos andaba por allí; en vista de lo cual, mi amigo y yo hicimos un rodeo de casi una legua y entrando a la ciudad por el camino de Valparaíso.

El día 4, continuaron las escaramuzas, sin que ocurriera nada especial; pero en la noche los realistas tomaron sus posiciones frente a Espejo de Molina. Esa noche tuve una oportunidad de atestiguar la sangre fría (1) de O'Higgins, eran como las nueve—la noche estaba obscura como Erebo, y la ciudad de Santiago sumergida en la mayor alarma ante la noticia de la proximidad del enemigo, habíanse puesto centinelas en todas las esquinas, las patrullas habían sido dobladas y profundas trincheras habían sido abiertas en las *bocas de calle* que dan a la Cañada en la dirección de Valparaíso.

Los patriotas temían que los españoles iniciasen un ataque nocturno y sorpresivo a la ciudad. En tal estado de expectación, llegó al campamento el mayor d'Albe (2), con la nueva de que una división del enemigo se acercaba a la ciudad por el camino de

(1) *Sang froid*, en el texto.

(2) Este era hijo del Barón d'Albe, el guardador del *portefeuille* de Napoleón. Era ayudante de campo del mariscal Soult en la guerra peninsular.

Valparaíso y que llegaría con toda probabilidad hasta ella en hora y media más. En Santiago no había tropas de línea, sino algunos cuerpos de milicianos. Cuando llegó tal noticia a palacio yo estaba allí, y el Director, al verse urgido para que buscase su salvación en el ejército patriota contestó: «Nó, moriré aquí y si llegan los enemigos, me encontrarán en mi puesto».

Por mi parte, conocedor de la milicia urbana compuesta en su mayor parte por comerciantes, tan valerosos que para ellos oír el redoble de un tambor era como ver al diablo (1), resolví no esperar su choque con las tropas regulares y, al volver a casa, ordené que mi caballo estuviese listo, pues a la entrada (2) de los españoles, me marcharía al campamento. Ensilada la cabalgadura y provisto de pistolas, me eché vestido sobre la cama en espera de los acontecimientos. El tiempo pasaba fatigosamente y lleno de ansiedad, pues yo esperaba, a cada instante, que mis oídos recibiesen el saludo de los primeros fuegos del invasor.

Quién vive, era la voz que repercutía en todas las calles por boca de los centinelas, dirigiéndose a las patrullas y transeuntes.

La Patria, Gente de paz, eran las continuas respuestas, no siendo fácil para las personas que jamás se han hallado en tales circunstancias, concebir cuánta

(1) *That they would as lief hear the devil as a drum.*

(2) *Entré* (sic) en el texto.

les eran mis sensaciones en esos momentos. Mis amigos ingleses, lo mismo que yo, dormían en sus respectivas casas para protegerlas de los ladrones callejeros; y, en cuanto a mí, es fácil suponer que estaba suficientemente atento. Dos horas iban transcurridas en este desagradable estado de incertidumbre, y aun estaba tirado sobre mi lecho, despierto. Cansado, exhausto de cuerpo y de espíritu desde varios días atrás, tanto que a pesar de mi esfuerzo para guardar abiertos los ojos caí al fin en un profundo sueño, del cual no volví hasta la salida del sol hora en que al mirar hacia afuera, ví a mi caballo esperando tranquilamente cerca de la puerta, mientras la ciudad mostraba una perfecta quietud.

Era esta la mañana del domingo 5 de Abril, la más deliciosa época del año en Chile; ni una nube obscurecía el azul brillante y eterno del cielo; los pájaros trinaban y la fragancia de los naranjos esparcía un exquisito perfume en la brisa; sentíase en el ambiente la balsámica dulzura peculiar a este clima; las campanas tocaban a misa y una religiosa sensación dominaba los sentidos, junto con la santidad del día; parecía un sacrilegio que tan amable reposo fuese turbado por el ruido turbulento de la batalla.

Sin embargo, como supe habían ocurrido las cosas; por lo cual, habiendo colocado un nuevo fierro y un doble paño a mi capa y puesto todo en mi montura, me armé con un par de pistolas y un sa-

ble, monté a caballo con sólo tres doblones (1) en el bolsillo y acudí a juntarme con Barnard y Begg, mis compatriotas. Pronto viéronse también equipados y armados lo mismo que yo, hecho lo cual salimos de la ciudad con rumbo al campamento patriota (2). Con la verdad, sentí algo como una satisfacción al dejar la capital esa mañana, pues en pocas horas habría llegado a su colmo el tremendo estado de esperanza y terror que alternativamente dominaba a todos desde el fracaso de Cancha Rayada.

En efecto, algunos habitantes de Santiago habían perdido algo el juicio. Alejados como una legua de la ciudad por el llano, oímos a intervalos los primeros ecos del cañoneo; al llegar a las líneas patriotas encontramos que ambos ejércitos luchaban ardorosamente y el fuego proseguía con su interminable rugido.

El movimiento se había efectuado aquella mañana en la siguiente forma:

(1) Mi consignatario había ganado Mendoza cuando los ingleses salieron de Santiago, llevando consigo el contenido de la caja de fondos; después de su partida yo no había vendido nada.

(2) El informe de d'Albe la noche anterior, era en lo posible correcto. Después se supo que una división española había errado su camino en la noche, tomando la dirección de Santiago, pero al reconocer su error habíase detenido a las nueve, más o menos, reuniéndose con el grueso del ejército al amanecer.

Al rayar el alba del día decisivo, «grande con el destino», de la libertad y de Chile, sorprendióse al enemigo en marcha desde Espejo, con maniobra de flanqueo para ocupar el camino de Santiago.

Parecía que las intenciones de Osorio eran de colocarse entre la ciudad y el ejército patriota, con lo cual consideraba mejorar apreciablemente su posición. San Martín puso al instante en acción sus tropas, y avanzó hacia el enemigo, en columnas cerradas, cayendo sobre él a marcha rápida cuando era aún tiempo de impedir el éxito de la maniobra destinada a ocupar el camino real. Entonces Osorio se detuvo y tomó posiciones en la cadena de cerros frente a la hacienda de lo Espejo en la forma siguiente:

Su derecha ocupaba el regimiento de Burgos y la izquierda los Infantes de Don Carlos; el centro se componía de tropas levantadas en el Perú y Concepción; todo en columnas cerradas protegidas en sus flancos por un regimiento de Coraceros a la izquierda y cuatro escuadrones de dragones a la derecha. El terreno que ocupaban era la cima de un cerro en una milla de extensión más o menos; y en cuya extrema izquierda había una pequeña trinchera aparte, en la cual colocaron cuatro piezas de artillería y unos doscientos hombres, número que después se aumentó a seiscientos.

El ejército nacional estaba dispuesto en esta otra forma:

El ala izquierda bajo el mando del general Alva-

rado; al centro, por el general Balcarce; la derecha por el coronel Las Heras y las reservas por el general Quintana. La acción comenzó como a las 11 de la mañana y fué iniciada por la artillería patriota del ala derecha, que tenía como blanco a intervalos la izquierda avanzante de los realistas. Antes del medio día la batalla se hizo general. Al descender de la colina, los Infantes de Don Carlos fueron tomados por el certero fuego de la artillería del coronel Blanco, cuyos efectos hacíanse visibles, pues cada descarga llevaba la destrucción y el debilitamiento a las columnas realistas. La lucha se hizo tan severa que su suerte permanecía largo tiempo dudosa. El coronel Manuel Escalada con un escuadrón de granaderos a caballo cargó sobre la eminencia en que estaban emplazadas las cuatro piezas de artillería, y tomó posesión de ella, tornando estos cañones contra sus primitivos dueños.

Por la derecha los realistas llevaban ventaja; el pesado y bien dirigido fuego del regimiento de Burgos contra el ala izquierda patriota compuesta en su mayor parte de negros, sembraba en ella primero la confusión y luego la dispersión completa con pérdida de cuatrocientos hombres, muertos en el campo. En tan crítico momento llegó allí la reserva a las órdenes de Quintana.

Los de Burgos habían avanzado tan precipitadamente, que sufrieron también de algún desorden parcial; fué al retirarse un poco para rehacerse, cuando la reserva patriota avanzó hacia ellos, bajo

un nutrido fuego de admirable precisión y eficacia y tan regular que parecía de ejercicios. Sin duda, fué este el momento más crítico del combate y tan sería así, que Quintana al recibir el refuerzo de un escuadrón de granaderos a *caballo*, dió la orden de cargar.

El choque fué tremendo, el fuego cesó casi instantáneamente y las bayonetas de ambos bandos se cruzaron. Los respectivos gritos de *Viva el Rey*; *Viva la Patria*, mostraban que cada pulgada de terreno era disputada con frenesí; pero el humo y el polvo nos impedían distinguir quienes llevaban la victoria. Por último el *slogan* (1) real se apagó y los patriotas avanzaron ruidosamente al grito de *Viva la Libertad*, y proclamando la victoria.

Cuando los de Burgos vieron rotas sus líneas, abandonaron toda idea de resistencia huyendo en todas direcciones y principalmente hacia Espejo de Molina, perseguidos por la caballería y despedazados sin piedad.

Este carácter cruel de la lucha fué, sin embargo, propio de los dos ejércitos. La carnicería fué tan grande en esta última faz de la batalla, que yo oí decir a algunos oficiales con servicios en Europa, que nunca habían visto ellos nada tan sangriento como eso.

Casi al mismo tiempo que las cargas se sucedían contra el ala derecha del enemigo, el coronel Las

(1) *Slogan*, grito de guerra en Escocia.—*N. del T.*

Heras destruía su izquierda que se retiraba a Espejo. En el centro la acción se llevaba con gran empuje, hasta que al ver sus dos extremos rotos, los españoles retrocedieron precipitadamente en plena derrota, hacia Espejo.

Esta granja tiene tres patios (court yards) y está rodeada por una gruesa muralla de adobe, capaz de proteger a doscientos hombres, lo que hace sorprendente el que los realistas no hayan tomado allí buenas posiciones, siendo muy practicable una defensiva que les habría ahorrado muchas bajas y tal vez les hubiera proporcionado una honrosa capitulación; pero como no conservaban orden alguno, sólo pensaron en salvarse de cualquier modo.

Los patriotas mandados por Las Heras avanzaron a lo largo del *callejón*, hacia las casas de la granja. Apenas llegaron allí, los realistas mostraron por la ventana que daba encima de la puerta principal, una bandera blanca en señal de capitulación. Acordóseles ésta, pero en ese mismo instante un cañón cargado de balines y disparado desde el interior del patio hizo volar las puertas. Entonces los patriotas no dieron más tiempo cuartel e inmediatamente cargaron hacia dentro del patio, donde fueron recibidos por un nutrido fuego de fusilería desde las ventanas, puertas e intersticios de la casa. No duró mucho sin embargo esta resistencia, pues los patriotas penetraron en gran número y desalojaron rápidamente al enemigo, que no hizo más resistencia y abandonó como pudo la hacienda en rápida retirada al grito

de «sálvese quien pueda» (1), lo que no impidió que fuese perseguido y destrozado sin piedad. Muchos huyeron al través de la viña que había detrás de las casas, pero el más bajo cómputo indica que cayeron quinientos hombres en la granja y en la viña.

La hermosa propiedad de lo Espejo presentaba un aspecto terrible después de la acción, con sus puertas y ventanas perforadas por las balas, sus corredores, muros y pisos sembrados de sangre coagulada y restos de masas encefálicas, y los alrededores cubiertos de cadáveres. La casa estaba repleta con el bagaje de los españoles y en ella la devastación era horrible. No pocos soldados procuraron robar durante el combate y lo que es más lamentable, algunos oficiales se dedicaron más a proveer sus bolsillos que a los acontecimientos del día; no es, sin embargo, preciso hacer mención de varios casos de esta rapacidad, pues la conducta general de tropa y oficiales fué admirable en su desesperada y entusiasta lucha, con el corazón por la causa de la libertad y con las manos por la ... de la misma» (*furth hearts for Freedom's cause and with hands for Freedom's blord*).

Parte del Regimiento de Burgos se retiró sobre una eminencia, donde no pudo actuar la caballería patriota; pero allí se rindió y cayó prisionera. En ese momento de la batalla, al ser derrotados los de

(1) «Sauve qui peut» en el texto.

Burgos, Mr. Barnard y yo (que habíamos permanecido junto al Estado Mayor del general San Martín), cabalgábamos al lado de este general, cuando el capitán O'Brien volvió de la carga anunciando la victoria. Entonces San Martín nos pidió que fuésemos en busca del coronel Paroissien, cirujano mayor del Ejército, porque necesitaba verlo inmediatamente; al instante tomamos cierta dirección al través del campo y llegamos a un molino, una media milla a retaguardia, donde encontramos al coronel entregado a su deber.

Este molino había sido convertido en hospital durante la batalla y su patio delantero estaba lleno de heridos, negros en su mayor parte, que venían traídos del campo. El cirujano jefe en ese momento amputaba una pierna a un oficial, que había sido tocado por una bala de fusil, y tenía las manos cubiertas de sangre.

Al entregarle la orden del general, el coronel (terminada ya la operación) escribió un despacho para O'Higgins que estaba en Santiago, y me pidió que se lo llevara, diciéndole al mismo tiempo que era preciso enviar luego carros y carretas para transportar los heridos a los hospitales de la ciudad.

El trozo de papel en que iba escrito este despacho, fué recogido del suelo y estaba salpicado con sangre. Dejé el molino, me encaminé a la ciudad y en pocos minutos llegué a la Cañada que es un gran suburbio sobre el camino de Valparaíso.

La ciudad estaba casi desierta, pues los habitantes

de ambos sexos y de cierto rango, permanecían en este suburbio esperando en el más triste estado de ansiedad, saber

«How the sounding battle goe,
If por for them or for their foes;
Il they must mourn, or may rejoice».

Al entrar a la Cañada, anuncié la victoria con un sonoro grito de «¡Viva la Patria!» desplegando al aire el ensangrentado billete que llevaba para el Director. Apenas había terminado mis palabras, cuando a una aclamación de la multitud esta me cerró el paso y la avalancha de gente se echó sobre mí para cerciorarse de la noticia, mientras yo me sentía casi sofocado con el calor y el polvo.

Un anciano de a caballo, en un raptó de patriotismo, cruzó sus armas al rededor mío y estuvo a punto de ahogarme en él con su entusiasta abrazo del cual pude librarme merced a una maniobra que el no debe haber encontrado nada de simpática (1).

Al desembarazarme de este grupo, corrí a lo largo de la Cañada, las campanas sonaban en alegre repique y por todas partes atronaban el aire gritos de *¡Viva la Patria! ¡Viva San Martín! ¡Viva la Libertad!* Mientras más me acercaba a la ciudad, la multitud hacíase más densa, atravesé de un galope

(1) Se entiende que tal vez lo rechazó violentamente, pues el autor pone *felt*, subrayado.—N. del T.

por una calle extraviada del confín urbano, y después de saltar una ancha y recién abierta trinchera, seguido por varios jinetes galopé hacia el palacio haciendo un rodeo. Las puertas estaban obstruídas por la *canalla* (1) en medio de la cual descubrí a mi sirviente, al que entregué mi caballo para abrirme en seguida dificultosamente paso al través de la multitud, consiguiendo al fin entrar a la sala de audiencias.

Allí fuí sorprendido con la noticia de que el Director se había encaminado al campo de batalla. Como desde la noche del 19 estaba seriamente herido, los médicos habían opinado que las fatigas del servicio activo le serían fatales, por lo cual ese día permaneció más o menos tranquilo en la ciudad, con algunos milicianos durante las primeras horas de la mañana; pero no bien llegó hasta sus oídos el estruendo de la artillería, su valor se sobrepuso a todo considerando y, poniéndose al frente de la milicia salió de la ciudad para tomar parte en el combate. El coronel Fontecilla (2) que había quedado en su lugar recibió por lo tanto el despacho y la misión que yo traía.

Al abandonar el palacio, acudí a casa del doctor Gana, cuya familia se había distinguido siempre por su patriotismo y por lo cual sin duda habría sido tratada duramente por el tirano Osorio. La madre y

(1) *Canaille* en el texto.

(2) *Fuentecilla*, en el texto.

tres de sus bellas hijas, estaban en terrible alarma, pues cuatro de los hijos figuraban ese día entre los combatientes. Como yo les asegurara, que *La Patria* acababa de obtener una victoria completa, las señoras vertieron lágrimas de pura alegría, sin conocer aún la suerte de sus hijos y hermanos (1). Recibí de ellas «abrazos» llenos de simpatía y muy diversos de las rudas manifestaciones que se me habían hecho en la Cañada.

En seguida corrí a mi casa para imponerme del estado de cosas en ese barrio.

Mi empleado que era un español, comía en esos momentos acompañado de varios amigos: habían oído algunos informes respecto de la batalla y parecían bastante satisfechos ante el acontecimiento. Comencé por halagarles esta idea, diciéndoles que sus compatriotas tenían el triunfo, lo que provocó en ellos gran alegría; pero cuando les confesé la verdad la escena pasó como de un sol brillante a una obscura lluvia. Después de una rápida colación, volví a montar en un caballo de refresco para volver al teatro de la batalla. Todas las campanas de la ciudad repicaban un *Fubilate* y los clérigos hacían disparar cohetes desde las torres. Esta es una práctica sudamericana para los días de fiesta no siendo el de los gastos de pólvora el más pequeño ítem de los presupuestos parroquiales.

(1) Don Juan Gana, teniente, y el menor de los hijos había muerto.

Encontré a mucha gente que se dirigía al campo, algunos para ver a los amigos y parientes, otros por curiosidad y otros que tal vez no habrían deseado hacer públicas sus verdaderas opiniones. También iban numerosos frailes. Uno de ellos, de la Orden de Santo Domingo, grueso, vestido con los ornamentos, rosario en mano, sombrero festoneado, y con la sotana arremangada hasta las caderas, corría al galope.

Al preguntarle que podía inducir a un hombre de su pacífica profesión para visitar una escena de carnicería, me contestó que él era un buen patriota y además *un buen cristiano*, por lo cual se proponía felicitar a los generales y auxiliar a los heridos graves. Lo dejé sobre el terreno practicando esta última piadosa intención.

Apenas habían transcurrido dos horas después de la batalla, los huasos de la región (que durante todo el tiempo estuvieron observando la lucha fuera de la línea de fuego), se dedicaron a despojar a los muertos y moribundos, dejando desnudos a muchos de aquellos, retirándose en seguida con el botín.

Yo ví a un hombre que huía con una presa considerable, consistente entre otras cosas, en una docena de fusiles, atravesados sobre el arzón de la silla: y tengo motivos para saber que muchos de estos infelices heridos, especialmente españoles, no exhalaban ni un débil gemido durante este profanador pillaje; no pocos que sobrevivían, fueron dejados como muertos.

Me detuve para observar un cadáver que me pa

reció ser el de mi amigo el capitán Sowersby; pero luego se comprobó ser de un español, oficial del Regimiento de Burgos que tenía la frente traspasada por una bala de fusil, y junto a él ví un pequeño folleto que recogí, el cual junto con una gran escarapela roja española que hallé en el suelo, fueron para mí los únicos trofeos de aquel memorable sitio.

En seguida caminé hacia el callejón de Espejo donde, al pie de la colina, estaban reunidos San Martín y sus jefes subalternos.

En ese instante llegó O'Higgins, cuyo encuentro con San Martín fué muy interesante. Ambos generales a caballo, se abrazaron y se felicitaron mutuamente por el éxito de la jornada.

Las tropas ocupábanse en conducir a los oficiales y soldados realistas que habían caído prisioneros, entre los cuales figuraban los generales Ordóñez, Primo Rivero, Morgado, etc. Nada puede dar idea de la furia salvaje de los soldados negros en el ejército patriota que habían concentrado su acción contra el mejor regimiento del ejército enemigo, en cuyo choque perdieron la mayor parte de sus hombres. Estos se habían complacido antes en la idea de fusilar a su prisioneros.

Vi a un viejo negro rabioso porque los propios patriotas protegían de su furia a los oficiales enemigos.

Formáronse dos líneas de jinetes y entre ellas se sacaron del campo a los prisioneros. Mis amigos Begg y Barnard junto conmigo, fuimos obligados a

servir en esa diligencia, como precaución para que los soldados no intentaran sacrificar a los cautivos. Mientras avanzábamos así lentamente, un oficial español que iba de a pie a mi lado, iba con tal fatiga que sólo podía andar dificultosamente, por lo cual me rogó que lo tomara a la grupa, cosa que estaba a punto de hacer cuando el coronel Paroissien me previno que con ello expondría la vida del oficial y mía, porque, de seguro, los negros harían blanco de nosotros. Marchamos, pues, sin innovar hasta cerca del molino, donde un centinela se hizo cargo del prisionero, regresando yo a Santiago mucho después de la puesta del sol.

Fuera de los oficiales nativos que ya he mencionado antes en mi relato de la batalla, distinguiéronse altamente en ella varios extranjeros, entre los cuales nombraré a O'Brien, Sowersby, Viel, Beauchef, D'Albe, Lowe y Lebas. El Coronel Manuel Escalada fué despachado a Buenos Aires en la tarde de la batalla con la noticia de la victoria, comisión al través de las Pampas y de la Cordillera, en cuyo desempeño sólo empleó el corto plazo de diez días. Nosotros enviamos también un correo a nuestros amigos ingleses que estaban vivaqueando cerca de la cumbre de los Andes desde hacía casi una semana.

El general Osorio, comandante en jefe del ejército realista, huyó del campo como a la una de la tarde, acompañado de cien guardias más o menos; tomó el camino de Valparaíso y pasó por la cuesta

de lo Prado como a las tres. El activo capitán O'Brien escogió entonces treinta granaderos a caballo y corrió a perseguirlo de cerca; e informado de que los fugitivos habían tomado el camino del puerto, pensó que sería probable que se dirigiera a San Antonio con el propósito de embarcarse en algún buque de paso por ese punto; por esto el capitán hizo un corto desvío por la Cuesta Vieja y se apostó en dirección a Valparaíso. Osorio, después de cruzar la Cuesta Nueva, permanecía al mismo tiempo largo rato para descansar, en las chozas que había al pie de los cerros, desde donde tomó después por los desfiladeros de las montañas hasta el río Maule cerca de cuyas fuentes llegó. Al tercer día después de la acción, propuso a sus secuaces un descanso para ellos y los caballos ya que el momento álgido de la persecución había pasado. Así se acordó, pero mientras todos dormían el general escogió una docena de sus guardias y los mejores animales, atravesó el río y se deslizó astutamente, dejando al resto de sus compañeros entregado a su propia suerte. Al descubrir estos la pérfida conducta del jefe, el oficial a quien correspondía el comando se entregó a las fuerzas patriotas más cercanas con sus camaradas y soldados, todos los cuales fueron llevados a Talca como prisioneros de guerra.

Se ha calculado que del hermoso ejército español compuesto de seis mil hombres que tomaron parte en la batalla de Maipo, no regresaron a Talcahuano más de doscientos; los restantes quedaron muertos

o prisioneros. Por consiguiente es casi imposible imaginar una victoria más completa.

Así terminó la eternamente memorable batalla de Maipo que por el número de los combatientes e importancia de sus resultados, excede en mucho a cualquier hecho de armas librado al oeste de los Andes. La carnicería fué inmensa relativamente a la masa de soldados, pues entre doce mil hombres tres mil quinientos quedaron fuera de combate (1). Con esta victoria quedó tan firmemente establecida la libertad que para lo sucesivo quedó deshecha la dominación española en Sud América; pues si la acción se hubiese declarado en favor de los realistas es probable que Chile o el Perú estuvieran hasta hoy bajo el dominio de la corona española.

La batalla de Maipo preparó el camino para la de Ayacucho que fué peleada victoriosamente por los independientes del Perú el 9 de Diciembre de 1824, contra doble número, y que arrebató a España la última porción de todo su antiguo y vasto dominio americano.

(1) *Hors de combat*. En francés en el texto.



VI

El mayor Arcos.—El capitán Biddle.—Ejecuciones de Juan José y Luis Carrera.—Asesinato de Rodríguez.—Regocijos en Chile.—Batalla naval.—La Escuadra chilena.—Blanco y Callow.

Durante el reinado del Terror, o sea el período entre el 19 de Marzo y el 5 de Abril de 1818, el puerto de Valparaíso estuvo sumergido en el mismo estado de consternación que la capital. El mayor Arcos (1), perteneciente al ejército patriota, al llegar las noticias de los desastres patriotas se refugió en la corbeta norteamericana *Ontario* que era el único navío de guerra surto en el puerto. El gobernador

(1) Arcos era un español al servicio de Francia durante la guerra peninsular, que estuvo en el Estado Mayor del mariscal Jourdain en la batalla de Vitoria.

Calderón declaró a Arcos desertor por lo cual fué entregado y remitido a Santiago en calidad de prisionero, por haber asegurado que la causa patriota estaba perdida. Entonces bloqueaba el puerto una escuadrilla española que impedía la salida de los navíos ingleses allí fondeados. El *Wyndham*, barco del tráfico de Oriente, estaba en el puerto recién llegado de Inglaterra.

El capitán Biddle recibió pues de sus connacionales y de los británicos la solicitud de proteger los buques y las personas ya que los españoles amenazaban de un momento a otro tomarse la ciudad. En esta emergencia el capitán Biddle se condujo de manera altamente honrosa tanto como hombre cuanto como oficial: expresó su determinación de que si los españoles entraban a Valparaíso, él se pondría a la cabeza de todos los barcos, y, si era necesario, los defendería mar afuera tanto de los fuertes como de la escuadra española. Esta conducta del capitán Biddle ha sido recordada con frecuencia en términos de admiración y gratitud por muchos de mis paisanos residentes a la sazón en Valparaíso.

El *Ontario* tenía sólo veinticuatro «carronadas» y el *Wyndham* estaba también armado y equipado *from the severat Ships in the arbour*.

Así estaban las cosas en Valparaíso cuando llegaron las noticias del triunfo de Maipo que fueron anunciadas por un saludo de todas las baterías.

El 8 de Abril, tres días después de la batalla de Maipo y antes que el suceso fuera conocido en Men-

doza, dos de los hermanos Carrera, Juan José y Luis, que desde algún tiempo habían sido presos, mientras venían camino de Chile estando confinados, fueron condenados a muerte y fusilados. Monteagudo, que como se recordará había pasado por Santiago dos días después del desastre de Cancha Rayada y había cruzado la Cordillera, fué el juez principal de la causa. Sufrieron esta pena por haber intentado trastornar el Gobierno de Chile, de donde estaban desterrados.

Es imposible no simpatizar hasta cierto punto con estos desgraciados hermanos, cuyo amor a la patria era, sin duda, uno de los mayores incentivos de su atentado y que acaso se vieron desesperados por el exceso de severidad el día que recibieron la condena a destierro perpetuo; y en todo caso aquella circunstancia pudo alegarse para atenuar la gravedad de su traición, si así puede llamarse.

Mucha gente encontró demasiado cruel la sentencia y por ello se reprochó a Monteagudo, cuyo carácter no era ciertamente inclinado a la dulce Misericordia.

Los presos salieron del calabozo, tomados entre sí del brazo, y, después de estrecharse afectuosamente, entregáronse con gran presencia de ánimo a su destino.

Los Carrera eran emparentados con las primeras familias y su partido era muy considerable en Chile.

Apenas habíase amortiguado la sensación que

causó la muerte de los Carrera, ocurrió un nuevo suceso que, por su terrible aspecto, excitó el asombro y la execración de la mejor parte de la sociedad chilena. El poderoso patriota don Manuel Rodríguez, que tan grandemente se había distinguido durante el más rudo y crítico período que sufriera Santiago, al tomar sobre sí el gobierno *ad interim*, al traer de nuevo la confianza al ánimo de los patriotas por medio de su actividad y energía y al luchar bizarramente en los llanos de Maipo, había sido colocado en arresto secreto pocos días después. Parece ser que el cargo que se le hacía era el de abrigar la intención de derribar el gobierno de O'Higgins, pero como no hubo proceso, no pudo aducirse ninguna prueba que testimoniase el hecho. Supuesto todo, se le condenó al ostracismo y se le decretó una pensión para su mantenimiento fuera del país. Como en Valparaíso estaba al ancla un navío destinado a Calcutta, se acordó aprovecharlo para el preso, y por lo tanto, se sacó a éste de Santiago por la noche bajo una numerosa escolta mandada por un tal Navarro que había sido capitán del ejército real y luego español renegado.

La segunda noche, cuando iban cerca de Melipilla y pasaban a lo largo de un trecho apartado y sombrío del camino, Rodríguez recibió la muerte a manos de este individuo que le disparó un pistoletazo en la cabeza. Este suceso produjo las más vivas demostraciones de pesar en todo Chile y se hicieron

muchas conjeturas al respecto, sin que las autoridades escaparan a la censura.

Yo vi después a Navarro en Mendoza, donde se decía (yo nunca hablé con él) que él mismo aseguraba que había recibido órdenes de personas investidas de alta autoridad, para ultimar a Rodríguez en la forma descrita; sin embargo, no puedo sostener la verdad de esta aseveración. Ciertas personas, según sé, rechazaron el cargo con indignación, pero el asunto fué siempre tratado con alguna sospecha, pues el acto se cometió a media noche y se le consideró siempre con gran misterio. No creo que ninguno de los personajes acusados fueran reos de haber sancionado un asesinato tan friamente deliberado, si hemos de juzgar por la reconocida dulzura de sus caracteres ejercida en otras ocasiones. Se dijo que la guardia disparó sobre Rodríguez en el momento en que trataba de evadirse, y esto parece verídico si se considera el carácter intrépido e independiente del guerrero, siempre listo para recuperar su libertad, especialmente en aquellos momentos en que se le llevaba bajo secreto.

Aquello fué un asunto lamentable, del cual aun hoy día se habla en Chile con horror.

Yo conocí bastante a Manuel Rodríguez cuyos sentimientos eran los de un ardiente y virtuoso republicano. Contribuyó con sus guerrillas a distraer y molestar a las fuerzas españolas durante la época en que se esperaba la invasión de San Martín a Chile, y fué uno de los más celosos cooperadores y

corresponsales del General. Su actividad le hizo evitar todos los intentos hechos para apoderarse de su persona cuando el gobierno español ofreció una gruesa suma al que entregara su cabeza; y, en cambio, sorprendió no pocas veces a destacamentos enemigos y los derrotó en forma muy honrosa. Con marchas forzadas, emboscadas, falsas noticias, etc., desconcertó a don Marcó del Pont (*sic*), de tal manera que la causa patriota debe a Rodríguez una profunda gratitud, pues contribuyó con sus hazañas a las victorias finales.

Era este tal vez el hombre más popular de Chile, siendo en muchos puntos de un carácter diverso al de los jefes del Gobierno, que le prepararon tan triste fin (1). Rodríguez tenía treinta años de edad, cinco pies y ocho pulgadas de alto, era extremadamente activo y de muy buena contextura; su presencia era expresiva y agradable. En un principio fué abogado y, además de sus cabales cualidades de militar, era defensor elocuente con oratoria en otro tiempo enérgica y persuasiva.

No obstante la pesadumbre que estos dos acontecimientos causaron entre los amigos de cada una de las víctimas, la alegría por el término de la dominación real en Chile, a causa de la última victoria, era sin límites. Asambleas públicas, bailes, banquetes y fiestas, se sucedieron incesantemente durante varias semanas. Puede decirse que los regocijos co-

(1) *Which led to his melancholy end.*

menzaron la misma noche del triunfo, pues, como los españoles anticipaban el triunfo de sus compatriotas, se habían preparado numerosas cenas en honor de los conquistadores realistas, y que fueron consumidas por los muy importunos pero muy patriotas huéspedes. Algunos ciudadanos ofrecieron también grandes banquetes al director y a los jefes del Ejército.

Yo recuerdo haber asistido a una comida seguida de baile ofrecida por don Felipe Solar, que sobrepusó a todas las manifestaciones de este género vistas en Chile hasta entonces. Su magnífica casa y jardines estaban abiertos y hermosamente iluminados; el efecto de las luminarias entre los granados y naranjos, recordaba una tierra férica. El Director, todos los jefes y las familias distinguidas encontrábanse allí. La fiesta era amenizada por una gran banda militar que tocaba aires marciales en los intervalos del baile, a todo lo cual hay que añadir la profusión de refrescos y la cena. Al venir el día la concurrencia acudió a la Plaza principal donde, como nota final, se bailó una contradanza española.

Fuera de los domingos, hubo dos veces iluminaciones y fuegos de artificio en la plaza principal. Estos eran muy superiores a los que se ven en Inglaterra y su efecto en las noches de Chile, es de un brillo sin igual. Por otra parte, ninguna iluminación puede ser más hermosa que la de una ciudad española de Sud América, pues las calles son regulares y en cada casa flamea una abigarrada bandera de

seda, alternada con festones de la misma tela tendidos de un lado a otro de las calzadas, desde los mojonetes de las casas, en las cuales lucen profusamente las luminarias. Este hermoso espectáculo con las figuras y divisas proyectadas sobre las murallas blancas, da a las calles el aspecto de galerías bien alumbradas.

Cinco días después de la batalla de Maipo, el vencedor San Martín partió a Buenos Aires, donde fué recibido como un Libertador bajo arcos triunfales y en medio de vehementes demostraciones de regocijo. Aquello fué una sucesión de comidas y fiestas; manifestaciones todas que fueron eclipsadas por el baile y cena verdaderamente magníficos que los comerciantes británicos ofrecieron en esa ocasión.

El objeto de la visita del general a Buenos Aires era concertar con el Gobierno ciertas medidas para dar rápido fin a la guerra, por medio de ejércitos de acción armónica destinados a invadir por tierra el Perú, mientras San Martín lo haría por la costa.

El barco oriental *Wyndham*, cuyo antiguo propietario era el capitán Joseph Andrews, fué comprado por el Gobierno de Chile y en Valparaíso recibió aparejos de fragata, con el nombre de *Lautaro*. Con una abigarrada tripulación compuesta de unos cuatrocientos hombres, entre ingleses, norteamericanos y chilenos se hizo a la mar, bajo el mando del capitán O'Brien, que había sido teniente en la marina británica. Al salir del puerto encontróse el barco chileno con la fragata española *Venganza* y el ber-

gantín de guerra *Pezuela*; inmediatamente O'Brien lanzó su buque sobre la *Venganza*, y seguido de unos treinta hombres saltó sobre la cubierta enemiga, visto lo cual por los tripulantes españoles, abandonaron sus puestos para treparse a los aparejos y esconderse, dejando el buque en completa posesión de los patriotas; pero en ese crítico momento, cuando los dos barcos se habían separado, los españoles se dieron cuenta del corto número de sus asaltantes y comenzaron un violento fuego sobre ellos, en medio del cual cayó O'Brien con el corazón abierto por una bala de fusil.

La *Lautaro* abordó de nuevo a la *Venganza* por unos instantes, lo que permitió recoger al resto de sus marineros, pero al separarse por segunda vez de su adversario, éste y el bergantín escapáronse a toda vela.

El combate había sido observado desde las alturas de Valparaíso e inmediatamente se había enviado a Santiago un correo con la gloriosa noticia de la captura de la fragata española.

Con este motivo hubo gran regocijo y hasta se ordenó una iluminación, pero cuando se supo la verdad del suceso, púsose repentino término a las fiestas.

La escuadra chilena que por entonces estaba en su infancia, recibió pronto un refuerzo con la llegada del *Cumberland*, buque del comercio de Oriente, comprado por el Ministro de Chile señor Irisarri. Era un barco muy hermoso de mil doscientas toneladas

y dotado de una buena batería, que se rebautizó con el nombre de *San Martín*, bajo el mando del capitán Wilkinson. Un norteamericano, Mr. Higginson, fué nombrado comodoro en consideración a su talento naval, pero como tenía más de sesenta años de edad, renunció luego el cargo, y en su lugar se llamó al coronel Blanco Cicerone Encalada, que en otro tiempo había sido guardiamarina en la escuadra española. Tan grande era la escasez de peritos marinos en la nueva república, que se hizo necesario poner a un oficial del ejército al mando de la flota.

Cuando O'Higgins comenzó su retirada delante de Talcahuano, los vecinos patriotas de Concepción, temerosos de las crueldades realistas, retiráronse con el ejército nacional abandonando sus casas y bienes, por lo que muchas personas de considerable fortuna en su provincia, estaban reducidas a un estado de tan gran miseria, que muchas de las chozas de los suburbios santiaguinos fueron ocupadas por estos inmigrantes, entre los cuales no pocos se sostenían merced a la caridad de los habitantes.

Aquí debo recordar un rasgo de mi compatriota Mr. Williams Bowers, teniente de marina, que entonces residía en Santiago, a donde había llegado como capitán de un buque mercante. Mas o menos catorce años antes, Bowers, siendo niño, había sido capturado por los españoles frente a Lima, en un ballenero y enviado con los demás tripulantes a la fortaleza de San Felipe, donde algunos murieron víctimas del severo tratamiento del pesado viaje.

Después de dos años el joven Bowers logró escaparse en la más forma más extraordinaria; y buscó refugio en un buque mercante que lo condujo a Talcahuano, donde encontró defensa y protección en el seno de una familia de nombre Sorano (1), la cual le suministró los medios de volverse a su patria.

Esta familia encontrábase entre las refugiadas a que me refería más arriba, y en muy angustiada situación. Por suerte, Mr. Bowers oyó hablar de ella e inmediatamente fué en busca de sus antiguos amigos, les auxilió con dinero y cuidó de que vivieran confortablemente durante su estadía en Santiago. Yo le oí decir que esta ocasión de manifestar su gratitud le había proporcionado mayor dicha que ningún otro acontecimiento de su vida.

Por ese tiempo comenzaron a llegar numerosos buques de comercio extranjeros, provenientes de Inglaterra y de Estados Unidos, y dos navíos en viaje directo desde Calcuta, cargados con manufacturas y productos coloniales, cuyos precios bajaron en proporción. Prodújose también así en el mercado una gran abundancia de toda clase de artículos, a pesar de lo cual los derechos de internación no eran suficientes para las exigencias del Estado. En ese tiempo llegaron además muchos extranjeros y Valparaíso comenzó a parecer un puerto inglés.

La sociedad de Santiago era sumamente agrada-

(1) Sin duda alguna «Serrano».—*N. del T.*

ble, y se veía muy animada con la presencia de nuestros oficiales de marina que obtuvieron licencia para visitar la capital, donde fueron siempre tratados con gran hospitalidad y atención por las hermosas chilenas, en una serie de fiestas, pues cada vez que se reunía algún grupo se organizaban tertulias. Estos visitantes fueron los que introdujeron las cuadrillas en los salones, baile hoy predilecto entre las chilenas.

El capitán Shirreff de la fragata *Andromache* estaba de estación en aquel tiempo.

Las chilenas invitan rara vez a comer a sus casas y tampoco tienen en ellas la elegancia y el confort domésticos que algunos consideran indispensable. El clima suave da a sus casas una temperatura deliciosa, excepto durante los cortos meses de invierno, durante los cuales se encienden hogares de carbón dentro de las piezas, en braseros (1) de plata o cobre.

El vidrio se usa muy poco para las ventanas, salvo en las mejores casas. Las paredes generalmente son pintadas, blanqueadas o con estuco, pero hay algunas empapeladas.

El mobiliario bueno es escaso; las sillas y mesas de madera común, inglesas o norteamericanas, se usan corrientemente; y en cuanto a las piezas de habitación sólo en parte tienen alfombra, viéndose en el resto los ladrillos desnudos.

(1) *Braseras* en el texto.

Los vecinos son aficionados a las excursiones campestres, por lo que con frecuencia organizan paseos a las haciendas o casas de campo de los alrededores donde pasan todo el día en medio de alegres bailes y músicas, a que también suelen ser invitados los ingleses dispuestos siempre a compenetrarse del buen humor de tales fiestas campestres (1). Los domingos, era costumbre nuestra salir a caballo, más o menos una legua fuera de la ciudad y no era raro que en estos hermosos paseos nos acompañaran algunos chilenos y los oficiales de nuestra marina.

Cierto número de aspirantes a la gloria militar, vinieron entonçes de Europa a Chile.

Fuera de los mencionados en los capítulos precedentes, tenemos a Coronel Charles, a dos hermanos de O'Donnel, a Hill, a Gravat, a Grannen y a Sowersby. Este último, prusiano por origen, pero inglés por su madre, estuvo en la batalla de Maipo, había pertenecido al ejército francés, asistido al incendio de Moscow, y hecho prisionero en la retirada de Rusia. Se le consideraba un brillante oficial de caballería. El coronel Charles había estado con sir Robert Wilson y con los aliados en Alemania durante la campaña de 1813.

Debo hacer notar que los oficiales extranjeros que ayudaron a la causa patriota eran comunmente mozos de gran carácter y valor, como que la mayor

(1) *Fêtes champetre* (sic) en el texto.—N. del T.

parte de ellos había servido en los ejércitos de Europa. Estos oficiales tenían en alta estima el valor y solidez de las tropas chilenas; y en efecto, nada es tan erróneo como la opinión reinante en Europa respecto de la indisciplina y estado semisalvaje de los ejércitos sudamericanos.

Los soldados van perfectamente bien vestidos, con uniforme azul con adornos verdes y pantalones azules, grises o blancos. En los días de parada, he visto desfilar regimientos que nada tendrían que envidiar a los de las Tullerías o de Hyde Park. Las promociones no son tan rápidas como se imagina, y los oficiales extranjeros, a menos que tengan un mérito extraordinario, tienen tanta dificultad en sus ascensos como en sus propios países. Se sigue la táctica española.

En el detalle de los hechos cuido mucho de no *entemi ate, or set down aught in matice* y en conformidad con este axioma voy a relatar un acontecimiento que ocurrió en Valparaíso en el mes de Septiembre de 1818, en circunstancias que los negocios me habían llamado a esa ciudad, de modo que fui testigo de toda la transacción.

Me alojaba en casa de Mr. John Callow, un inglés que tenía una especie de almacén de artículos navales. Callow era un hombre que, desde una humilde posición, había adquirido por sus propios medios, una pequeña fortuna y arrendaba una de las más hermosas casas de Valparaíso, donde tenía sus negocios. Allí residió durante algún tiempo, con su

esposa, una inglesa, y como en la ciudad no había ninguna fonda decente, ellos me dieron alojamiento durante mi estadía en el puerto.

En el tiempo a que me refiero, el coronel Blanco, cuya mención hice por haberse distinguido en la batalla de Maipo, había obtenido su ascenso y llegaba a Valparaíso en calidad de comandante del Departamento de Marina; pero como su residencia no estaba aún preparada, tomó un departamento en la casa de Callow, que daba sobre la orilla del mar y tenía una hermosa vista a la bahía.

Una mañana temprano, antes de levantarme, mi huésped entró a mi cuarto con gran alarma y con cara de asombro, diciéndome que acababa de recibir orden del Comandante para recoger sus cosas y abandonar la casa en veinticuatro horas. A la pregunta de lo que debería hacer, yo le induje a que rehusara obedecer tan arbitraria disposición, y como le prometiera que si el asunto era llevado adelante yo recurriría al Director Supremo en Santiago, avivó su ánimo de quedarse y resolvió no abandonar su ciudadela, en cualquier evento, mientras no encontrase otra residencia conveniente para su negocio. Enviamos al Comandante una respuesta sobre la cuestión, el cual replicó que si la casa no quedaba desocupada a las cuatro de la tarde del día siguiente, vendría fuerza armada para expeler *vi et armis* a sus moradores.

Nada más ocurrió ese día, no así al siguiente. Mr. y Mrs. Callow y yo estábamos juntos en la mesa.

Apenas se había levantado el mantel y bebíamos el «king», comiendo algunas nueces y hablando sobre libertad de la vieja Inglaterra, cuando de repente penetró a la sala un pelotón de bigotudos fusileros, encabezados por un sargento mulato, que, sin ceremonia (1), obligó a mi digno huésped a desaparecer bajo la custodia de dos de sus esbirros. Al ver como éstos se llevaban a su marido, Mrs. Callow lanzó un grito desgarrador que resonó en la pieza. Emocionado el obscuro sargento, me expresó que aquello lo hacía a su pesar, pero que sus órdenes eran le obligaban a tomar posesión de la casa y a desalojar a sus habitantes. El Comandante me hacía saber, sin embargo, que yo retuviera mi departamento mientras permaneciese en Valparaíso, circunstancia que me indujo a guardar en él varios objetos de valor perteneciente a Mr. Callow, para seguridad de ellos. Cerré la puerta y salí de la casa acompañando al través de las calles de Valparaíso a la desconsolada señora que lloraba como una triste hija de Sion. Condújela hasta la residencia de mi amigo Mr. Bunster, a los cuidados de cuya esposa dejéla confiada, y en seguida subí hacia el Fuerte para saber qué era del marido. Un centinela negro presentó su bayoneta en la puerta, y me dijo estas mágicas palabras: *El inglés está incomunicado*. Oído lo cual giré sobre mis talones.

Al bajar del Cerro, divisé a nuestro ejecutivo Co-

(1) *Sans cérémonie*; en francés en el texto.—N. del T.

mandante paseando por la playa en compañía de su edecán el mayor Díaz.

Me acerqué a los dos jefes y les solicité me informaran qué crimen había cometido mi compatriota para merecer así el encierro en una prisión y la pérdida de su libertad de hablar. El coronel Blanco replicó con cierto énfasis que Callow había cometido acto de rebelión contra la autoridad, rehusando abandonar su casa al recibo de la orden; y puesto que si el Rey de Inglaterra necesitase también una en su país, la obtendría inmediatamente, él, que a su vez en Valparaíso era la primera autoridad, debía ser obedecido. Contestéle que Su Majestad, de quien tenía la honra de ser súbdito, nunca había arrojado del hogar a sus fieles súbditos con tan violento sistema; pues cuando era el caso, dábales oportuno aviso conforme a las leyes; y que, frecuentemente, antes de tomar posesión de la propiedad, satisfacía la avidez de algún obstinado vasallo, pagándole cuatro veces el precio del inmueble. Recurrí al mayor Díaz, que conocía mi país, para que atestiguara mis afirmaciones y este caballero así lo hizo inmediatamente. En seguida se me concedió pase para visitar a Callow y volví al Fuerte.

Encontré a mi respetable huésped en el cuarto de guardia, con grillos dobles en los pies y acompañado de dos sucios desertores.

Estaba muy abatido con la idea de haber sido arrebatado en esa forma a la dicha del «dulce ho-

gar» y a las simpatías de una tierna y amada esposa. Yo le consolé; le dije que se le consideraría como un mártir de la gloriosa causa de la libertad y de los derechos del ciudadano inglés; le hablé de Hampden y de Sidney (cuyos nombres me pareció escuchaba por primera vez), y de los extraños sucesos por los cuales el primer jefe inglés exigiría reparación. Con esto le reanimé y salí del Fuerte para irme a redactar una protesta contra tan ásperas medidas usadas con mi paisano, protesta que hice firmar por todos los ingleses respetables de Valparaíso y de Santiago.

Callow obtuvo su libertad esa misma tarde, pero sus mercaderías y muebles fueron embalados, lo que le ocasionó considerables pérdidas, fuera de un serio menoscabo en sus negocios.

Pronto llegó al puerto el capitán Shirreff del barco de S. M. *Andromache*, y se le puso al corriente del asunto, pero no obstante sus activas e inteligentes gestiones ante el Gobierno de Chile, sólo consiguió se decretasen para Callow por razón de las pérdidas y daños sufridos, la suma de cuatrocientos pesos, suma que se le pagó después en papel moneda de dicho Gobierno, con un descuento de treinta y cinco por ciento. Así terminó esta curiosa cuestión.



VII

Captura de la fragata española *María Isabel* y de transportes.—Lord y Lady Cochrane.—Teatro en Santiago.—Monasterios de monjas.—Indios peruanos.—Un fraile.—Ritos religiosos.—Partida de Santiago a Mendoza.—Jornada al través de las Pampas y llegada a Buenos Aires.—Embarque para Río de Janeiro y llegada a Inglaterra.

Poco después de llegar Blanco a Valparaíso la escuadra chilena se hizo a la mar con el propósito de interceptar una expedición española que debía venir del Cabo de Hornos. Los barcos eran: el *San Martín*, con 56 cañones; el *Chacabuco*, con 20; el *Araucano*, con 16, cuyos capitanes llamábanse Wilkinson, Worster, Díaz y Morris. El comodoro Blanco llevaba su insignia en el *San Martín*. La flota se hizo a la vela con dirección a Talcahuano y tuvo la suerte de encontrarse allí con la fragata española *María Isabel* que encabezaba el convoy desde Es-

pañá. La *San Martín* pasó al costado y le lanzó una andanada que obligó a los españoles a abandonar el buque, tomando entonces posesión de él los patriotas; pero como se varase, costó mucho trabajo asegurar la presa y sacarla del puerto. Siete transportes con tropas que fueron llegando sucesivamente cayeron también en captura al entrar al puerto de Talcahuano, quedando así por completo frustrada la postrera expedición española al Perú. Por entonces no podía tenerse demasiada confianza en el gobierno de O'Higgins, respecto a la preparación de la escuadra, pues ésta se componía de elementos heterogéneos cuya armonía, sin embargo, resultó después sorprendente. En cada buque había oficiales y tripulantes ingleses, norteamericanos y nativos que, a pesar de todo, obraban sin confundirse. La noticia del fracaso de la expedición española causó en Chile gran regocijo, y la oportuna captura de los transportes se consideró providencial. Además la flota recibió un refuerzo con la *Galvarino*, perteneciente al capitán Guise; oficial que había traído este buque equipado y armado desde Inglaterra.

En Noviembre llegaron Lord y Lady Cochrane, a bordo de la *Rosa*, capitán Illingsworth; ese marino había recibido indicación de Irisarri, mientras permaneció en Inglaterra, para tomar el mando de la escuadra chilena. Vino dicho Lord a la capital y, después de algunas discusiones motivadas porque se suscitó una opinión contraria a la admisión de un

almirante extranjero, San Martín dió término al asunto insistiendo para que Cochrane obtuviese el comando.

Como Lady Cochrane estuviera en el apogeo de su belleza cuando llegó a Santiago hizo una enorme impresión entre los vecinos. En Chile se creía vulgarmente que las mujeres inglesas andaban muy lejos de ser hermosas, prejuicio que no es extraño; a juzgar por los ejemplares que habían tenido ocasión de conocer; su ciencia en esta materia no se extendía sino a nuestras compatriotas Mistress Blach, la esposa del Sastre, y Mistress Walker, que era dueña de un hotel, no figurando ninguna de las dos entre las más favorecidas hijas de Eva, por lo menos en apariencia. Fuera de estas inglesas, sólo ocasionalmente había pasado por Santiago la esposa de un capitán de marina mercante. Por lo tanto, podía tenerse una baja idea de la belleza y elegancia de la mujer británica. Pero ante Lady Cochrane, la opinión se desengañó, y cada vez que se hablaba de esta dama todos decían: *¡qué hermosa! ¡qué linda!* Sin embargo, ocurrió que Lady Cochrane infringió cierta ofensa al Cabildo, que había ido oficialmente a pagarle sus visitas; pues mientras tal ceremonia se efectuaba, ella expresó a los caballeros pertenecientes a dicha Corporación su disgusto por verlos fumando siempre, pues los señores cabildantes consideran como parte de sus personas el cigarro que rara vez dejan de llevar en la boca.

Se erigió en Santiago un teatro de temporada, en

el cual se hicieron representaciones durante dieciocho noches, con actores, en su mayor parte españoles, que habían caído prisioneros en Maipo. El conjunto general del teatro era bastante bueno y aunque la casa era de madera con vigas reforzadas y amarradas con lazos de cuero, sin embargo el recinto resultaba sólido y cómodo. Los trajes de los actores eran mucho mejor tenidos que lo que se hubiera podido esperar, y aun algunos eran costosos. El desarrollo de la función siempre tranquilo y ordenado, no sin que se fumara en los entreactos, aunque esto no podía traer consecuencias, pues el único techo del edificio era la constelada bóveda celeste, lo cual resultaba muy agradable en un clima tan benigno, bajo un firmamento sin nubes y una luna clara y brillante. El único inconveniente de este teatro poníanlo los numerosos soldados con sus grandes gorras y sus fusiles al hombro plantados como postes en diversos sitios del local para resguardar el orden y quitar al mismo tiempo la vista sobre el escenario.

Mucho se ha hablado acerca de la influencia clerical en Sud América entre todas las clases de la población; pero, como una prueba de que el clero no es tenido en tanta reverencia, voy a transcribir un extracto de mi cuaderno de notas correspondiente al 29 de Julio de 1918 que fué cuando se representó en Santiago la pieza a que allí se alude. El argumento es muy sencillo y me atrevo a decir que se funda en la realidad.

Un sacerdote que es confesor de una señora se

enamora perdidamente de ella y es correspondido. El esposo, llama a la puerta, mientras los amantes departen. El clérigo se oculta y la señora imagina cualquier pretexto para que su marido se aleje; sin embargo, como éste ha de volver muy pronto, en el intervalo ella viste a su amigo como si fuese una imagen de santo y le hace subir sobre una mesa. Al regresar, el marido ve a su mujer arrodillada ante la imagen y se regocija ante la devoción que se demuestra. Como la estatua, a su parecer, debe representar algún santo de una categoría muy superior, él le pide también una gracia, después de lo cual el fraile habla y le dice que debe hacérsele una procesión para llevarlo a su convento. El devoto sale y vuelve luego con sus vecinos para efectuar lo ordenado por el santo, cumpliendo con todos los rituales del caso, pero en esos momentos llega el Alcalde atraído por el tumulto, entra y descubre la impostura. Inmediatamente se apodera del fraile, a quien por vía de recompensa se le asigna una sonora paliza.

Este es el esquema de una pieza que ví representar, después de una gran procesión.

Ahora daré un specimen de una farsa teatral española que también presencié. Un cazador aparece en busca de caza, con una señora que se supone sea su mujer. Matan cada uno un pájaro y se sientan con toda naturalidad a prepararlos para servírselos de comer; ella se encarga de desplumar las aves y él sale un momento. Entonces llega un indio salvaje

que procura obtener las simpatías de la dama, y, mientras la corteja en la forma más civilizada que le es posible, entra el marido, mata al galán; en seguida la mujer se va. El cazador, no sabiendo que hacer con el cadáver, por último lo coloca de pie en una posición extraña y abandona el recinto. En ese instante entra el deán y al ver que el indio no le rinde ningún homenaje, le asesta un golpe, de cuyas resultas el cuerpo se desploma. El sacerdote piensa que ha dado muerte al salvaje, pero apacigua su conciencia, suponiendo que la víctima se ha ido al infierno por no ser un cristiano. Cae el telón y así termina este famoso espectáculo. En el mismo teatro ví también representar el *Otelo* de Shakespeare, traducido al español, sin más semejanzas con el original que lo negro de la cara de Otello y el ahogo de Desdémona.

Hay en Santiago, tres conventos de monjas, de los cuales el más grande es el de las Catalinas; aquí las monjas se dejan ver una vez al año, tras de las rejas que dan a un costado de la Iglesia. Durante las sagradas vísperas las monjas se juntan para cantar delante de dichas rejas, circunstancia que quiso aprovechar un amigo mío para que lo acompañara a ver esa ceremonia.

Así, pues, nos encaminamos a la iglesia de las Catalinas. En el trayecto yo hacía algunas prudentes reflexiones acerca de la utilidad de estos institutos, mezcladas con cierta tristeza por tanta juventud, inocencia y amor, condenados a «perdersé en la

sombría soledad de un convento», en vez de permanecer en el mundo para ser la gracia y el adorno de la sociedad. Consideraba cuántas mujeres han sido obligadas por el capricho de padres crueles, a tomar el velo, y han llegado a ser *crazed with cave, or crossed in hopclers love*, (pág. 270). Quien sabe, pensaba yo, si no hay alguna con toda la belleza y el talento de Eloísa, condenada a perder sus mejores años en la rigidez de la vigilia, de la oración y del ayuno.

Mientras tales cosas hilvanaba yo en la mente, entré a la Iglesia y me aproximé al enrejado, donde mi imaginación vióse de súbito contenida y gradualmente menoscabada mi piedad por el destino de esas mujeres; había allí unas cuarenta fisonomías, pero qué fisonomías! Parecían piñas desecadas! La mayor parte eran viejas y entre todas no ví una sola por la cual yo me hubiera resuelto a escalar una muralla o quebrar un cerrojo.

Por último, empezó el canto, un griterío tan salvaje y discordante, que me hacía vibrar cada uno de los nervios. Aunque no soy gran conocedor en materia de música, sin embargo, tengo cierto gusto por ella y, en consecuencia, esa vez tomé mi sombrero y salí de la iglesia con la firme resolución de no volver jamás a un monasterio en busca de la sublimidad y de la belleza.

En mis frecuentes viajes a Valparaíso, me detenía algunos momentos en la aldea de Curacaví que es la mitad del camino entre el puerto y la capital, y

donde un indio tenía una especie de albergue. Este individuo era un aborigen del Perú, que se jactaba de llevar en sus venas la sangre de los Incas; era estudioso y fuera de la lengua quichua, podía leer y escribir el latín y el español. A pesar de tener cerca de ochenta años de edad se había casado con una joven criolla, de la cual tenía dos hermosas hijas. Era muy aficionado a los temas históricos, siendo su tópico favorito el de las guerras de Palestina. Como me preguntase una vez si yo conocía la espada con la cual Ricardo Corazón de León mató a los paganos, yo le contesté que sí y le aseguré que era sumamente grande: entonces me dijo que él deseaba ir también a Inglaterra para verla. Pero no pudo realizar esta ambición, porque una mañana se le encontró muerto en su silla, con los anteojos en las narices, un cigarro en la boca y una Biblia latina entre las manos.

En el lugarejo de Renca, situado a una legua y media de Santiago, residía un hombre fuerte, robusto y rudo *bullet headed* ? (pág. 272) que era capellán o cura de la aldea; era un camarada muy jovial, y, no obstante los dogmas de su religión, tenía las más belicosas costumbres; así, en varias ocasiones, cuando la causa patriota corría peligro, el cura, arrojaba su sobrepelliz y se ponía a la cabeza de algunos guerrilleros. Además se distinguió en la batalla de Maipo.

Yo me acostumbré a la compañía de este sacerdote, de tan buen humor, y de vez en cuando, me iba

a verlo y comíamos juntos. No era el ayuno precisamente su fuerte, pues comía carne en cuaresma, y su bebida no la traían del arroyo. Su conversación era más inclinada a los hechos de pelea y batalla que a los naturales temas de su apacible profesión. Se lamentaba con frecuencia de que el Clero Católico romano no gozase de los beneficios del matrimonio. «Qué cosa más inhumana, exclamaba, que condenar a un hombre fuerte y sano como yo, a perpetuo celibato; yo no he encontrado ni en el nuevo ni en el viejo testamento nada que autorice esa ley, y pienso que ésta es un error»; y añadía: «en este particular prefiero la religión de Ud.»; cosa de que yo estaba perfectamente convencido, pues se rumoreaba en la aldea algo, respecto de algunos niños de la parroquia, que tenían cierto parecido más que accidental con mi santo amigo. Este me hacía recordar al fraile Robin de las Selvas *Raben Hood's Friar Tuck*, tanto en su aspecto como en sus principios acerca de las cosas agradables de esta vida; tanto que un día le conté muy a su agrado la historia de este terrible personaje, de cuya comparación rió sinceramente. Mi amigo era algo leído, conocía bastante el mundo, y sus feligreses le respetaban mucho, pues ante ellos observaba siempre una digna gravedad.

El carnaval era esperado en Santiago con la acostumbrada algarabía, jovialidad y buen humor que caracteriza esta diversión religiosa en todos los países católico-romanos. Un día, durante la Cuaresma,

mi amigo el capellán, me invitó a ver una ceremonia que debía verificarse en su parroquia. Cerca de doscientas mujeres de todas categorías, se habían recluso por nueve días en la iglesia, para hacer penitencia todo el tiempo—o sea lo que se llama *ejercicios*. Merced a la oración constante, los cantos y los ayunos, sufrían un grado tal de entusiasmo, que presentaban el más extraordinario aspecto que yo hubiera visto jamás. Iban conmigo algunos de mis compatriotas ingleses, y, como nos detuviéramos cerca de la iglesia, pudimos todos oír los lamentos y suspiros de las mujeres desde mucho antes que se abrieran las puertas. Al hacerse esto, toda la concurrencia salió con el cabello suelto sobre los hombros, muchas llorando y entrelazando o retorciendo las manos, y otras dadas a un griterío lastimoso. Todo esa gente estaba en un grado tal de frenesí que hacía un efecto deplorable contemplarla. Sus amigos esperaban a la puerta y a medida que las penitentes salían, apoderábanse de ellas para conducir las a sus casas: algunas subían en calesas, otras a caballo y las demás se encaminaban a pie hacia sus aldeas. De este modo en el espacio de media hora estas singulares devotas se dispersaron, bajo la protección de sus acompañantes.

Esa tarde en la misma aldea, unos cincuenta hombres envueltos en sábanas, comenzaron a andar por la *Plaza*, dándose latigazos sobre sus propias espaldas hasta que la sangre corrió abundantemente; algunos de ellos llevaban grilletes en las piernas y

gemían al infligirse ellos mismos el tormento. Los utensilios de que se valían para eso, eran algo semejantes a los látigos de contraamaestre, pero algunos tenían clavos en las puntas. En medio de la Plaza había una gran imagen de la Virgen María, a la cual se acercaban los penitentes para rezar. Esta maceración se realizaba en memoria de los sufrimientos que soportó Nuestro Salvador en el camino del Monte Calvario.

Yo no pude dejar de manifestar al capellán mi disgusto por semejante exhibición, a lo que él me respondió: «Ah! bah! la mayor parte de esos hombres son unos terribles pícaros que merecen el patíbulo por sus crímenes». Como él manejaba las conciencias de esos pobres, yo no insistí. Yo no habría relatado los dos hechos anteriores si los hubiera recogido de oídas o sin el real y verdadero testimonio de mis propios ojos.

Habiendo realizado todo mi cargamento y remitido su producto a los propietarios en Inglaterra, y no habiendo recibido sino dos cartas de mi constante protector durante el año y medio largo que ya llevaba de permanencia en Chile, una mañana mientras me afeitaba (1) pensé que debía volver a mi

(1) *When I was in the suds*. El autor hace aquí un juego de palabras intraducible, porque *To be in the suds* significa vulgarmente «estar entre la espada y la pared». Por eso añade (*for I was shaving*) para hacer ver que en realidad estaba en agua y jabón y no en circunstancias críticas.—*N. del T.*

patria para ver qué amigos vivían y cuáles habían muerto.

Sin más tardanza, al siguiente día contraté un buen guía, llamado Morales, hombre profundamente conocedor de los caminos, no del mundo entero, pero sí de las cordilleras y de las pampas; y el 1.º de Junio de 1819, encontréme en la cumbre de los Andes entre los cóndores y los guanacos.

El guanaco se clasifica, por lo general, como perteneciente al ganado lanar de Sud-América, pero a mí me parece que se acerca más al camello. Es un animal dotado de afectos y memoria, como lo prueba la anécdota siguiente: Envié de regalo un par de estas bestias a un amigo, dueño de una granja en el Surrey. El macho murió en la travesía, y la hembra llegó bien a los muelles de Londres. Yo les había comprado a una india vendedora cuando todavía sólo tenían algunos meses. Mientras los animalitos estuvieron en mi poder, la india venía a verlos una vez a la semana y ellos siempre demostraban la mayor alegría cuando ella les hablaba y brincaban y hacían esfuerzos para acercársele. Al llegar a Inglaterra, la hembra despues de algún tiempo se prendó de un caballo cochero de mi amigo y cuando el caballo iba a pastar no permitía que nadie se aproximara a su favorito. Asimismo, cuando el coche salía, la guanaca escoltaba a su compañero y se indignaba terriblemente si al volver encontraba cerrado el portalón de la caballería.

Después de cometer una serie de extravagancias,

como matar al groom, asustar a un niño y, en más de una ocasión penetrar a la cocina y espantar a la cocinera con sus escupos (*spit*), «Miss Fanny» fué declarada insoportable por mi amigo y quien me hizo devolución de ella; entonces yo la puse bajo el cuidado de Mr. Cross, Jefe de la Academia de bestias salvajes de Exeter Change.

Al cuarto día de mi salida de Chile llegué a Mendoza.

El general San Martín había residido aquí algunos meses y en una intentona de cruzar las pampas en viaje a Buenos Aires estuvo a punto de caer en manos de José Miguel Carrera (1) que recorría las pampas con una banda de aventureros, por lo que San Martín vióse obligado a regresar a Mendoza. Tanto en Chile como en Buenos Aires, fraguábanse entonces numerosas intrigas políticas, lo que disgustó tanto a San Martín que renunció a todo comando y entró a Mendoza vestido de civil. En seguida cayó allí peligrosamente enfermo.

(1) José Miguel Carrera en represalia por la muerte de sus hermanos, juntó una banda de montoneros en las pampas, donde hizo una guerra de devastación a sangre y fuego durante varios años, hasta llegar en una ocasión a la ciudad de Buenos Aires. Por último, fué derrotado y hecho prisionero cerca de Mendoza, siendo fusilado en la plaza principal en el mismo sitio en que habían perecido sus hermanos cinco años antes. Cuando los partidarios de Carrera escalaron el Gobierno de Chile en 1827, hicieron desenterrar los cuerpos de los tres hermanos para darles sepultura en Santiago con todos los honores militares.

Antes de mi salida de Santiago, yo había recibido dos cartas de altos jefes militares y civiles amigos de San Martín, con el encargo de entregarlas en las propias manos del General y de destruirlas caso de que éste hubiese muerto.

Inmediatamente de llegar a Mendoza me dirigí a su casa y, después de informar al general Quintana sobre el objeto de la visita, fui introducido al cuarto del General.

Encontré al héroe de Maipo postrado en su lecho de enfermo y tan pálido y demacrado que sólo por el brillo de los ojos pude trabajosamente reconocerlo. Recibióme con débil sonrisa y me saludó alargándome la mano. Al entregarle las cartas se irguió en la cama para leerlas. Y noté que el contenido de ellas le causaba gran satisfacción; diólas en seguida al general Quintana, quien, después de leerlas, hizo con la cabeza un signo de conformidad. Se me dijo que volviera de nuevo a visitar la casa antes de abandonar la ciudad.

Poco después el general San Martín recibió la jefatura del ejército chileno y organizó la expedición al Perú: tenía entonces 44 años. Era originario del interior; su padre había sido gobernador de una provincia en Sud-América y había enviado a su hijo a España para educarlo. Allí San Martín entró al servicio del ejército español y militó bajo las órdenes de Wellington en la Península; pertenecía al regimiento de Burgos, cuando el ejército francés del general Dupont capituló en Bailén. Fué también

edecán del Marqués de Solano y escapó difícilmente de ser muerto cuando las turbas de Cádiz asesinaron a este noble señor.

Al terminar la guerra peninsular, San Martín regresó a Buenos Aires, donde casó con una dama de dicha ciudad; organizó un regimiento de caballería y se distinguió por su gran heroísmo en la acción que contra algunas tropas españolas se libró en San Lorenzo. Más adelante obtuvo el puesto de Gobernador de Mendoza y allí estaba cuando el ejército patriota fué arrojado de Chile, país que después invadió, como se dijo en el capítulo precedente.

Mucho me apenó la noticia de que pocos días antes una severa desgracia doméstica había deshecho la felicidad de mi estimable amigo don Manuel Valenzuela. Parece que éste disponía de algunos indicios para sospechar contra la fidelidad de su esposa que tenía cierta intriga con un oficial, cuyos pasos siguió por medio de una estratagema hasta el dormitorio de la mujer, a donde se precipitó de súbito; como iba armado, apuntó su primera pistola contra la dama, pero erró el tiro y entonces el amante, que se interpuso, recibió el segundo proyectil en medio del pecho, cayendo instantáneamente muerto. La señora huyó de la casa y don Manuel cayó en poder de la policía, pero recuperó su libertad una vez que se comprobó el asunto (1).

(1) Yo vi a don Manuel en Mendoza seis meses después de este suceso; su hija, que era una interesante joven, hacía los

Según lo prometido, volví a ver a San Martín y me entregó algunas cartas para su señora que residía en Buenos Aires y para varios de sus amigos. Acto continuo me despedí del general. Cuatro días había permanecido en Mendoza cuando Morales y yo montamos a caballo, dando una vez más nuestro adiós a la amable ciudad. El alquiler de un caballo desde este punto hasta la Punta de San Luis es de un real por legua; pero desde aquí hasta Buenos Aires sólo se cobra la mitad de esta suma. Consignaré en beneficio de los viajeros un breve apunte de este viaje, tal como lo encuentro descrito en mi cuaderno de notas.

La primera etapa del camino es arenosa y en muchas partes hay pedregales. Nosotros llegamos a *a lo de Corna*, a cinco leguas, nos detuvimos apenas un momento y seguimos hacia Retama, que es un hermoso lugarejo. Aquí los oficiales registraron mi bagaje y continué hasta Arroyo de Chacón, nueve leguas más lejos, a donde llegamos a las nueve, después de recorrer veintiuna leguas desde las dos de la tarde. Nos pusimos en marcha otra vez al amanecer y hacíamos las seis leguas que nos separaban de Catitas antes de almuerzo. Este lugar es un punto

hombres de la mesa paterna, con singular gracia. La madre permanecía en un convento desde la desgracia.

Don Manuel murió al año siguiente y en su lecho de muerte hizo llamar a su mujer para otorgarle su perdón, con lo cual tal vez pudo partir en paz y evitar cualquier enredo en los bienes de la familia. Falleció en 1828.

pobrísimos. Hasta la Dormida hay seis leguas más, nueve hasta Corocorte, nueve a Corral de Cuero y once al Desaguadero. Durante todos estos trayectos los caballos se portaron muy bien y ese día hice cuarenta y una leguas. Emprendimos con numerosas cabalgaduras adiestradas el paso de la Travesía (1) y al anochecer llegamos a Punta de San Luis (2).

(1) Una parte del desierto.—*N. del T.*

(2) La narración del autor continúa hasta su llegada a Buenos Aires, describiendo minuciosamente su estadía en Punta de San Luis, donde encontró a los desterrados Montegudo y Sarratea, quienes le refirieron la matanza de los prisioneros españoles de Maipo, hecha allí algunos meses antes. Describe también su encuentro con los montoneros que, unidos a ciertas tropas de Artigas, operaban en las inmediaciones de Fraile Muerto. Su entrevista con Belgrano es particularmente interesante, pues nos revela algunos rasgos de este jefe, y, muy en especial, el estado precario del ejército a sus órdenes. Al fin de algunos días, el autor llega a Buenos Aires (el 20 de Junio de 1819), no sin nuevas peripecias; como su peligro de quedar en manos de una banda de gauchos que por suerte le reconocieron el valor de su pasaporte chileno, y la caída de a caballo que sufrió en una región donde el camino iba cubierto de agua. De Buenos Aires pasó en el *Tyne* a Montevideo y de aquí al Río de Janeiro, donde despachó sus negocios en dos días y se embarcó para Inglaterra a bordo del *Lascelles*.

No damos la traducción de esta parte de la obra de Mr. Haigh por falta de espacio y por no considerarla dentro del carácter de esta Biblioteca de Autores Extranjeros en su relación con Chile. El capítulo siguiente contiene los apuntes del regreso del autor a nuestro país después de permanecer seis meses en Inglaterra.—*N. del T.*

VIII

Viaje a Buenos Aires y por el Cabo de Hornos hasta Valparaíso.—Progresos en Chile.—Los Baños de Cauquenes.—Pasaje a bordo del *Owen Glendower* para Inglaterra.

Después de permanecer en Inglaterra unos seis meses, resolví efectuar un nuevo viaje a Sud-América y para ello fleté el bergantín *Enterprise*, cargado de mercaderías a mi consignación, y me embarqué el 10 de Agosto de 1820 en Gravesand con destino a Chile. No necesitaría mencionar otra vez las delicias de un largo viaje en un barco pequeño, pues todo el que haya gozado de tales privilegios, no los olvidará fácilmente.

Un capitán ignorante y un piloto aun más vulgar que se sientan a la mesa en mangas de camisa; sopa de guisantes y gruesas tajadas de jamón, con galletas que han recibido dos veces las caricias del horno; la mesa llamada «de oficiales» donde por lo ge-

neral se habla de cosas como el tremendo tiempo o el peligro corrido una obscura noche, en que soplaban el huracán, de perderse en el «gulph stream», éstos eran los entretenimientos (1) que se gastaban sobre el «obsuro mar azul» (2); pero como es absolutamente imprescindible embarcarse en un buque para cruzar el Océano, comprenderán los lectores que todas estas cosas se sufren con la más inmutable filosofía a cambio de verse otra vez anclado en el puerto exterior de Buenos Aires.

A poco de mi llegada recibí una carta de mi amigo el juez Prevost, Ministro de los Estados Unidos, solicitándome pasaje por el Cabo de Hornos en mi buque y diciéndome que él estaba en el puerto interior a bordo de un barco americano, desde que se le había expulsado de Buenos Aires, algunos días antes.

Yo me alegré de poder recibir en mi barco a este caballero y le envié inmediatamente un bote para que se trasladara. Parece que se le había obligado a salir de la capital platense por una costumbre burlesca que adoptara durante el tiempo de las luchas intestinas que prevalecieron en esa ciudad en los meses anteriores. Todas las mañanas el Ministro

(1) *Agrémeus* (sic) en el texto.—*N. del T.*

(2) Como las antedichas frases podrán no ser inteligibles para algunos de mis lectores, expondré en llano inglés que estos barcos mercantes son a veces malamente abastecidos de velamen y víveres, son muy sucios, bajo y sobre cubierta, y, por fin, cada detalle es en ellos ingeniosamente incómodo.

abría las ventanas e interrogaba al primer transeunte: *¿Quién manda hoy?* pregunta no superflua, en una plaza donde los gobernadores permanecían comúnmente sólo poco días en su cargo. Sin embargo, uno de estos señores, resultó ser más nervioso que los otros, y al saber la irregularidad del juez, hízolo llamar y le comunicó que abandonase el territorio en el plazo de cuatro horas, añadiéndole que si no podía irse a Chile por tierra, temeroso de caer en manos de José Miguel Carrera y de sus montoneros, buscase un asilo a bordo de algún buque perteneciente a su propia patria.

No dejé que mi capitán desembarcase con sus papeles, para no tener que pagar derechos de tránsito por el cargamento; así pues, sólo desembarqué para ver qué ocurría y como encontrase la ciudad presa de disenciones intestinas, al día siguiente zarpamos con rumbo a Valparaíso.

Algunos días antes de nuestra llegada, se había librado una batalla en las calles de Buenos Aires, entre los colorados y los vecinos, que terminó con la muerte de unos trescientos combatientes caídos en la Plaza y calles cercanas.

En la tarde de mi embarque levamos ancla y seguimos por el río para alcanzar el océano, tomando el canal del sur; por la noche anclamos en Punta del Indio, y aquí, aunque sólo había un vigilante, cuatro de nuestros mejores marineros estimaron conveniente usar el bote del capitán y bajar a tierra ocultamente sin permiso. Esa misma noche el vien-

to pampero sopló tan impetuosamente que nos vimos obligados a ganar el mar. Todos, incluso el juez y yo, ayudamos a levar el ancla y muy luego salimos del río.

Al día siguiente, a mediodía, estábamos a cincuenta millas de la boca. Como nos hallábamos tan escasos de marineros, se hizo necesario consultar al resto de la tripulación acerca de si deseaban que tomáramos el rumbo del Cabo de Hornos; los reunimos en la popa y, como yo deseaba ir a Chile, en vez de volver a Montevideo por los elementos que nos faltaban, les ofrecí una gratificación, además de sus salarios, con lo cual obtuve su adhesión unánime para tomar la vía del Cabo. Eramos sólo diez: el juez y su sirviente, el capitán, dos marineros, el vigía, un cocinero, un grumete y yo, fuera del cirujano, que venía como pasajero desde Inglaterra. Sin embargo, con esta pequeña tripulación emprendimos el viaje que se considera como el más peligroso del mundo, ofreciéndose voluntariamente los marineros para ir arriba y tomar drizas.

Navegamos entre las islas de Falkland y el Continente. El tiempo se mostró propicio y el día 14 doblamos el tempestuoso Cabo de Hornos, cerca de la isla de Diego Ramírez. Esperamos entrar el día siguiente al Océano Pacífico, cuando se levantó una tormenta del noroeste que nos arrojó trescientas millas a sotavento, trascurriendo veintidós días antes de que estuviéramos de nuevo a la vista de las islas de Diego Ramírez. En ese espacio de tres se-

manas el tiempo se mostró sumamente duro, casi sin interrupciones; el mayordomo, uno de los marineros y el grumete cayeron enfermos a causa de las inclemencias y del exceso de trabajo. Me vi obligado yo mismo a tomar drizas y a ponerme al timón, porque los demás estaban completamente agotados. El juez Prevost me prestó mucho auxilio en el acondicionamiento del buque para la seguridad general.

Nuestro cocinero era un gigante, en talla y en fuerzas, y, no mareándose, podía subir a cubierta, tomar drizas y levantar las velas, operaciones en las cuales nos prestó grandes servicios. Por fin entramos al tranquilo mar Pacífico y, el 23 de Diciembre de 1820,—día 135 de nuestra navegación,—anclábamos en la bahía de Valparaíso.

Cuando llegamos a Chile, encontramos los ánimos muy excitados a consecuencia de la expedición que en el mes de Junio se había enviado contra el Perú. Estaba ella compuesta de cinco mil hombres, mandados por el general San Martín, y se hallaba entonces acampada a cinco leguas de Lima. Esta expedición no había podido organizarse sin considerables esfuerzos, a causa de las estrecheces del Erario, y se llevó a cabo, finalmente, mediante la ayuda de los comerciantes extranjeros, que suministraron lo necesario, otorgando un buen empréstito al Gobierno de Chile. Por este tiempo, Lord Cochrane bloqueaba a Lima. Valparaíso había adelantado mucho desde mi última visita a este

puerto. Se habían establecido allí varios comerciantes ingleses y norteamericanos. El juez Prevost y yo salimos al día siguiente para la capital.

En Casablanca nos hallamos con un inglés que había sido mayordomo de buque y que mantenía allí una posada. Sobre una tabla había pintado, *en inglés*, las siguientes palabras: «Acomodación.— Good beds for a gentleman and his horse». Esta curiosa enseña colgaba de la cima de un alto mástil, al lado del camino; nos detuvimos en la posada y la encontramos no mal surtida de provisiones y licores. Se notaban muchos adelantos en el camino que va a la capital: las habitaciones estaban más limpias y mejor amobladas y hasta era posible encontrar té o café en cada relevo. El día de Pascua comimos en Pudahuel un poco de carne seca de cabro y en la tarde llegamos sin novedad a Santiago.

Como no pretendo dar en este libro una descripción geográfica de Chile, prefiero que mis lectores vean sus detalles y límites en un mapa del país. Diré, sin embargo, que la naturaleza lo ha dividido en tres secciones. La del norte, aunque desierta, abunda en minas de cobre y plata; la del centro está compuesta de ricos valles, en los cuales se produce el trigo en abundancia, pero con pocos bosques; la del sur, provincia de Concepción, es también muy fértil y en ella se encuentra madera de construcción de tamaño considerable.

Los ríos principales son el Biobío, el Itata, el Ca-

chapoal, el Maule y el Maipo. Hay, además, muchos otros cursos de agua que bajan desde la Cordillera, pero ninguno de ellos es navegable. Este país tiene población muy poco densa; el número total de sus habitantes no alcanza hoy día a millón y medio.

El tercer día después de mi llegada a Santiago vendí todo mi cargamento, con buenos beneficios, sobre el precio de factura; pero, como la suma que representaba era muy considerable, tuve que dar crédito por largos plazos.

Durante mi estada anterior en el país, no había podido hacer ningún viaje de observación ni hacia el sur ni hacia el norte del país; pero, como ahora tenía algunos días disponibles, hice una excursión de unas cuarenta leguas hacia el sur, a fin de mejorar mi salud y en compañía de algunos amigos. Visité los baños de Cauquenes, famosos por sus aguas minerales, que se estiman como muy beneficiosas.

Enviarnos adelante a los sirvientes, para preparar nuestros alojamientos, y no pudo menos de llamar nuestra atención durante el camino, la belleza de las haciendas, a cuyas casas éramos invitados frecuentemente por los *patrones*, de manera que durante el viaje nada tuvimos que pagar. Todos los que hayan visitado los baños de Cauquenes no podrán menos de recordar las liberalidades de don Antonio Valenzuela, cuyas amplias casas y hermosa hacienda están situadas en las vecindades de Rancagua y cuyas

puertas están siempre abiertas a los viajeros. Este caballero nos obsequió con una suntuosa comida, compuesta de todos los platos nacionales y regada con varias clases de vinos.

El sur de Chile abunda más en árboles que las cercanías de la capital y sus paisajes son más pintorescos. La deliciosa cabalgata desde las casas de don Antonio hasta los Baños,—unas cuatro leguas,—se conservará aún fresca en la memoria de algunos de mis lectores. Se hace a lo largo de una estrecha barranca, a cuyo fondo corre un torrente. Junto a los manantiales hay grandes rocas y un puente hecho de cordeles se halla suspendido sobre el río. Al fondo se divisan los Andes.

Los baños termales de Cauquenes están a cien pies sobre el río; las vertientes de la montaña son casi perpendiculares; en la cima hay una especie de plazoleta, formada por cabañas. Estos baños son muy frecuentados por los enfermos de todas partes de Chile y se recomiendan especialmente a los reumáticos y a los que sufren de dolencias crónicas. Sus aguas más calientes no suben de 110° Fahrenheit. Cuando el enfermo sale de su baño, se le envuelve en frazadas y se le lleva en una camilla hasta su cama, con el objeto de promover la transpiración. La temporada de baños dura un mes para cada enfermo; pero vale la pena ir a Cauquenes, aun cuando sea tan sólo para gozar del paisaje.

Durante mi estada en Chile, en este período, llegaron las importantes noticias de la captura de

Lima por el ejército patriota. Grandes fueron los regocijos con este motivo y el acontecimiento fué celebrado con banquetes e iluminaciones. Los ingleses tenían en esos momentos una considerable escuadrilla en Valparaíso, bajo el mando de sir Thomas Hardy. Este oficial se hallaba en Santiago, como también el honorable Orlando Bridgeman, el honorable R. C. Spencer y el capitán D. O'Brien. Es muy de celebrar que los oficiales de marina enviados por Inglaterra a este hasta ahora desconocido país, tuvieran condiciones tan especiales para favorecer el desarrollo de los intereses británicos, mediante su habilidad en tratar con el Gobierno de Chile. En muchas ocasiones se necesitó tanta firmeza como ductilidad, a fin de evitar exacciones respecto a la propiedad de súbditos británicos. Los oficiales arriba nombrados no sólo se desempeñaron a satisfacción de sus compatriotas, sino que también contribuyeron a formar una impresión agradable de los ingleses entre los chilenos, por su conducta privada y buenas maneras. Sus nombres, como también los de Bowles, Shirreff, Hall, etc., viven aún en el recuerdo de los habitantes de la metrópoli.

Habiendo terminado satisfactoriamente mis negocios, resolví volver a Inglaterra. El honorable Robert Spencer, del buque *Owen Glendower*, de S. M. B., estaba entonces en Valparaíso y me ofreció muy amablemente pasaje a bordo de su fragata. Había también en este barco varios españoles

de Lima, a quienes el señor Spencer, sacrificando sus propias comodidades, ofreció alojamiento en su camarote, para que pudiesen volver a su patria. Entre estos pasajeros, que subían a diecisiete, estaban el general Ricaforte; el coronel del regimiento de Burgos; don Antonio, un juez de Lima; la marquesa de Cáceres y varias señoras españolas.

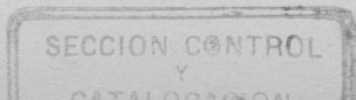
El *Owen Glendower* salió de Valparaíso el 10 de Octubre de 1821, y después de una travesía muy agradable a lo largo del Cabo de Hornos, llegamos a la bahía de Río Janeiro a los treinta y cinco días de navegación. Allí bajaron a tierra los pasajeros españoles, para embarcarse directamente a Cádiz. Seis días más tarde, el *Owen Glendower* se hizo de nuevo a la mar, llegando, sin novedad alguna, después de ciento cuatro días de navegación, desde Valparaíso a Spithead, en donde saludamos al buque insignia, el cual nos devolvió la cortesía. En seguida tomamos uno de los botes y nos dirigimos a la costa, desembarcando en Portsmouth.

Faltaría a los más elementales deberes de gratitud si no dejase constancia aquí de la caballerosa forma en que fuí tratado por el honorable sir Robert Spencer y por todos sus oficiales, mientras permanecí a bordo del *Owen Glendower*.

Antes de terminar, debo hacer algunas reflexiones acerca de los que, teniendo siempre a la vista el *derecho divino*, estiman que las nuevas Repúblicas sudamericanas podrían ser reconquistadas fácilmente, a causa de sus disenciones civiles, si se per-

mitiese a España que enviara tropas a esos países. Es esto un error. No hay duda de que España habría podido conservar sus colonias si en los principios de la revolución americana hubiese manifestado disposiciones conciliatorias hacia los criollos; pero, cuando esos pueblos pidieron simplemente el reconocimiento de sus derechos, España instauró una era de persecuciones contra los desgraciados colonos y estableció la ley marcial en todos los territorios sujetos a su dominio. La extrema crueldad con que procedieron los jefes españoles, contribuyó a quebrantar los últimos lazos que unían a la Madre Patria con los americanos. Los nombres de Morillo, Morales, Tristán, Marcó, Ossorio, etc., están escritos en caracteres de sangre en todas estas regiones y sus hechos han apartado para siempre de España estas valiosas colonias. El espíritu de independencia «con su corazón de león y sus ojos de águila», se encuentra ahora demasiado arraigado en estas Repúblicas para que exista probabilidad alguna de que vuelvan al antiguo yugo, y aun cuando los comienzos de su historia se hallen manchados por los disturbios civiles, todos están firmemente resueltos a no volver jamás a someterse a extraño poder.

FIN



ÍNDICE

	PÁGS.
ADVERTENCIA DE LOS TRADUCTORES.....	I
PREFACIO.....	3
I. La Tormenta se va.—Hacia la Cumbre.—Los Valles de Chile.—Aconcagua.—Chacabuco.—Llegada a Santiago.—General San Martín.—Gran fiesta, etc.....	11
II. La ciudad de Santiago.—Plaza principal.—Los habitantes.—Superstición.—Ceremonias religiosas.—Frailes. — Diversiones. — Tajamar. — Sumario político.....	31
III. Viaje a Valparaíso.—O'Higgins.—Casablanca.—El Océano Pacífico.—Descripción de Valparaíso.—Baile chilleno.—Los negocios.—Comercio de Mackay.....	53
IV. Expedición española.—Retirada de O'Higgins.—Reunión de las fuerzas patriotas.—Sorpresa de Cancha Rayada.—Consternación de los habitantes de Santiago.....	73

V. Estado del ejército patriota.—Oficiales nativos y extranjeros.—El general Brayer.—O'Higgins.—La noche anterior a la batalla.—La batalla de Maipo.—Derrota completa del ejército español.....	91
VI. El mayor Arcos.—El capitán Biddle.—Ejecuciones de Juan José y Luis Carrera.—Asesinato de Rodríguez.—Regocijos en Chile.—Batalla naval.—La Escuadra chilena.—Blanco y Callow	113
VII. Captura de la fragata española <i>María Isabel</i> y de trasportes.—Lord y Lady Cochrane.—Teatro en Santiago.—Monasterios de monjas.—Indios peruanos.—Un fraile.—Ritos religiosos.—Partida de Santiago a Mendoza.—Jornada al través de las Pampas y llegada a Buenos Aires.—Embarque para Río de Janeiro y llegada a Inglaterra.....	131
VIII. Viaje a Buenos Aires y por el Cabo de Hornos hasta Valparaíso.—Progresos en Chile.—Los Baños de Cauquenes.—Pasaje a bordo del <i>Owen Glendover</i> para Inglaterra.....	149

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

